



Lily
Cerda

Elegidas I

La Perfecta Duquesa

La
Perfecta
Duquesa
Por:
Lily Cerda

Dedicatoria

A mi Dios que es el dueño de todo.

Los querré siempre y para siempre L.C

Derecho de Autor

La Perfecta Duquesa© 2018 por Liliana Cerda.

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita de la autora y los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático, así como, la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, fotografiada, almacenada o difundida, en ninguna forma o ningún medio, sin el permiso previo y por escrito del Autor.

Índice

La

Perfecta

Duquesa

Por:

Lily Cerda

Dedicatoria

Derecho de Autor

Índice

Síntesis

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Epílogo

Fin

Síntesis

El señor Cooper inesperadamente, recibe la visita de un caballero, que caviló, que nunca más volvería a ver, se trataba de un noble, éste le pidió ayuda, el anciano le preguntó en qué consistía su petición, este le respondió diciendo:

— Usted me puede ayudar a convivir con personas que no sepan mi estatus, para que ellos me enseñen con sus vidas, cual es en verdad, la necesidad de las personas comunes, y si son satisfechas con sus vidas, conjuntamente, está en mi corazón el deseo de conocer también el carácter de las damas, ya que pronto he de elegir una, para que comparta mi vida.

El padre del joven aristócrata, era un caballero que poseía todo lo material, más, su vida estaba vacía y sin sentido, por esa razón, el joven deseaba saber, si las personas con menos posiciones y riquezas, disfrutaban en sus vidas la verdadera felicidad, asimismo, en esos dos años, debía elegir esposa, si al cabo del plazo no lo había hecho, tendría que enlazarse con una de sus primas, damas materialistas y volubles, al igual, que las demás que él conocía.

Cuando llegó el día en que su padre le preguntó, el nombre de la dama, el joven se había olvidado del plazo que él le había dado, en ese momento, se recordó del nombre de una Lady, para su sorpresa se encontró enlazado con la dama, ella le hizo ver la vida desde otro punto de vista, en ese momento no podía sospechar, que había encontrado a, La perfecta Duquesa.

Capítulo I

El señor Gen Cooper estaba en su pequeño jardín, arreglando las flores, cuando vio aproximarse a su entrada, un carruaje, este era de verdad muy lujoso, de color negro, en la puerta un emblema de color dorado, tirados de cuatro magníficos corceles de impresionante tamaño.

Cuando la carrosa aminoró el paso, el caballero se puso de pie, pues, esta se había detenido en su puerta.

Un lacayo, se apresuró abrir la puerta y bajar el sostén.

Unas botas nuevas y relucientes salieron, el dueño de ellas estaba cubierto por una capa y un sombrero de alas anchas, que le cubría el rostro, ha siendo dificultoso saber la identidad del caballero.

El anciano se apresuró abrir la pequeña puerta de hierro y un caballero muy fuerte y grande, que escoltaba al otro, entró diciéndole, en tono soez:

—Mi señor, desea hablar con usted.

—Desde luego, entren.

El escolta pasó al lado del anciano, como franqueando el camino, mientras el caballero lo seguía, los tres entraron a la pequeña salita, fue cuando el caballero se quitó el sombrero, el señor Cooper reconoció de inmediato a dueño de aquellas facciones, pero como era prudente y discreto, preguntó:

—¿En qué les puedo ayudar señores?

El guarda espaldas formó una reverencia a su señor y saliendo de la salita, cerró la puerta detrás de sí.

El recién llegado, por un momento miró su alrededor y al anciano que estaba a un lado, después, sin más expresó:

—Juzgo señor Cooper que ya sabe quién soy, pero le agradecería que me llame usted por el apellido del lado materno.

—Como desee Señor Denver.

—Si más mi memoria no me falla, usted me llamaba de esa forma para que supiera de donde también procedía.

—Siendo usted mucho más joven que este vejestorio anciano, ha de recordar, también, que a usted no le agradaba que se le llamara de ese modo.

—Los sucesos que antes eran en verdad molestia, al pasar los años, se vuelven de manera místicas, añoradas.

—En tal caso mi señor, tome usted asiento y exprese a este viejo, el motivo de su magnánima visita.

El anciano tocó una campanilla, una dama de edad avanzada, abrió la puerta, este le ordenó traer té y galletas, posteriormente que la doncella se marchó, el caballero joven, tomó asiento al frente del anciano.

—Señor Cooper, como usted ha de saber, muy pronto caerá sobre mis hombros una gran responsabilidad, mi padre que era un caballero de fuerte constitución física y una audacia mental, ya se está poniendo un poco endeble y me ha llamado a su presencia, para que me vaya preparando para tomar mis responsabilidades.

—Eso es normal mi señor, siendo usted el único hijo del caballero.

—Así es señor Cooper, más, no me siento aún preparado para asumir tan ardua responsabilidad, y es por lo que me tiene usted aquí en su sala, ya que al cavilar en una persona que me ayude a prepararme para enfrentar mi futuro, cuando este se presente, nadie más que usted llegó a mi memoria.

—Me halaga usted con esas palabras, mi señor, pero, en que es de

ayudar, un anciano cascarrabias, que simplemente desempeñó la función de tutor, en su juventud.

—Pues mucho, ya que usted me puede ayudar a convivir con personas que no sepan mi estatus y que ellos me enseñen con sus vidas, cual es en verdad, la necesidad de las personas comunes, además, está en mi corazón el deseo de conocer también el carácter de las damas, ya que pronto he de elegir una, para que comparta mi vida.

El anciano señor Cooper se quedó un instante cavilando en las palabras de aquel caballero y, asimismo, en su extraña petición.

Un toque en la puerta, y la entrada, de la regordeta doncella, permitió al anciano pensar un poco más.

Posteriormente, de tener en las manos, la taza de té y disfrutar en silencio de su sabor, este le dijo al joven caballero:

—Déjeme ver si entiendo, lo que usted desea, señor Denver, es que le ayude a vivir en una ciudad, donde nadie sepa, su rango y su nombre, para de esa forma, analizar las vidas de esas personas, al mismo tiempo, pueda usted conocer el carácter de las damas.

—Así es señor Cooper.

—Pues nada más, me llega a mi mente, mi hermano Sam Cooper, el cual vive en Reeding, en un pueblo apartado, con su esposa y su hija —. El anciano miró a su taza cuando comentó —. Mi hermano menor es capellán y su esposa posee un corazón compasivo, ayuda a las jóvenes del pueblo a convertirse en damas.

—Esa es una buena forma de introducirme a las personas comunes, al mismo tiempo, podré conocer el comportamiento de las damas.

—Sólo hay un inconveniente señor Denver.

—¿Cuál es?

—Como usted sabrá, mi hermano y su familia son de pocos recursos y no poseen el lujo y la abundancia que usted está acostumbrado.

—De eso estaba al tanto, ya que, si deseo conocer a las personas del pueblo, debo ser uno de ellos.

—En tal caso, le escribiré a mi hermano y le pondré al tanto de su llegada, más, no deseó mentir a un capellán, si lo hiciera, que sería de mí, un caballero sin palabra.

—Diga a su hermano, que soy un ex- alumno suyo, que deseo aprender de él, de esa forma usted no hablará de más y me dejará a mí, lidiar con el problema.

—Pues, así lo haré señor.

—Ya que todo está arreglado, ¿cuándo cree usted que podré partir a Reeding?

—Creo que será mejor esperar la respuesta de mi hermano.

—Posee usted toda la razón, en tal caso, enviaré a mi caballero de confianza cada dos días, para que me envíe la respuesta cuando esta llegue.

—Como desee mi señor.

El anciano se puso de pie, al ver el atuendo fino y costoso indicó:

— Otra cosa, debe tener usted pendiente.

—Dirá usted.

—Los caballeros comunes no poseen carruajes lujosos, viajan en la diligencia postal y si posee un poco de dinero, adquieren un carruaje de alquiler, no poseen ayudas de cámaras ni guarda espalda.

El joven caballero se quedó un instante cavilando, después asintió:

—Es verdad, por sus palabras, he de llegar en un carruaje de alquiler y

sin nadie a mi lado.

—Así es mi señor.

—Muy bien, pues todo resuelto.

El señor Cooper vio salir a su impensada visita, pues, en sus más remotos sueños, nunca caviló volver a ver aquel joven, ya que fue despedido por su padre, en esa ocasión, según el noble, él estaba mal educando a su heredero.

Una mañana el padre le expresó, que, con sus constantes palabras religiosas, estaba induciendo a su hijo, a una necia indulgencia, que lo convertiría en un indisciplinado, con un carácter insensato, pues cada día, se hacía más manifiesta la amabilidad del joven, cosa que desagradaba al padre. Pero que se puede hacer, con un espíritu amable y compasivo, cuando se nace con este.

El padre al ver al joven que cada día dependía más de su tutor, hizo que el caballero saliera de su propiedad, sin nada más, que lo que tenía puesto, más el joven, poco tiempo después, le hizo llegar todas sus pertenencias, conjuntamente, con una carta de recomendación, la cual, le permitió, un excelente empleo, en la afamada institución de Cambridge.

Cuando el joven fue alumno de ese recinto, se volvió a encontrar con su tutor, más, esta vez, sin que el padre supiera de su amistad.

Ahora muchos años después, el joven caballero llega a su humilde morada, pidiéndole ayuda para conocer mejor las necesidades de las personas comunes, cosa que satisfizo en gran manera a su anciano corazón.

Sin perder más tiempo, fue a su escritorio y le escribió a su hermano:

Querido hermano:

Que las misericordias y el deseo de ser siempre un siervo de nuestro Dios, sea cada día su más ferviente anhelo.

Sé que es muy apresurada e importuna mi correspondencia, pues, hace solo dos días que le escribí, aunque no he recibido su respuesta, esta vez, es para solicitarle su ayuda.

Un antiguo alumno, me ha visitado esta mañana, no le aburriré con detalles, más le diré que el joven caballero, desea ser útil y a la vez aprender de la vida, cosa que creo un deseo loable, por ese motivo, me llegó a la mente su persona, sé que sus palabras y forma de vivir la vida, ayudarán al joven a trazar su camino.

Deseo de todo corazón, que considere la ventaja de tener bajo su cobijo, a un joven con fuerzas y mente renovadas.

Posdata: El joven puede usar mi pequeña cabaña, si permite que él comparta con su familia.

Me despido y que la presencia de nuestro señor Jesucristo sea una realidad en su vida.

Atte.: Señor Gen Cooper

La respuesta, llegó al señor Cooper, dos semanas después, esta fue

escueta, pero afirmativa.

El caballero se marchó de inmediato hacia Reeding, con la firme determinación, de conocer la vida de otras personas menos afortunadas que la suya, con el propósito de ser de bien a los suyos, cuando llegase el momento.

Un deseo irrefrenable, de buscar y de saber de dónde en verdad proviene la felicidad, se había anidado en su corazón, al ver a su padre con tanto económicamente y sobre todos los placeres terrenales, más este en verdad era un alma en pena, que si bien, poseía las cosas materiales, era evidente la carencia de aquellas por las cuales el hombre vive, por ejemplo, amor, compasión, humildad, disfrute de la naturaleza y ser agradecido con Dios por cuanto él nos da.

Pues, aunque, no era un caballero de edad, podía analizar las diferentes deficiencias del carácter, en especial, aquellas que con los años se van adaptando como propias, y, en vez de hacernos más susceptible a nuestro alrededor, nos convierten en personas hurañas, egoístas y caprichosas, eso estaba ocurriendo con su padre y sus múltiples caballeros de confianzas.

Tras un viaje de dos días, en un carruaje de alquiler, nada cómodo, llegó a una posada, en lo que le entraban su baúl a su habitación y comía algo, recordó lo que su padre le había dicho.

Su padre, un caballero de firme determinación, le había informado que dentro de dos años se debía de enlazar, si en ese tiempo, él como su heredero, no le presentaba una dama, sin más, escogería a una de sus tres primas, era en verdad un castigo, pues, las tres eran damas frívolas, egocéntricas y materialistas, por demás, caprichosas.

La idea de pasar las noches de invierno en compañía de una de ellas, se le entró un escalofrió, la sola imagen de estar con una de sus parientas en una noche así era, como la más sórdida pesadilla.

El hijo le solicitó que le diera ese tiempo, para buscar una dama y conocer el mundo, para sorpresa del joven, su padre, asedió a su ofrecimiento:

—Se lo daré, si para esa fecha no posee el nombre de una dama, haré la elección, ya que es usted igual a su madre, una dama de carácter débil, ella fue quien lo dañó con sus mimos y mala crianza.

Cabe aclarar, que la madre del joven, nunca le hizo caso, a pesar de ser su único hijo, la dama poseía otras preocupaciones que se adueñaban totalmente de su mente y absolvían sin duda, su preocupación. Ya que su esposo, un caballero bien parecido, se había enlazado con ella, solo porque le diera un heredero, y al ser hija de un noble, ella cumplía con los requisitos buscados, más al dar la dama un hijo a su esposo, este se desentendió inmediatamente de ella.

La lady se enlazó con el notable aristócrata, eso no le dio alegría, llevaba una vida triste. Siempre nerviosa y la serpiente de los celos se anidó en su mente, como resultado, constantemente estaba de mal humor, nunca lo hacía notar en presencia de su esposo, a quien temía. Él, en cambio, era frío y seco con ella, la mantenía a distancia, nunca más la visitó en sus aposentos.

El padre era un caballero de tranquilidad digna, seguro de sí mismo y sobre todo dominante, nadie podía llevarle la contraria, mucho menos, su solitaria esposa.

La dama enfermó por el veneno que cada día resguardaba en su interior, y una noche de invierno, cuando su doncella, la fue ayudar para ir a la cama, la encontró sin vida, acorruada en un diván, la dama abandonó sin mucha pena el mundo y a su hijo, el niño al no recibir afecto y cariño de ella, la dejó partir, sin ninguna esperanza ni consuelo.

El padre continuó su vida, como si nada pasara, sus amigas continuaron visitándolo, mientras, su hijo crecía, comenzó a sentir vergüenza de la forma depravada, como vivía su progenitor, y bajo la influencia de esos sentimientos, se abrió una gran brecha insalvable entre padre e hijo.

El caballero se pasó la mano por el cuello, con aquellos pensamientos se preparó para dormir, cuando se acostó en el pequeño canapé, de la habitación de la posada, este crujió y una varilla se apresuró a salir y la sintió en su costado, desde ese instante, comenzó a extrañar las comodidades que poseía, y a experimentar, los infortunios, de una clase menos afortunada.

Tres días más tarde, llegó a la ciudad de Redding, una tarde lluviosa de finales de mayo. El caballero, caviló que el señor Cooper vivía en aquella ciudad, pero descubrió que la residencia del caballero estaba a más de doce millas de distancia, en plena campiña.

Era muy entrada la noche, entre la neblina húmeda, avanzaba el carruaje por el sendero, el joven deslumbró, a través de la sombra, una residencia, esta era grande y los jardines que la rodeaban suficientemente espaciosos. El conductor del carruaje dejó sus baúles en el arco de hierro, y después, de obtener su paga, este se devolvió.

El caballero se detuvo un momento a contemplar la fachada, más con

determinación caminó a la puerta, ya que deseaba terminar las especulaciones, conjeturas y demás preguntas que se acumulaban en su mente.

El caballero llamó a la puerta, le abrió el mayordomo:

—Buenas noches.

—Buenas noches, esta es la residencia del señor Cooper.

Se puede decir que sí, señor.

—Pues infórmele que el señor Denvers está aquí.

—Pase usted señor.

El mayordomo lo ayudó a despojarse de la capa y el pequeño maletín mojado y se lo entregó a un joven sirviente a su lado, le preguntó al recién llegado:

—¿Y su equipaje?

—El cochero lo ha dejado afuera, en la entrada de hierro.

—Me haré cargo, ahora por favor sígame.

Condujo a un asombrado joven a una habitación, muy elegantemente amueblada, donde se podía observar el nivel económico del dueño, ya que contaba con una arquitectura muy sobria, un candelabro de muchas velas encendidas, iluminaba el lugar.

El mayordomo se marchó, el señor Denvers se sentó en el mullido mueble que estaba al frente de la chimenea, mientras, sus ojos contemplaban lo pulcra que estaba.

Unos pasos, se escuchaban en el suelo de mármol, en dirección a esa estancia.

Al abrir la puerta, el caballero se levantó de su asiento y se volvió hacia la puerta, vio a un señor muy parecido a su antiguo tutor, pero más fuerte y joven, de piel clara, con un rostro decidido, le sonrió de forma franca:

—Buenas noches señor Denvers, bienvenido.

—Buenas noches señor Cooper, su hermano Gen Cooper me envió para que estuviera un tiempo con usted.

—Veo joven caballero, que la gratitud no es una de sus virtudes.

—Solo son agradecidos, aquellos quienes no poseen un espíritu superior y cuyas necesidades son más que sus vidas.

—Ahora entiendo porque Gen lo ha enviado.

—Pues diga usted el precio de sus clases y la cantidad en oro por su tiempo y hospedaje.

—Según las palabras de mi hermano, usted lo que desea es ser útil y a la vez aprender de la vida, más con su arrogancia y actitud, ninguna de las dos podrá aprender.

—No sé qué pueda aprender en este lugar, mire a su alrededor, esta mansión posee los mismos lujos que las que están en Londres.

—Buen joven, según usted, hace falta ser paupérrimo de bienes, para conocer la vida, o es que, en solo determinadas personas, es decir, en aquellas las cuales, son privadas de comodidades, son las únicas de las que se puede aprender, según sus cavilaciones.

—No creo que es buena idea, quedarme en este lugar, ya que aquí no encontraré lo que busco.

—Pues muy bien, retorne usted por donde vino.

El señor Cooper salía del salón, cuando el caballero lo detuvo, señalando:

—Espere señor, no podría volver esta noche, ya que está a mucha distancia la posada más próxima.

—En eso estoy de acuerdo, pues, como usted no puede dejarnos esta noche y da el caso, de que usted fue enviado por mi hermano, le permitiré que

se guarezca por esta noche.

El señor Cooper habló a un joven sirviente, que entró en ese instante, este formó una reverencia, cuando el caballero salió de la estancia, este le indicó:

—Sígueme señor Denvers.

El sirviente lo condujo por el pasillo, salieron a la parte posterior, ya la lluvia había mermado, pero algunas gotas aún caían, el joven sin replicar, caminó a las caballerizas y detrás a una pequeña cabaña, el sirviente abrió la puerta y un sonido de bisagras oxidadas se escuchó.

Al pasar a su interior, el caballero divisó un canapé, con un armario a su costado, una mesa de escribir, un estante de libros, una chimenea y un sofá, con una mesita a su lado, en eso consistía la cabaña.

El sirviente le informó:

—Afuera hay una palangana, por si necesita agua, también, hay un cuarto para el aseo, sus baúles serán traído, más mañana, usted tendrá que cargarlos, pues el señor de la mansión llega y todos estaremos ocupado con su llegada.

—¿El dueño de la mansión?

—Sí, Lord Branwell, el nuevo Vizconde, el señor Cooper sólo ayuda a mí Lord.

—¿Ayuda?

—Sí señor, ahora lo dejo, debo volver a mi trabajo, mi madre le traerá algo de comer.

El caballero tomó asiento en el sofá, ya que, en poco tiempo llegaron dos sirvientes con sus pertenencias y uno de ellos, le encendió la chimenea, esto, lo hizo sin decir una palabra. A continuación, una anciana regordeta, le

trajo una bandeja, con pan y leche, nada más. Como poseía mucha hambre, el joven no replicó y se comió todo, como si aquello fuese un manjar.

El señor Denvers estaba tan cansado del viaje, que, al terminar y asearse, se sentó en el canapé a observar la cabaña y se quedó dormido.

Un nuevo amanecer resplandeciente, siguió a la noche bochornosa que había sido testigo de la arrogancia y la mala educación del joven señor Denvers.

Esa mañana al despertar, mirar a la luz del día, y a su entorno, el caballero sentía su pesar, pues, el sirviente de la noche pasada, llamado Bill, le explicó, que el señor Cooper y su familia no vivían en la casa grande, sino en una más pequeña, y que, asimismo, el caballero hacía de administrador del Lord, mientras, encontraban uno, al mismo tiempo, de capellán, para obtener dinero, para ayudar a sus feligreses.

El culpable de la confusión fue el caballero, al desmontar al frente de la mansión y no seguir el camino hacia la residencia del capellán, que estaba a unos metros más.

Esa noche, el capellán se encontraba en la mansión, haciendo lo preparativo para la llegada del Lord.

—He sido un mal educado, además, me he comportado como mi padre—, se reprochaba el señor Denvers, al caminar por los alrededores y ver donde vivía el señor Cooper.

El susodicho caballero, estaba caminando hacia un pequeño establo, al costado de su residencia, el joven lo siguió, rogando en su corazón ser favorecido con la benignidad de aquel clérigo:

—Buenos días señor Cooper.

El capellán continuó su faena, sentándose en un banco para comenzar a ordeñar una vaca:

—Todavía está usted aquí.

—Sí señor, pues, deseaba excusarme, por el mal proceder de mis palabras la noche pasada.

El caballero continuó su labor sin inmutarse, mientras, el joven se estaba sintiendo un poco extraño, ya que no distinguió nada de amabilidad en el rostro del capellán, así que prosiguió:

—Como usted comprenderá, no poseo la virtud de la gratitud, tampoco he cultivado la de pedir perdón.

El caballero no lo miró, de repente se puso de pie y con voz jovial dijo como respuesta:

—¿Me acompaña?

El capellán salió a grandes zancadas del establo y el caballero lo siguió, entraron por la puerta del jardín, a un comedor donde estaba una joven, poniendo la mesa:

—Meg, esta mañana tenemos un invitado.

El caballero vio a la joven dama, debía de tener algunos veinte años, poniendo una sencilla mesa, la estancia era agradable, más no ostentosa.

El capellán entregó la leche, a una doncella regordeta y esta desapareció por una puerta:

—Vamos señor Denver, tome asiento, pues un largo día nos espera.

Con esa oración, el señor Cooper le había informado al joven, que aceptaba sus disculpas.

Este de inmediato tomó asiento con alegría renovada.

La joven, después, de poner la mesa, también tomó asiento, el capellán sin más, dio gracias por los alimentos y los tres comenzaron a disfrutar del

desayuno, el señor Cooper indicó:

—Mi esposa se marchó temprano a la ciudad, estará ausente varias semanas, más a su retorno, espero que usted este por estos alrededores, para que la conozca.

—Será un placer señor Cooper, conocer a su esposa, si usted decide hospedar a este caballero falto de virtudes.

El caballero le sonrió al muchacho y sin más, continuó desayunando, la joven se puso de pie, para servirle el té, era alta y elegante, aunque su vestido era sencillo, su figura entallaba a la perfección en su deslucido atavío.

Ella al sentir la mirada del caballero, se sentó próximo a él, en la mesa, de muy buen humor, sin ningún recato, señaló a su padre:

—Padre presénteme al caballero.

El párroco, levantó la vista de su plato y simplemente expresó:

—¡Oh, que mal educado he sido! Hija, este es el señor Denvers, fue enviado por su tío Gen para que esté entre nosotros una temporada, señor Denvers, está es mi hija, Megan Cooper.

La joven le sonrió, le extendió la mano, en vez de esperar un beso en su dorso, ella estrechó la mano, como hacen las damas de otro país, impulsadas por su alegre estado de ánimo.

—Un placer señorita Cooper.

La joven respondió con una voz vivaracha:

—Es agradable tener invitados, señor Denvers.

La joven poseía un buen cutis y unas facciones fuertemente marcadas, más a los ojos del joven, eran muy agradables; tenía el pelo rojizo, no del color de su padre, su temperamento era alegre.

—¿Hasta cuándo se quedará con nosotros señor Denvers?

—No lo sé señorita, todo depende de su padre.

En ese instante, el señor Cooper se puso de pie y salió del comedor, por

la puerta por donde había salido la doncella, en ese momento la joven contestó:

—Pues en ese caso, espero que sea una larga temporada.

La coquetería asomó a los ojos de la muchacha, pero la guardó al escuchar los pasos de su padre, que se aproximaba.

—Será mejor que marchemos caballero.

El señor Denvers, de inmediato, se puso de pie y con una inclinación, y movimiento del sombrero, se despidió de la dama.

La joven, tomó esa despedida, como un homenaje a su belleza, y guiñando, un ojo al muchacho, le sonrió.

El caballero se sintió alegre y turbado por la muestra de afecto de la dama, siguió al señor Cooper, mientras, un júbilo interno cubría su corazón.

Ese día el señor Denvers, acompañó al párroco a visitar algunos feligreses, la mayoría colonos pobres, que vivían en las tierras del Lord.

El señor Cooper visitó a las ancianas, ya sin fuerzas y muchas, ya sin poder mover sus extremidades, por la gota y el reumatismo de haber servido, como doncella en su juventud, sin tomar las precauciones adecuadas, en cuanto a liderar el frío y el calor, ahora la insensatez le cobraba factura, esa fueron las cavilaciones del caballero, así que las exteriorizó.

—Esas ancianas debieron cuidarse más —. Indicó el joven con un poco de arrogancia.

—Cree usted señor Denvers, que su estado de salud se debe a que ellas, no se cuidaron bien, cuando hacían su trabajo de doncellas.

El joven caballero con toda autoridad respondió:

—Por supuesto, es sabido de todos, que los cambios bruscos de temperaturas causan esos padecimientos.

—Muy bien señor Denvers, vamos a ver si su teoría es factible, mañana

usted ayudará a Bill, con sus quehaceres y sabrá usted por sus propios métodos, si su hipótesis es viable.

El señor Denvers se quedó callado de inmediato.

Por la tarde, pasaron a visitar algunos jornaleros, y como el señor Cooper llevaba en su carreta canastas con alimentos, estos se alegraban sobremanera por su visita. Cuando la canasta había sido entregada, la alegría disminuía paulatinamente, y cuando el señor Cooper comenzaba hablarle de Dios, sus rostros se transformaban en desagrado.

Cada visita era diferente, las canastas eran entregadas con un espíritu de servicio y recibidas con poca gratitud.

Ya para la hora del té, el joven señor Denvers estaba exhausto, de manera tal, que las miradas y guiños de la señorita Megan pasaban por sus ojos, sin que él se diera cuenta.

Al caer el sol, caminaba cansado, se encontró con Bill y le pidió al sirviente que le llevara la cena a su cabaña, el paje le sonrió, más no le contestó.

El señor Denvers salió al sitio de aseos, al probar lo fría del agua, solo se pasó un trapo por su pecho y cuello, sin tomar adecuadamente el baño, fue a su cabaña y al sentarse en el canapé, se quedó dormido.

Se despertó entrada la noche, pues, el gruñido de su vientre no le permitía dormir, miró en la mesita, leche y pan, en estado adormilado, tomó la leche, dio algunas mordidas al pan y continuó durmiendo.

Todavía estaba a oscuras, cuando unos golpes, lo despertaron, era el joven Bill:

—Buenos días señor Denver.

—Buenos días Bill, que hace usted aquí tan temprano.

—El señor Cooper me informó que usted sería mi ayudante en todo el día, así que, como me despierto a las cuatro para comenzar mi trabajo, estoy aquí para que me acompañe.

El joven no protestó, sin embargo, le fueron enviadas ropas de servicio y aunque no le agradó ponérsela, lo tuvo que hacer. El pantalón le quedaba brinca charco, mientras, la camisa grande, el corbatín un poco pequeño y el saco grande, se veía a sí mismo como una caricatura.

La primera jornada fue ayudar a desmontar las carretas de alimentos, después, cargar una buena cantidad de agua, desde el pozo a la cocina y desde ahí a las calderas que calentaban el agua para ser usada por el Lord y su comitiva, ya cuando vinieron a ser la siete, la hora de desayunar de Bill, al joven Denver le dolía todo el brazo y la espalda:

—Debe dar gracias a Dios de que hoy es un día fácil.

—¿Un día fácil?

—Así es, pues, antes de enviar hacer el pozo por el capellán, teníamos que buscar el agua al río, y es casi una milla.

—¿Toda esa agua?

—Esa es poca, pues, muchas veces el Lord trae con él, una comitiva de veinte y más personas, gracias doy a Dios que esta vez solo le acompañan dos amigos.

El señor Denver se quedó de inmediato taciturno, pues, se imaginó,

todo lo que los sirvientes pasaban en la mansión de su padre.

Esa mañana comprobó que su hipótesis era errada, pues, él y Bill debían hacer todo lo que se le ordenaba, ya sea buscar carbón para las chimeneas, salir a buscar algo al aire fresco, sin poder buscar sus capas, y cuando el padre de Bill que era el mayordomo se ausentaba, el joven tomaba su lugar, todo lo hacía siempre con una sonrisa en su rostro. Ya para la cinco de la tarde, el joven señor Denvers se quedaba estático en un lugar, pues su cuerpo se resistía a moverse, el sirviente se dio cuenta y comentó:

—Señor Denvers, ya es suficiente, márchese a su cabaña.

Pero la terquedad de verse derrotado por un muchacho más joven que él, le impulsó a decir:

—No Bill, le ayudaré.

Al finalizar de llenar las calderas para el agua de la cocina y el de los baños de la noche, el señor Denvers se sentó en el suelo y por más que su mente ordenaba a su cuerpo que se moviera, este no le respondió, fue así como, el asustado joven Bill, buscó al señor Cooper y entre los dos, llevaron al señor Denvers a su cabaña, literalmente a rastre.

El señor Denvers permaneció en la cabaña dos días, sin poder mover sus extremidades y en todo ese tiempo, fue cuidado y atendido por el señor Cooper, más de los labios del capellán, no salieron palabras de censura o reproche.

Los días y las semanas iban transcurriendo, y la perspectiva de la vida se hizo más clara para el joven señor Denvers, pues no solamente fue testigo pasivo, de la vanidad desmedida del hombre, al poner a los más débiles a trabajar por sus caprichos, sino a esclavizarlos sin ningún miramiento ni remordimiento. Mientras, los que sirven poco a poco se adaptan a sus

opresores, más, si encuentran, almas débiles y bondadosas, son ellos los que se vuelven verdugos sin conmiseración.

Cada día aprendía más al lado del señor Cooper, el caballero les hablaba a sus feligreses de Dios, más al señor Denvers nunca le comentó del tema, cosa que estaba impacientando el corazón del joven, ya que se formaba dentro de él, un sinnúmero de preguntas acerca de la creencia del caballero.

Capítulo II

Ya entrado agosto, el joven señor Denvers, estaba caminando sobre una colina de fresales, mientras, el sol se elevaba sobre su cabeza, iluminando así, toda la campiña; una huerta de uvas daba paso a los campos en los que acababan de recoger la cosecha; en la tranquilidad del lugar, se podía escuchar, el sonido del correr de las aguas de un río, que discurría por el bosque.

El joven caballero, siguió ese sonido y efectivamente, dio con el objeto del eco, frente a él, estaba un riachuelo, el agua corría apaciblemente, se quedó maravillado al ver las cristalinas aguas, más algo llamó su atención, en la superficie se podía vislumbrar, el brillo de una pequeña cosa, que estaba en la orilla.

El señor Denvers seguido por el brillo del objeto, caminó hacia la orilla del río, entró la mano al agua fría y sacó una peineta de plata.

La limpió con su pañuelo y en la parte superior tenía varias piedras, la guardó en su bolsillo.

El joven caballero, cada día se encontraba más desconcertado de la vida, y la felicidad, que tanto buscaba en la clase desprovista de bienes, no la encontró, por el contrario, la mayor parte de ellos, eran ambiciosos y mezquino, igual o peor, que los de las clases privilegiadas.

Se dirigía a desayunar con el señor Cooper y su hermosa hija, ya que la esposa del caballero se le había dificultado el retorno, por algo que el señor Denvers no estaba enterado.

La joven hija del capellán, estaba siempre dispuesta a conversar con él, pero el padre astutamente absorbía el tiempo del caballero, mientras, este permanecía en su morada. Con diplomacia le había prohibido al caballero, ir a su vivienda sin su compañía, cosa que el señor Denvers obedeció al pie de la letra, aunque por dentro, deseaba hablar a solas con la bella señorita.

Al entrar en el comedor por la puerta del jardín, encontró a dicha joven, sola en la estancia, saludó serenamente; no podía hacerlo con la alegría que sentía, pues se podría en evidencia.

La joven que estaba de espaldas, de pie buscando los utensilios de comida, se giró y lo divisó, sus miradas se encontraron, el joven caballero avanzó hacia ella, para desearle buenos días, cuantas cosas contrarias a su naturaleza experimentó el joven, alegría, felicidad, añoranza, deseo de sonreír y bailar, más la joven le sonrió y su mundo gris, tomó color:

—Buenos días señor Denvers.

—Buenos días señorita Cooper.

Se formó el silencio, mientras la muchacha ponía la mesa, y le sonreía coquetamente.

El caballero se agarró de todo el aplomo que poseía, pues por si acaso, había resuelto soportar toda la tentación que presentaba la dama, por respeto a su padre, más, al pasar el tiempo, la joven le explicó, que su padre se había marchado temprano con el Lord a la ciudad, y que no pensaba retornar temprano.

Esas palabras hicieron que las defensas del joven fueran derrumbándose poco a poco.

Al finalizar el desayuno, ella comentó muy naturalmente:

—Señor Denvers, debo buscar unas fresas al bosque, me acompañaría

usted.

El señor Denvers se quedó callado, en su mente se formaba una interrogante: ¿Si acompañaba a la dama, tendría la suficiente fuerza de voluntad para no besarla? No lo sabía; jamás lo habían puesto a prueba de esa forma.

La entrada de otra joven distrajo la conversación.

La recién llegada tenía un aspecto discreto, vestida de negro con un encaje blanco que sobresaltaba su cuello firme, su atuendo y su rostro hacia un contraste que irradiaban la frescura de una chiquilla. La joven miró al señor Denvers, más al darse cuenta de la presencia del caballero se sintió turbada, formando una sutil reverencia se excusó:

—Disculpen, solo vine por agua.

La dama salió a toda prisa, dejándolo solo con su adorado tormento:

—Me acompaña usted al bosque.

—Si señorita Cooper.

—Pues voy por mi capa.

La dama se perdió rápidamente por la puerta que daba al pasillo principal, en una abrir y cerrar de ojos retornó:

—¿Nos marchamos?

El señor Denvers extendió el brazo para que la muchacha lo tomara, está muy alagada se agarró de él, sin demora salieron al jardín, de ahí al sendero del bosque.

Caminaron en silencio, hasta que el joven caballero preguntó:

—¿Quién es la dama que entró al salón del comedor?

—Es mi prima, la señorita Lisaura, ella hace poco que vino con mi madre, pues, al quedar huérfana mi padre le dio cobijo, ya que, ella es parienta de mi madre, por esa razón ella estaba ausente todo este tiempo.

—Entiendo.

—Dígame usted, ha encontrado algo interesante en Redding —. Preguntó la muchacha de forma muy coqueta, para desviar la conversación.

—Desde luego, este lugar es un paraíso.

—Lo que en verdad deseo preguntarle, es si ha encontrado alguna dama que llame su atención — Inquirió la muchacha con toda desfachatez, más supo poner el rostro de un ángel.

El joven caballero, recapacitó un momento antes de responder, más, no tomó el suficiente tiempo de reconsiderar sus palabras, ya que por la juventud y el éxtasis que sentía al junto de la joven, le hicieron expresar:

—Sí, hay una hermosa dama, hija del capellán del pueblo, que ha llamado mi atención.

Entró la mano a su bolcillo y sacó la peineta que había encontrado.

Ella la tomó, se la puso en el pelo.

La joven sonrió con anhelo, alzando una de sus manos rozó con sus dedos, el mentón del caballero, pero la caricia fue interrumpida, ya que el joven Bill se aproximaba a ellos, corriendo por el sendero, cuando los alcanzó, este poseía la voz entrecortada por el esfuerzo:

—Señor Denver, el señor Cooper me indicó que lo escoltara a su despacho, para que usted le haga unas sumas.

Fue la señorita Cooper quien respondió:

—Bill, el señor Denver está ocupado, me acompaña a buscar fresas.

—Disculpe, la interrupción señorita, pero aún no están las fresas y, por otro lado, su padre me dio órdenes expresas, de que inmediatamente, el señor Denver desayunara, lo escoltara a la mansión.

El joven sin más se despidió de la dama, con una sonrisa:

—La acompañaré en otra ocasión señorita.

—Esa es una promesa señor Denver.

—Téngala como una.

El joven formó una reverencia y moviendo su sombrero en forma de saludo, se alejó.

El sirviente lo escoltó a un amplio despacho, le enseñó los libros, y el caballero comenzó su trabajo.

El señor Denvers le pareció que Redding era un lugar muy agradable, aunque, pasó todo el tiempo en ese despacho, pues el almuerzo le fue traído, cosa que desconcertó al muchacho, ya que conservaba la esperanza de ir a la residencia del señor Cooper y encontrar a su hija.

Esa noche todos estaban a la mesa, el señor Cooper le presentó a su esposa y a su sobrina, la misma joven de pelo negro, que esa mañana había entrado en el salón del comedor.

La muchacha era sumamente callada, más era muy prudente, a diferencia de su prima, no poseía los mismos rasgos, era menuda, menos redondeada, de algunos diecinueve años, o más joven, pero con mucho más aplomo de carácter, que la señorita Cooper. Tenía la piel muy blanca, llevaba cofia, algunos mechones marrones, se asomaban por su frente, poseía unas facciones hermosas, no tan bella como la prima, según el joven señor Denvers, pero tampoco se podía decir que eran comunes. Al mirar poseía cierta serenidad, sus movimientos lo hacía con gracia y cierta majestuosidad, su cutis fresco por la juventud, le daban un aire de suma inocencia. El color de sus mejillas era como una freza.

La señora Cooper era muy alta, casi del tamaño de su esposo, sus

facciones aun conservaban la belleza de su juventud, aunque ya algunos mechones blancos asomaban a su frente, dándole un aire de matrona. Su sonrisa era desenfadada y afable, su conversación animosa. Lo más que llamaba la atención, era el brillo de alegría y amor que le cubría sus ojos, cuando su esposo la contemplaba, entre ellos siempre había una mirada de complicidad.

Para el señor Denvers fue extraño ser testigo del amor de una pareja, aun pasado veintiocho años juntos, y que su consideración, afectos y comunicación fueran para ellos tan natural, como si fuesen recién enlazados.

Al finalizar la cena, todos pasaron a un salón de estar, con una chimenea encendida, la señorita Lisaura tomó asiento en un extremo del salón y comenzó a bordar, los esposos Cooper se colocaron en un diván, a un lado, hablar, mientras, el señor Denvers, estaba atento, a las muestras de cariño entre ellos, en tanto a su lado, estaba la señorita Meggan:

—Mis padres siempre se comportan de forma vergonzosa—. Comentó la señorita Meggan Cooper, al ver que su acompañante, estaba poniendo más atención a sus padres.

—No lo veo de esa forma señorita Cooper, se puede observar que sus padres, aun sienten fuertes sentimientos, el uno por el otro.

—Pues fíjese usted, mi madre es hija de un Conde, mi padre siendo un capellán, se enamoraron, él fue a sustituir a un amigo en su parroquia por un año, mientras, este se recuperaba de un padecimiento, sucede que la hija del Lord, es decir mi madre se enamoró perdidamente del señor Cooper, más, mi padre no tenía dinero, y si correspondía a ese amor, mi madre se convertiría en la esposa de un pobre rector, debiendo renunciar a su vida acomodada, de

carruaje propio y demás lujos. Mi padre para no hacer que mi madre se arrepintiera de su amor, un día se marchó de la rectoría, silenciosamente. Mi madre enfermó por su falta y por el amor que sentía, así que el padre de mi madre, un Conde, buscó al señor Cooper al norte de Inglaterra, al encontrarlo seis meses después, le dio el consentimiento de enlazarse con su hija, más, mi padre le dijo a su suegro, que solo él, iba a proveer sustento para su familia, mi abuelo estuvo de acuerdo, así que mi padre aceptó esta rectoría en las tierras de un amigo de él, desde ese tiempo, viven en Redding.

—Qué historia más fascinante.

—No lo creo, mi padre es terco, nosotras vivimos escasamente, mis familiares de parte de madre son muy ricos y nobles, más, mi padre no permite que nos ayuden, solo que den contribuciones para ayudar a los pobres.

—Su padre es un caballero digno, en este tiempo son escasos, pues, son más propensos a que los mantengan, que ganar su sustento para él y su familia.

La joven respiró profundo cuando dijo:

—Cuanto me hubiese gustado que mi madre se enlazara con un noble y no con un pobre párroco, me imagino la vergüenza de la familia de mi madre al permitir tan deplorable enlace.

El joven señor Denver, giró el rostro y se encontró con que la señorita Cooper añoraba otra vida diferente, quizás, más cómoda.

—¿Le gustaría ser parte de la nobleza? —. Le preguntó el joven al ver en su rostro el anhelo.

—Desde luego, poseer mi propio carruaje, doncellas, mil vestidos a la moda, ir a Londres, conocer personas fascinantes, no solo servidumbre, pueblerinos y jornaleros y vivir en una pequeña residencia, con las migajas de un amigo de mi padre.

—Así ve usted su vida.

—Bueno sí, esta mañana mi padre acompañó al nuevo Lord Branwell a escuchar el testamento del fallecido Vizconde, este dejó estipulado al hijo, que debe enlazarse, darle un heredero y que mi padre debe estar de acuerdo con la elección de la dama, además, que debía permitir al capellán vivir en sus tierras, como lo había hecho hasta ahora, le dejó unas miserables libras por su servicios y lealtad, mi padre está feliz por esas migajas.

—Entiendo por sus palabras, que usted desea algo mucho más grande para su futuro.

—Así es señor Denvers, deseo ser una Lady.

—Muy bien, eso también es un deseo meritorio.

—Lo es, mi prima Lisaura es una Lady, sabía usted, más ella no desea que la llamen como tal, pues al morir su padre sin heredero varón, el título de Conde de mi abuelo, pasó a manos de un primo segundo, deseando este enlazarse con ella, para que no quedara desprotegida, ella rechazó la petición, pues, según sus pretensiones, desea un caballero que tema a Dios y que la ame a ella, esas dos cosas son deseos infantiles, ya que en este tiempo hay pocos caballeros que amen a sus esposas y muy escasos, casi ninguno que amen a Dios, a menos que sean capellanes.

El señor Denvers miró entorno a la muchacha.

—¿Quiere decir, que es ella una Lady?

—Sí, ella utiliza el dinero de su renta periódica, para dar a mi padre para las canastas, y lo demás, lo emplea para que las jóvenes aprendan a ser señoritas, con ayuda de mi madre, las dos dan clase en el verano.

Las palabras de la señorita Cooper, llegaron a oídas de su prima, pues la joven levantó la vista, sin desear, el caballero y ella cruzaron la mirada, más la dama apenada, sonrojada, bajó el rostro y volvió a su bordado.

La dama a su lado continuó su conversación, esta vez con exiguo de

presunción:

—El viernes, el Lord nos ha invitado a cenar a Lisaura y a mí, me imagino que usted cenará con mis padres.

—Es lo más probable.

—Pues, lamentaré que no pueda estar presente, más he de disfrutar de su compañía en estos días.

—De la misma manera lamentaré la suya, más al igual que usted, disfrutaré de su presencia en estas noches que nos restan.

El señor Denvers, esa noche se despidió de la familia Cooper, ya que la sobrina se marchó más temprano, haciendo una despedida colectiva.

Durante los tres días siguientes, el señor Cooper y su esposa se la pasaban ocupados, se marchaban cada mañana a la ciudad, eso le permitía al señor Denvers pasar más tiempo con la señorita Cooper.

El joven estaba feliz, hasta se reía solo, ya que una sensación de exquisito placer crecía en su interior, pues, la señorita Meggan esa tarde había posado sus labios en su mejilla izquierda, prometiéndole mejor remuneración esa noche.

Después de cenar en compañía de las dos primas, el joven señor Denvers se despidió, pero cuando iba por el jardín, se encontró con la dueña de sus desvaríos:

—Se marcha usted así, señor.

—Sí, es que no es prudente estar a solas con dos señoritas solteras.

—¿Y estar a solas con una de ellas es prudente?

El joven sonrió, manifestando su conformidad. Se formó el silencio,

mientras, la muchacha se le aproximaba y con sus labios tierno, le daba un beso en la otra mejilla.

Lo miró de reojo, para asegurarse de que el caballero estaba lo bastante intranquilo, para que perdiera su cordura, se escuchó a lo lejos las ruedas de una carreta, la joven sin perder tiempo dijo:

—Dulce sueños señor Denvers.

La dama se perdió en el sendero del jardín, en tanto, los esposos Cooper hacían su llegada:

—Buenas Noches señor y señora Cooper.

—Buenas noches, ¿se marcha usted?

—Sí, es que no es prudente quedarme con dos damas solteras.

—Es usted un caballero sensato —. Dijo la señora Cooper.

—Gracias señora por sus palabras, pero la sensatez puede ser pasajera.

El señor Cooper fue quien respondió:

—Por la falta de ella, es que nosotros estamos en estos días de un lado para el otro, pero no le quitamos más tiempo, vaya a descansar, pues mañana deseo que me haga el favor de terminar los números en el despacho del Lord.

—Mañana terminaré esa encomienda.

—Si así, Dios lo permite, joven amigo, pues, en un segundo, nuestras vidas pueden cambiar.

Poniéndole la mano en el hombro al caballero en forma de despedida, el señor Cooper se marchó con su esposa.

En lo que caminaba a su cabaña, el señor Denvers recapacitó que el capellán en esos días se veía abatido, y se preguntó ¿Qué le ocurrió, para que un caballero como él, se vea, atormentado de aquella manera? Unos pensamientos más dulces, llegaron a su mente, el rostro de la señorita Meggan y el roce de sus labios en su mejilla, urdieron que el caballero se olvidara de todo lo demás.

Estaba el señor Denvers en el despacho de la mansión, haciendo unos números para el señor Cooper, cuando un caballero muy bien vestido, con mirada altanera, entró, su aspecto era de madures, casi de la edad del capellán, su mirada rebotante de orgullo se posó sobre él, diciendo:

—Le conozco joven.

El señor Denvers reconoció al caballero, este le llevaba varios años y era el hijo de un amigo de su padre:

—Creo que no, señor.

—No soy un señor, soy el nuevo Vizconde, Lord Branwell.

Esas palabras las pronunció con tal orgullo y arrogancia, que poco faltó sentirse como un Rey.

El señor Denvers formó una impecable reverencia, cosa que no pasó desapercibido al Lord:

—Un gusto Lord Branwell.

—Veo joven que posee usted la elegancia y la gracia de un noble, por si acaso, es su familia de la aristocracia.

—Si le respondiera a su pregunta Lord Branwell, me pusiera al descubierto.

—Oh comprendo, es usted de esos jóvenes que están detrás de la sobrina del vicario, no la conozco aún, más, me han comentado que es muy joven, bella y que, para desgracia de la dama, posee una mente que piensa.

—No es eso un atributo hermoso en una dama.

—Pues en mi caso no, deseo más bien una que ni hable mucho, menos opine, he de aclarar, que la encontré sin buscar mucho.

El Lord, caminó despreocupado por el despacho, mirando aquí y allí.

—No sé, pero su rostro me recuerda a alguien.

—Es probable que al ser usted un caballero de la nobleza, con mucho dinero y propiedades, conozca a muchas personas, por esa razón, mi rostro le es conocido.

—Me gusta su forma, caballero, cuál es su nombre y que lo ha traído a Redding.

—Señor Denvers es mi nombre y he sido enviado por el hermano del señor Cooper, para que aprenda de él.

—Eso quiere decir que es aprendiz del capellán.

—Se puede decir que sí.

—Una vez, fui de igual forma que usted, aprendiz del señor Cooper, cosa que me agradó, pues el caballero vive con su vida, lo que predica, mi padre le tenía mucho aprecio.

—Comparto su opinión en cuanto al señor Cooper.

—Bueno señor Denvers, debo dejarlo, pues unos amigos llegan de Londres y debo recibirlos.

Cuando el Lord se dirigía a la puerta, se detuvo:

—He invitado, a las señoritas Cooper a cenar, permítame extender la invitación a usted.

—Gracias será un placer.

A las siete de la noche, estaba el señor Denvers vestido con su chaqueta negra y camisa blanca, siguiendo al padre de Bill, que lo conducía al salón del comedor de la mansión.

Caminando hacia esa estancia, en la sala se escuchó las voces alegres.

Al mayordomo abrir la puerta, el señor Denvers se quedó asombrado,

pues de la mano del Lord, estaba la señorita Cooper, la cual reía con todo descaro, mientras, su prima la miraba de lejos.

Al ver la joven al señor Denvers en la puerta, se sorprendió, fue el Lord quien dijo:

—Buenas noche señor Denvers.

—Buenas noches Mi Lord, señores y señoritas.

Los presentes saludaron al recién llegado, y fueron presentándose a él, mientras, la señorita Cooper, se reía por lo bajo, de algo que le decía el Lord, en voz mengua.

La cena pasó un poco lenta y un tanto tediosa, para el señor Denvers, pues la hija del señor Cooper se estaba comportando un poco atrevida con el Lord, su prima, quien estaba sentada a su lado, no pronunció palabras, los demás invitados y sus esposas eran de igual manera discretos.

Al finalizar la cena, todos pasaron a un amplio salón rojo, donde dos chimeneas calentaban la estancia, cada caballero se aproximó a una dama.

El señor Denvers sin mucho deseo de compañía, se acercó a la señorita Honora Matthon, hermana de uno de los invitados, se acercó a la muchacha, pues la joven objeto de su admiración, estaba muy cómoda en un diván conversando con el Lord.

—Buenas noches, me permite —. Indicó el caballero, señalando la butaca, que estaba al costado de la joven.

—Si desea, señor Denvers.

El joven caballero se sentó, pues era el mejor lugar para poder ver a la señorita Cooper:

—Una noche fría —. Expresó la señorita Matthon, más el caballero no

le ponía atención, al escuchar la voz de la joven el caballero preguntó:

—¿Disculpe?

—Nada, solo cantaba—. Indicó la muchacha de forma burlona.

Transcurrió un tiempo, la joven pudo discernir quien era la persona que mantenía al caballero embelesado.

El señor Denvers se movió, ya que sintió que la joven lo observaba, se recriminó así mismo, porque estaba siendo mal educado, con la dama que estaba a su lado, así que comentó:

—Una noche fría.

La dama lo miró, respondiendo sin gana:

—Ya lo creo.

Se formó el silencio, cuando ella volvió hablar indicó de repente:

—La hija del capellán es la enamorada de Lord Branwell.

El señor Denvers creyó que no escuchaba bien, así que indagó:

—¿Qué dice usted?

—La señorita Meggan Cooper, es la prometida de Lord Branwell.

El color se le fue del rostro del señor Denvers, pues, en sus más remotas pesadillas, nunca imaginó algo así.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó la muchacha al ver palidecer al caballero.

—Sí.

—Pues no parece, está usted pálido.

—No es nada.

La joven continuó su charla:

—Mi hermano Max, es muy amigo del Vizconde, y al juzgar por el rostro de extrañeza que puso, cuando el Lord anunció a nuestra llegada, que galanteaba a la dama, deduje de inmediato que algo extraño a ocurrido, para

un pedido de cortejo, tan apresurado.

El joven señor Denvers en ese momento, quedó indispuerto con la noticia, respondiendlo al parloteo de la joven con monosílabos.

La noche se le hizo eterna.

Aprovechó cuando una pareja de esposos se despidió, él agradeció la ocasión, pudiendo hacer lo mismo.

Como el señor Denvers no podía dormir, tomó su capa para salir a dar un paseo, cuando salió, se encaminó a las caballerizas, que estaban a un lado de su cabaña, así que, sin mucho ánimo, se recostó de un árbol frondoso.

El joven levantó el rostro hacia el cielo, como buscando la paz que poseía la media noche. Escuchó un murmullo, tenue, que provenía de los establos, y aproximándose un poco más, escuchó, alguien conversaba; era una voz no muy audible, que hablaba. Otra voz respondía más alta; la primera era la voz de una dama, la segunda la de un caballero.

La pareja, salían hacia la puerta, el señor Denvers con rapidez caminó hacia el árbol, dispuesto a marcharse, pero al reconocer la voz de la dama, se quedó helado:

—¿Debe esperar usted al día de las nupcias Milord?

—No podría esperar, si usted me cita en un lugar tan solitario señorita.

—No puedo darle más, de lo que ya ha probado, pues el plato fuerte a de comerlo a su tiempo.

—Es usted muy traviesa.

—Traviesa Milord, es mi segundo nombre.

—Eso es lo que más me gusta de usted, una dama refinada delante de los

demás y un diablillo, cuando estamos solos.

Una risita de exultante coquetería salió sin más de los labios de la joven.

—Su padre ha puesto el casorio para fines de este mes, más le indiqué, que lo ponga para dentro de dos semanas.

—Ese tiempo es el adecuado, estaba cavilando que fuese dentro de dos meses.

—¡Como voy a esperar tanto, ya deseo tomar el platillo fuerte! ¡Me muero por probarlo!

—Si se muere Milord, se quedará sin nada.

—¡Es una crueldad lo que hace!

—¡Crueldad Milord!

—Sí, ya sé, a qué va todo esto, desea continuar jugando con el aprendiz, la he visto caminar con el joven por el bosque.

—Jajaja, solo es un pobretón.

—Qué bueno que lo sepa, es un don nadie, más a mi lado será usted, una Vizcondesa, pero ese joven se ha enamorado de usted.

—¿Qué dice usted? ¿Cree Milord que el señor Denvers se ha enamorado de mí?

—No faltaba más, usted fue testigo de la cara de asombro que puso cuando entró esta noche en el salón y la vio a usted a mi lado, después, en toda la velada, solo hacía mirarla y suspirar de lejos, creo que, hasta mi servidumbre, se dio cuenta de la devoción del señor Denvers hacia usted, si hubiese sido un caballero que se deja llevar por debilidades, y no fuese consiente por mi edad que esas cosas les gusta hacer a ustedes las damas para sentirse deseadas, estuviera celoso.

—¡Celoso usted! —. Joajana, no me haga reír más.

Una risa falsa, salió de la garganta de la joven.

—Usted es mala, no parece venir de dos personas tan buenas y amables, como lo son sus padres, usted señorita mía, por mucho que lo niegue, le ha alentado a ese muchacho, a que se enamore de usted, lo mismo que hizo conmigo este verano pasado, me enamoró con sus miradas, me sedujo con sus besos en mi mentón, con las caricias de sus dedos en mi cuello, perdí la cordura. Ese beso, la noche antes de la leída del testamento de mi padre, fue como sabrosecar a la luna, para mi desgracia, su padre, y mi abogado, fueron testigos, de mi locura.

—¿Le cambia el nombre a pasión, Milord?

—De me el plato fuerte esta noche y permitiré que juegue con cuanto caballero desee.

—Solo obtendrá el plato fuerte Milord, después de enlazarnos.

Expresando esas palabras, la muchacha se puso la capa y salió a toda prisa, por el sendero, que daba a la residencia del capellán.

—Pronto serás mía, diablillo.

El resto de la frase se perdió en la distancia, pues, el Lord se alejó.

El señor Denvers, estaba pegado al suelo, aguardando el regreso de uno de los dos amantes, pero pronto el sonido de una puerta que se abría y cerraba, le hizo retornar a su cabaña.

Se quedó pegado, a la puerta, con su capa puesta, su mente, malvada, se reía de él, en tanto, un frío canadiense, se apoderó de su corazón dolido y, quitándose la capa, la arrojó al suelo, se acostó, más su mente maliciosa, deseaba atormentarlo más, le hizo volver a recordar las escapatorias con la dama y las palabras que escuchó esa noche. Cuando no pudo aguantar más la tortura, exclamó en voz alta:

—¡La señorita Cooper es una desvergonzada!

A la mañana siguiente, su mente lo despertó, pues, no deseaba que lo tildaran de caballero dolido y despechado. Se quedó meditando, reflexionando sobre las medidas que debía adoptar para tratar a la dama y, recobrar el ánimo destrozado, por la falta de sueño y los tormentos de su propia mente. Puso fin a sus pensamientos, salió al lugar de aseo, con todo, que la mañana estaba fría, se dio un baño y las aguas heladas del estanque, le devolvieron el vigor, sintiéndose fortalecido y con energía renovada, fue capaz de dirigir sus pasos a la residencia del capellán.

Esa alborada, el capellán no estaba, la señora Cooper los acompañaba, la hija, al verlo, le sonrió con coquetería, extendiéndole la mano para que la saludara, el señor Denvers formó una reverencia, con el semblante tranquilo e imperturbable, hizo el gesto de besar la mano de la joven, pero no lo hizo:

—Buenos días señorita Cooper, señora, señorita Hervey.

El joven caballero, en todo el momento que estuvo con las damas, no dio signo externo, del sentimiento irritado, que continuaba abrazando su corazón.

Cuando estuvieron a la mesa y habían terminado el desayuno, un poco callado, la señora Cooper explicó:

—Señor Denvers, mi esposo desea que, si es posible, usted entregue hoy las canastas de ayuda a las ancianas y jornaleros.

La señorita Cooper de inmediato preguntó:

—¿Madre puedo acompañar al señor Denvers?

El joven atemorizado que la madre diera una respuesta afirmativa,

respondió:

—No creo señorita Cooper que sea apropiado que una dama acompañe a un caballero, sin la debida supervisión.

La señora Cooper miró a su hija, después, al joven caballero y sin más respondió:

—Esa es una muy buena respuesta, asimismo, usted tiene mucho que hacer, ya que, desde hoy, usted se encargará de las tareas que hace Lisaura.

—¿Pero por qué?

—Esa respuesta se la daré en un momento, cuando estemos solas y que su padre retorne de hablar con el Lord.

El señor Denvers, de inmediato, se puso de pie:

—Pasen buen día, damas, he de retirarme a cumplir con mis tareas.

Haciendo acoplo de toda su compostura, hizo una reverencia colectiva y salió a grandes zancadas del comedor.

El joven caballero acompañado de Bill, se dispuso a entregar las canastas a los feligreses del capellán, en el camino se quedó ensimismado.

Aunque, el señor Denvers no poseía una naturaleza vengativa, más los sentimientos que estaba albergando por la dama, hacía que se sintiera traicionado por ella, ya que, estos se estaban guardando en un cimiento firme como la roca, no en arena, donde las impresiones se borran tan fácilmente como se crean.

El joven sirviente, Bill, de camino a la primera parada le comentó:

—Señor Denvers, no sé qué le ocurre al capellán en estos días, es la primera vez que lo veo atormentado, ni cuando se le murió su hijo se puso de esta forma.

—¿Al capellán se le murió un hijo?

—Oh sí señor, era su primogénito, murió de fiebre, más en todo eso, no se le vio turbado, dolido sí, más no amedrentado.

—No sé nada Bill.

El sirviente se quedó meditando un instante y después comentó:

—Lo que está pasando, debe ser, algo mucho más fuerte que la muerte.

Llegaron a la casucha de una anciana, esta era ciega, el joven Bill se desmontó, entró a la cabaña e hizo lo mismo que el capellán, ayudó a la dama a sentarse en la silla, tomó la escoba y limpió, prendió el fogón, puso té y después lo sirvió:

—Oh gracias Bill, ¿Está el capellán enfermó?

—No señora, tiene muchas cosas que hacer.

—¡Que extraño! ¡Él siempre saca tiempo para nosotros!

—Sí, más, hay que recordar que él necesita tiempo, también.

—Posee usted toda la razón Bill, hablaré con mi hijo esta noche cuando retorne de trabajar en la mansión.

—Ponga al capellán en sus plegarias.

—Siempre él está, y también su familia.

Pasaron así, toda la mañana, los feligreses echaban de menos al capellán, principalmente, las ancianas, lo extrañaban de todo corazón, más, para los demás, era casi un alivio que este no se presentara y le hablara de religión, como indicó un caballero con la pierna enferma:

—Si hubiese sabido que el capellán no aparecía hoy, me habría tomado un poco de aguardiente.

—Eso no le hace bien a su pierna señor.

—Ja, quien eres tú para saber que me hace bien o mal, solo eres un sirviente del señor Cooper.

—Puedo ser un sirviente señor, pero también sé que es prudencia y que no lo es.

El caballero no habló más, diciendo unas cuantas maldiciones sacó a Bill de su cabaña, quedándose con la canasta.

La última parada era la cabaña de una anciana y su nieta, la anciana estaba enferma. Bill ayudó a la anciana a calentar el agua, en tanto, el señor Denvers se animó a cortar con el hacha unos palos para el fuego, al finalizar, entró y una taza de té humeante lo esperaba:

—Tome esto señor, le calentará el cuerpo.

El joven tomó agradecido el té, sentándose en una silla desmembrada, lo tomó poco a poco.

—Bien, Mary, ¿Cómo se encuentra hoy?

Preguntó el joven Bill, a la anciana que estaba recostada en un viejo sofá:

—Pues regular, hijo, pero la salud no es lo que me mortifica.

—¿No?

—No, no sé hasta cuando, este cuerpo me sea una carga, mi espíritu se canse de tanta dolencia y lo deje, tome alas y vuele a su creador, mi alma a su redentor, más con quién he de dejar a Sarah.

— No piense en eso, usted posee mucha vida.

Indicó el señor Denvers, tratando de dar ánimo a la anciana.

Ella sin más replicó:

—No joven, ya la vida se me va, la melancolía que me embarga no se debe a que deje de vivir, sino que será de mi nieta, ella tan solo tiene tres años, así mismo, no puedo cuidar de ella en estos momentos, ni mucho menos cortar leña para el fuego, por mi enfermedad, y las manos de ella son muy pequeñas para tomar el hacha.

El señor Denvers sin pensar, expresó una promesa, sin ser él mismo, consiente de sus palabras:

—No se preocupe, vendré cada día a cortar la leña, hasta que usted se reponga.

—Es usted muy amable señor mío.

En esa cabaña el señor Denvers sintió que lo necesitaban, así que antes de marchar, entró su mano a su bolcillo, sacando unas monedas, se las entregó a la anciana, diciéndole que volvería al día siguiente.

El joven Bill, cuando subieron de nuevo a la carreta y retornaban por el camino, sintiendo el frío entre sus manos se las frotó, el señor Denvers se dio cuenta que el sirviente no poseía guantes, se quitó los de él y tomando las riendas, dijo:

—Póngase estos guantes Bill.

—Oh no señor, usted los necesita.

—Tengo otros, además, sus manos están heladas.

El muchacho lo obedeció y después tomó las riendas, cuando se acercaban a la cabaña del señor Denvers, el joven indicó:

—Sus guantes.

—Son suyos Bill.

—Pero señor...

—Usted los necesita más.

El muchacho le sonrió y señaló:

—Usted sería un buen capellán, señor Denvers, gracias.

Esa tarde, el señor Denvers se quedó meditando, en todas las personas que visitaron en el día, muchos de ellos eran almas donde no le había nacido la compasión y el agradecimiento, esas cualidades del carácter, estaba muy lejos de ellos, eran como barcos anclados próximo a una cosecha, disfrutaban

de ella, más no deseaban bajarse y cultivar los campos, así eran ellos, decían ser feligreses, más no deseaban vivir como tal.

Esa noche la mente del joven señor Denvers, estaba en verdad turbada, no solo por lo ocurrido con la dama, que sentía afecto, sino por ver la realidad de la necesidad humana. No acudió a cenar a la residencia del capellán, sino que se conformó, con el poco de leche y pan que le trajo Bill.

Capítulo III

La noticia de las nupcias de la hija del capellán con el Vizconde fue una gran conmoción para algunos, en especial para los arrendatarios y feligreses en general.

El señor Cooper, se ganó el respeto de todos los que lo conocían, se podía decir que ahora sería más reverenciado, más no se veía muy a gusto con el enlace de su única hija con un noble, aunque, para muchas personas ese hubiese sido un himeneo ventajoso, más, para el simple Capellán eso era una afrenta, pues, no se supo el porqué de la rapidez, pero el casorio sería en menos de dos días.

El caballero decidió hablar con su huésped, el señor Denvers, cuando los dos retornaban de visitar a una anciana enferma:

—Señor Denvers, seguro que está usted enterado de que mi hija se enlaza este fin de semana con el Vizconde.

—Si señor Cooper, me han llegado algunos comentarios.

—Disculpe usted que no sea invitado.

—En verdad, no puedo estar invitado a una celebración familiar señor.

—No es sólo, porque sea pariente, ya que para nosotros usted ya forma parte de la familia, señor Denvers, más bien, no deseo su presencia, porque, como padre, mi alma está dolida y mi espíritu está abatido por la vergüenza.

—No sé qué decirle.

—Pues, no diga nada, mi buen joven y escuche, como hijo de un clérico, puedo decir que no poseo grandes aspiraciones en la vida, encontré a una

dama de la nobleza que me amó tanto, que dejó todos los lujos, para vivir una vida humilde, más, ha sido una muy maravillosa, ya que Dios nunca nos ha dejado, y mucho menos nos ha fallado. La bendición aumentó, al llegar nuestros hijos, un regalo de Dios para nosotros—. El caballero cansado respiró profundo—. Sabe poseíamos un hijo, más Dios lo envió a buscar, eso me dolió, más, quien soy para cuestionar a Dios, sé que pronto lo veré, cuando estemos juntos, esta vez, no tendremos que despedirnos más. Quiero decirle que mi corazón está abatido, mi espíritu cansado, ya que mi hija me ha producido una de la mayores tristezas en mi vida, esta vez no puedo excusarla, siempre supe que era débil de carácter, también, sé que su egoísmo es más grande que su sensatez, su ambición y avaricia más que su bienestar, por esa razón, se entregó a sus propios desenfrenos, no dio valor a su virtud, entregándola sin ningún temor a Dios, más nada que se haga en lo oculto, queda velado, todo sobresale a la luz, porque Dios permite que se haga manifiesto lo que somos, por tanto, muchos que hacen no mismo, y sus obras no salen a la luz, creen que no tienen consecuencias sus actos, se glorían en aparecer castas e inocentes, más, su corazón está negro, siempre se posará sobre su corazón, la falta que se hizo en lo oculto.

—Señor no sea tan inflexible con ella y con usted, además, nadie lo sabe a menos que usted hable.

—Mi buen amigo, todo lo que es tentador y lo que nos trae vergüenza, eso es pecado, si usted no puede decir, en voz alta, lo que hizo, entonces, eso está mal, nada que da pavor es bueno.

—Todos somos hijos del pecado señor Cooper, por eso no puede ser tan duro con usted y con su hija.

—Eso joven, no es excusa, para comportarnos, con desvergüenza, si decimos ser hijos de Dios, en nuestro interior debe haber siempre un conflicto, una lucha de un alma salvadora. El cuerpo, la mente y el espíritu del creyente,

llegan hacer un campo de batalla, donde la naturaleza que Dios nos da, cuando venimos a Él, a través de Jesús, esa es la nueva naturaleza, ella trata de vencer el pecado.

El joven caballero se quedó un instante recapacitando, mientras, el señor Cooper le dio su tiempo para que comprendiera sus palabras.

— ¿Se siente usted luchando por dentro joven? ¿Ha tenido usted alguna experiencia de hacer algo malo?, y después, se aborrece por haberlo hecho, por fin clama a Dios y le dice arrepentido, ¡Ay Señor! ¡Cuánto le he fallado! La naturaleza vieja, esa la que heredamos de Adán, ella procura hacer valer sus derechos, su deseo es dominarnos.

—Lo que me está diciendo, es que su hija se dejó llevar por la naturaleza vieja.

—No sólo ella, sino todos los que pecamos. La naturaleza vieja mora en el creyente, tanto como lo hace el Espíritu Santo. Ese es el motivo del conflicto. El Espíritu Santo nunca puede comprometerse con el pecado, no puede avenirse con el pecado, La naturaleza vieja en cambio solo sabe pecar, mientras, la nueva no puede.

—Ahora comprendo, por qué el conflicto.

—Se dio cuenta usted, del rostro tierno del bebe de los Hotmet.

—Sí, es un rostro de un ángel.

—Pues, cuando cumpla sus cuarenta, ese rostro de ángel, se convertirá en un rostro amargado, o tal vez, despreocupado, pero transcurrido ese tiempo, el pecado ha habrá escrito sus líneas en ese tierno rostro que hoy observamos, el pecado cada año se ramificará, penetrando en los reconvengo más profundo del cuerpo, el cerebro que hoy solo sonríe, será un instrumento para maquinan maldad, sus piecitos que hoy no dan un paso, para esa época, estarán de continuo al mal, sus ojos disfrutarán más con las cosas que son ocultas, que

con la belleza de la naturaleza. La triste condición de nosotros es ser esclavos, vendidos a un maligno capataz, que, en su mano derecha, posee una fusta, mientras, en la izquierda, un látigo de perversidad.

—Mirándolo de ese modo señor Cooper estamos perdidos—. Indicó el joven caballero, sorprendido.

—En Juan 3:9 dice la biblia`...

Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.

—Eso contradice lo que usted ha dicho.

—No joven, eso lo afianza, la naturaleza de Dios es su Espíritu Santo, Un hijo de Dios puede cometer pecado, pero siempre lo aborrecerá. Se repudiará a si mismo debido al pecado de su vida.

—Lo que me está usted diciendo, que nada bueno hay en mi vida.

— Ni en la suya ni en la mía, nosotros creemos que podemos hacer algo bueno en la carne, que agrade a Dios, fíjese usted en mí, en mis feligreses, en las personas que dicen tener una religión, todos están ocupados como los comejenes, o como las polillas y terminan produciendo lo mismo, aserrín. Se creen buenos en su propia opinión, trabajadores esforzados, creen que agradan a Dios, pero están tan ocupados que no poseen una relación vital con la persona de Jesús. La vida de Cristo no se refleja en ellos, no vive en ellos, no se ve en ellos. Tratan de hacer todo con sus propias fuerzas por medio de la carne, se sienten justificados, más nada que hagamos en la carne, Dios acepta, por el contrario, lo aborrece.

—¿Cuándo seremos libre de esa naturaleza, señor Cooper?

—Cuando el carruaje de la muerte venga por este cuerpo de pecado, si hicimos la decisión en vida por Jesús, si confesamos nuestros pecados y lo aceptamos como nuestro salvador, recibimos una nueva naturaleza, la cual,

vamos alimentando cada día, como a un bebe, con oración y la palabra de Dios leyéndola y meditando en ella, cuando el ángel de la muerte, viene por este caparazón inundado de maldad, este va a la tierra y se deshace, el espíritu va a Dios que nos lo dio, más el alma que tomó la decisión de seguir a Jesús, va a su presencia, pero, sino tomó la decisión en vida, creyendo que estaba haciendo todo bien, entonces es apartada de Dios y se va al hades, a su castigo eterno.

El joven señor Denvers se sintió un poco desconcertado por las últimas palabras del párroco, pero se quedó callado, esperando el momento para refutarlas.

Cuando salieron de la cabaña, del caballero que había sacado a Bill, la semana pasada, el capellán señaló:

—Las personas cavilan, que pueden engañar al otro, pueden engañar a cualquier ser humano, más a Dios, que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo siente, a ese no lo pueden falsear, somos tan ingenuos, que creemos posible tal cosa, ¡que estupidez!

—Dice usted esas palabras por lo que le hizo ese caballero a Bill.

—No amigo mío, lo digo por mis propias cavilaciones.

Se formó el silencio, pues el mismo señor Denvers se sintió aludido con las palabras del capellán.

Al llegar a la rectoría del capellán y saludar a la señora Cooper, esta estaba un poco avergonzada, más, cuando miró al pasillo, distinguió a la hija haciéndole un ademán con la mano a su padre, las palabras subieron de tono,

en ese momento el señor Denvers expresó:

—Despídame del señor Cooper, me recuerdo que he de escribir a mi padre.

La señora asintió, muy rápido, dejando ver la gratitud pintada en su mirada.

El señor Denvers salió ágilmente de la residencia y pidió a Dios en silencio que ayudara a los señores Cooper, ya que la hija no veía nada de malo en lo que había logrado, no así los padres, que la vergüenza y la culpa lo estaban consumiendo.

Dos días después, todos hablaban del enlace de la hija del párroco, con el dueño de las tierras:

—Que vinculo más desigual, la hija del capellán con un Vizconde.

—Ese caballero se dejó engatusar por esa liebre.

—No hable así, usted sabe que sus padres son muy buenas personas.

—Eso no se puede negar, más todos sabemos que hay algo oculto en ese enlace tan pronto, que nacerá en el tiempo adecuado.

—Jjajaja, es usted terrible.

—Esa muchacha coqueteaba con cualquier caballero.

—Bueno, eso es, una verdad.

—Puede que sus padres sean unos santos, pero la muchacha, es una descarada.

El señor Denvers no escuchó más, porque, las damas salieron de la tienda y se encaminaron a otro comercio.

—No le ponga atención a ese cotilleo señor Denver.

—No le prestó atención señor.

—Qué bueno, pues si usted se la pasara en este mostrador, conocería muchas personas que dicen ser amigos, más, hablan de una manera tan desprestigiada de los demás.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo está el capellán?

—Muy bien, gracias.

—Comuníqueme mis saludos.

—Se los daré.

La noche después de las nupcias de la señorita Meggan, el señor Denver se reunió con el señor Cooper, después de cenar y que las damas se retiraran temprano, el caballero le comentó:

—Se que usted se pondrá muy perplejo cuando le comunique mis planes.

—Dirá usted señor Cooper.

—Ahora que nuestra hija es la esposa del Vizconde, no creo apropiado continuar siendo el párroco de este pueblo.

—Pero señor, ahora posee usted más prestigio que antes.

—El prestigio mi buen amigo, es una palabra que usan los caballeros, para poder sentirse superiores a los demás, en mi caso y el de mi esposa, somos personas humildes, gracias a Dios, tenemos manos para trabajar y pies para caminar, entendiendo así nuestras necesidades, deseamos estar lejos de nuestra hija, ella fue la que tomó sus decisiones, ella debe asumir las consecuencias y estando nosotros a su lado, como padres que somos, vamos a desear aminorar su carga.

—No veo nada malo en eso señor Cooper, ella es su hija y los necesita.

—Ella es nuestra hija, más ahora ya está unida a su esposo, ella, aunque

nunca dejará de ser nuestra hija, ya no nos pertenece, por esa razón, viajaremos a Chawton, si el dueño de esas tierras me acepta, he sabido que necesita un clérico, posee una rectoría vacante de hace un año y le envié una carta para que me permita ocupar ese cargo—. Respiró profundo, como quien le falta aire para respirar —, así que, si me aprueba aceptaré de inmediato.

—¿Usted y su familia van a vivir en Chawton?

—Si, mi hermano trabajó hace años con ellos y creo que podré hacer el trabajo de Dios allí, claro está, si el caballero me aprueba.

El señor Denvers se quedó un instante callado, pues, nunca caviló una decisión tan rápida del capellán.

—Sentirá usted que mi proceder es apresurado y quizás sin razón, que huyo de lo que se aproxima, no obstante, de quien cuido es de mi esposa, ella sufrirá al doble cuando vea a su hija sufrir, ella merece ser alejada de lo que ha de venir.

—Pero señor Cooper, su hija no tendrá necesariamente que sufrir, tal vez, usted se equivoca, y ella sea bendecida con una unión como la suya.

—Aprenda algo joven amigo, cuando una dama desea algo, no analiza las cosas, ella no se detiene ante nada, hasta conseguirlo, aun acosta de su bienestar y el de su familia, ya que la vanidad en una mente débil, al final, es perjuicio para quien la posee.

—Si usted como padre, desea, dolor para su hija, no puedo decir nada, pues no soy más que un extraño.

—No deseo mal a mi hija, señor Denvers, más bien, pido a Dios por ella, deseo que todo le florezca.

—Pues, que así sea señor.

Posteriormente de que los dos caballeros se quedaran mucho tiempo ensimismados en sus pensamientos, el señor Cooper expresó de pronto:

—Un amigo llegará esta semana para hacerse cargo de la parroquia.

—¡Tan pronto!

—Sí, antes de marchar el Vizconde para su tiempo de miel, hablamos del asunto.

—Ahora comprendo que hace días que había tomado esta decisión.

—Así es, mi buen amigo, para no aplazar lo que ha de venir, nosotros haremos un viaje a Thornton, una pequeña aldea de Haworth, a visitar a un amigo, le hablé de usted en mi carta, él no pone objeción si usted desea, puede ser su huésped, a menos que desee quedarse aquí.

—No sé qué responder, no esperaba que ustedes se marcharan.

—Usted tiene tiempo, puede analizar la propuesta, consulte en su almohada con Dios y vea si es su voluntad de que nos acompañe.

—Muy bien, eso haré, ahora si me disculpa.

—Vaya usted joven, vaya usted, ya que aquí, en estas cuatro paredes, el tiempo no se detiene.

—Buenas Noches señor Cooper.

—Buenas noches, mi buen amigo, que esta noche la presencia de nuestro Dios sea su mayor realidad, para que usted pueda elegir con sabiduría y firmeza.

El señor Denvers formó una reverencia y salió de la pequeña residencia, con un fuerte pesar en su alma.

Cuando estaba preparándose para acostarse, tocaron a su puerta:

—¿Quién es?

—Es Rondel mi señor.

— ¿Rondel?

Con premura, abrió la puerta, dejando pasar al caballero alto y corpulento:

—¿Qué haces aquí Rondel? ¿Le pasó algo a mí padre?

—No mi señor, todo está bien con su padre, más no con el señor Cooper.

—¿Cuál señor Cooper?

—El párroco que gentilmente lo recibió.

—¿De qué se trata?

—Señor, la hija del caballero le ha hecho prometer a su esposo, que no desea ver a su padre cuando retorne de su tiempo de miel en Reeding, no desea que él continúe en la rectoría de este pueblo.

—¿Cómo? ¿Qué la hija no desea que el señor Cooper sea el capellán de aquí?

—Así es mi señor....

—¡No lo puedo creer! Nunca cavile que eso sucediera, el señor Cooper me informó que dejará esta rectoría, más no me comentó nada que era porque su hija no los deseaba aquí.

—El Vizconde me dio órdenes expresas de sacarlos antes de que ellos retornen, por eso me aventuré a hacerle esta visita, aunque faltando a sus órdenes.

—Está bien Rondel, esa información es necesaria, escriba a su padre y dígame que acepte de inmediato al señor Cooper como nuevo clericó, envíe la carta con Edwar y que este espere la afirmación.

—Como usted ordene.

—Otra cosa, en una semana me marchó con ellos a Thornton una aldea de Haworth, al norte.

—Usted viajará con ellos.

—Sí, aunque deseo que usted continúe con su puesto aquí, por lo menos hasta navidad.

—Mi señor con todo respeto, pero no puedo dejar que viaje sólo, recuerde que ese fue el único requisito que puso su padre a su viaje.

—No viajaré sólo, me llevaré a Bill.

—Ese muchacho es muy joven para cuidar de usted.

—En tal caso, espera a que los Vizconde retornen de su tiempo de miel y renta una residencia en Thornton, nos mantendremos en contacto por carta, más deja a Edwar aquí.

—¿Desea que Edwar continúe trabajando para el Vizconde?

—Sí, solo por un tiempo.

— Otra cosa Rondel, visita a la señora Mary, dile que ella y su nieta van a vivir en Bath, envíalas a la residencia que está en Landscape Hall.

—Señor, pero esa residencia es muy grande.

—No a la mansión, sino a la residencia del proletario.

—Cómo usted diga.

—Que se le supla todo a ellas, desde el carbón para el frío, hasta una doncella que haga las cosas más pesadas, que el administrador de Landscape Hall me envíe un informe sobre la anciana y su nieta.

—No es eso mucho señor.

—Creo que no Rondel.

—Lo que usted dictamine mi señor.

Los días siguientes, el señor Cooper comenzó a despedirse de sus amigos y feligreses, cuando pasaron por la cabaña de la señora Mary y su nieta, está, estaba vacía, el capellán preguntó por ellas a una vecina:

—¿A dónde se marchó la señora Mary?

—Según nos dijo, que una persona de noble corazón se la llevaría a

cuidar de ella y su nieta.

—¿No dijo quién era esa persona?

—No señor capellán, a todos nos dijo lo mismo, pensamos que se estaba volviendo loca, pero un día una carreta y un carruaje vino por ellas y se las llevaron.

—Qué extraño, la señora Mary no poseía familia, solo su nieta.

—Pues, al parecer que la persona que las envió a buscar tenía dinero, ya que el carruaje era pomposo y los lacayos más finos que los del Vizconde.

—Espero que le vaya bien a la señora Mary y a su nieta.

—Le aseguro, que mejor que a nosotros —. Indicó la aldeana con una sonrisa de desdén en su rostro.

El señor Cooper trató de investigar el paradero de la anciana y su nieta, más nadie le supo decir hacia donde se habían marchado.

El nuevo capellán, llegó al pueblo, fue introducido por el señor Cooper ese Domingo en el servicio de la mañana, el último que él auspiciara, ya que al día siguiente se marcharía.

El mismo día de su partida, le llegó una carta al señor Cooper del administrador de las tierras de Chawton, informándole que la rectoría era suya y que cuando deseara, podía ocuparla:

—Señor Denvers, me llegó una carta de la rectoría que solicité, informándome que la rectoría es mía, que cuando desee puedo ocuparla.

—¡Qué noticia más agradable!

—Así es señor Denvers, muy agradable, no solo por la generosidad del caballero de enviarme tan pronto una respuesta, sino más bien la de Dios, que permite que las personas sean bondadosas con aquellos con los que él cuida.

—Así es señor Cooper, así es.

La familia Cooper, esa mañana se marchó, la señora Cooper acompañada de su sobrina, tenía una expresión de tristeza en su rostro, ellas viajaban en la parte delantera de la carreta, a su lado el señor Cooper, en otra iba Bill y la señora Carthe, la doncella que siempre había estado con los esposos, y a caballo el señor Denvers.

El señor Cooper con dolor en su corazón, salió de aquella residencia que había sido su vida, sus años más hermosos lo pasó en esa morada, aun no podía creer lo que les estaba pasando, en silencio miró a su esposa, ella al igual que él, estaba sorprendida, más como dama prudente, había optado por no decir palabras.

Cuando pasaron por el pueblo, nadie salió a despedirlos, sólo los niños salían detrás de las carretas, diciéndole adiós con las manos y volviendo prontamente a sus juegos.

El señor Denvers se sorprendió por aquello, nadie parecía importarle, la familia Cooper, había un nuevo párroco que había que escuchar, ya que el señor Cooper no le podría ayudar más, por esa razón, ya no le era de utilidad.

Las carretas iban avanzando, los ánimos aumentaban, la señora Cooper dejó de llorar, su esposo la animó con un poco de té, caliente, que estaba en una vasija cubierta de cuero, que mantenía el calor, ella agradeció el gesto.

La señorita Lisaura, en todo momento cuidó de ellos, con atención y esmero.

Al parar esa noche, en una posada, ellos no protestaron, cuando el señor Denver, los envió a una habitación para que descansaran, que él se hacía cargo de todo.

En la mañana temprano, el señor Cooper se le aproximó:

—Señor Denver, mi esposa no se siente bien, ella prefiere que, en vez de viajar a Thornton, nos desviemos a Chawton, pues faltan dos días de camino, si usted desea puede continuar.

—Los acompañaré a Chawton, después, cuando los vea establecidos allí, viajaré a Thornton.

—Como usted desee, y gracias mi buen amigo.

— No debe usted darlas, pues usted me recibió en su vida sin hacer preguntas.

—No creo que, en ese momento, fui una persona amable.

—En ese momento necesitaba una persona como lo fue usted.

— Pues, en este momento necesito a un amigo como lo es usted.

—Cuenta siempre señor Cooper con este amigo.

—Señor Denver, este es uno de los momentos más fuerte de toda mi vida, usted no sabe y le diré es mejor que no lo sepa, pero poseo una fuerte carga en mi corazón, estos días no me siento como el caballero fuerte que pone todo ante Dios, hoy me siento como un niño perdido.

—La noche que visitamos al caballero que fue abandonado por su esposa, dejándolo con sus dos hijos pequeños, usted le dijo: Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; No dejará para siempre caído al justo.

— Se aprendió usted el Salmos 55:22

—Sí, me aprendí esa porción, más la hice mía, me apoderé de ella y ahora deseo compartirla con usted.

—Jajaja, usted posee palabra de sabiduría señor Denver, es usted un

caballero bienaventurado, usted teme a Dios.

—Así es señor Cooper, antes solo lo conocía, más ahora le temo y lo respeto, sus palabras fueron como medicina para mi alma, sus concejos y su vida son un gran ejemplo de que Dios si existe, que él puede transformar corazones y cambiar vida.

—Así es mi buen amigo, asimismo es, Él cambió mi vida.

—No hablo de su vida, hablo de la mía señor Cooper.

Una sonrisa, transformó, las facciones tristes del caballero.

Ya estaban a mediados de septiembre y las temperaturas estaban tornándose frías, las nubes y el viento del norte se combinaban para hacer que las brizas se sintieran heladas y melancólicas. El viaje parecía muy largo, las carreteras estaban muy pesadas y rugosa, los caballos cansados, subían y bajaban las pendientes trabajosamente, llegaron a una llanura y los caballos se pusieron al trote.

—Señor Cooper me adelantaré, para que sepan de su llegada.

— Como usted desee señor Denver.

El señor Denver agradeció que el capellán no se opusiera, pues debía hablar con el administrador, antes de la llegada de este y su familia.

Cuando no le podían ver, puso su caballo al trote, en tiempo récord y sin mucho esfuerzo, cruzó la puerta de hierro de la propiedad y siguió por el sendero de la entrada de los carruajes.

La propiedad estaba muy bien cuidada, todo el entorno estaba bien pulcro, a cada lado un verde césped debidamente cortado franqueaba la entrada, a una imponente mansión, que se erguía por encima de los bosques de

álamo.

En poco tiempo fue recibido por el mayordomo:

—Buenas tarde señor, en que le puedo ayudar.

—Soy el señor Denvers y vengo con el nuevo párroco, más deseo hablar con el señor Rondel, el administrador.

—Pase, señor Denvers.

El mayordomo lo hizo pasar, lo llevó a una sala de espera, nervioso el señor Denvers se movía impaciente de un lado al otro, hasta que la puerta se abrió y la cara de asombro, en el rostro del recién llegado, fue evidente:

— ¡Mi Lord!

Enseguida el señor Denvers levantó su mano, para que el otro caballero se detuviera.

—Señor Rondel, usted me confunde, soy el señor Denvers.

—¡Oh! Si, desde luego. Señor Cornet traiga una bandeja de té y demás, al señor Denvers.

—Si señor, permiso.

El mayordomo formó una reverencia y salió, cerrando la puerta detrás de sí.

— No diga nada señor Rondel, solo escuche, la familia del capellán estará aquí pronto, deseo que se le trate muy bien, como si fuesen de mi familia, la residencia que fue de la madre del dueño de estas tierras, es donde se alojarán, le enviará la servidumbre necesaria, le permitirá al capellán un carruaje de los que no se usan para él y su familia, asimismo, dejará al joven Bill con ellos, me entendió

—Sí mi Lord.

—Recuerde, que soy el señor Denvers, solo estaré con ellos unos días, posteriormente me iré.

—Sí señor Denvers.

—Por hoy, usted les permitirá, que se alojen aquí, mañana, los llevará usted mismo, a su nueva residencia.

En ese instante se escucharon la llegada de carretas, que se disponían a continuar hacia la parte trasera de la mansión, por la entrada de la servidumbre.

—Apresúrese señor Rondel, ellos son mi familia.

—Sí, mi señor.

El caballero de inmediato, salió al pasillo, dio órdenes para que los lacayos ayudaran a la familia del capellán, y el señor Denvers salió detrás de él:

— Bienvenidos señores Cooper, señorita.

Muy galantemente el administrador, saludó a las damas, como si se tratasen de Reinas:

—Entremos, mi señor me ha dado órdenes que los trate muy bien, tan bien como si fueran ustedes parte de la familia.

—Es muy amable su señor, ¿Está él presente?

El señor Rondel miró de reojo al señor Denvers:

—Si está, es como si no estuviera, creo que ustedes lo conocen.

Caminó por un amplio pasillo y al doblar cambió rápido de tema:

—Señor Cooper usted y su familia se alojarán esta noche aquí, mañana lo escoltaré para enseñarle su residencia.

—No deseamos ser un problema, podemos irnos esta noche.

—Ustedes no son un problema, al contrario, como decía un amigo, ustedes son de bendición para nosotros, así que acepte nuestra hospitalidad por esta noche, asimismo, las damas están muy cansadas, pueden recobrar energía esta noche y mañana será un nuevo día.

La señora Cooper echó un vistazo a su esposo, dándole su aprobación

con la mirada, así que, este sin más indicó:

— Aceptamos su invitación señor Rondel.

El mayordomo se reunió con ellos, en la sala de estar, llevando con él, tres doncellas con bandejas, mientras le servían el té, el señor Cooper preguntó:

—¿Usted y el nuevo administrador del Vizconde, poseen el mismo apellido, son familia?

El señor Rondel, casi se atraganta con el té, sonrió al capellán, aprovechó que este tomara de su taza para, mirar al señor Denver, este asintió con la cabeza, entonces él dijo:

—El señor Raphael Rondel es mi hijo.

—Ahora comprendo, porque usted me respondió tan rápido, su hijo le habló de nosotros.

—No puedo mentirle, mi hijo fue quien me dijo que usted era la mejor opción, para este puesto.

—Pues le agradezco a usted por escuchar a su hijo.

—En verdad señor Cooper, escuché la voz de alguien más grande y poderoso, que usted no se imagina, que cuida de ustedes.

—Jajaja, que buena noticia, jajaja, es usted hijo de Dios, gracias por recordarme que Dios cuida de mí y de los míos, de verdad es agradable encontrar caballeros temerosos de Dios. Sabe en el corazón del prudente reposa sabiduría.

El señor Rondel no supo que responder, así que terminó su té en silencio, se puso de pie explicando:

— Cuando terminen las doncellas los llevarán a sus recámaras.

—Gracias, es usted muy amable —. Indicó la señora Cooper.

— Les enviaré la cena a sus recámaras para que descansen, mañana los llevaré a su nueva residencia, reposen.

—Dudo que lo podamos hacer señor Rondel, pues la esperanza que se demora es tormento del corazón—. Comentó el señor Cooper, poniéndose de pie.

La familia salió detrás de las doncellas, mientras, el señor Denvers se quedó un poco más con el señor Rondel:

—Envié la servidumbre necesaria para limpiar, y poner presentable la residencia de los Cooper.

— De inmediato señor.

—Otra cosa, llenen sus despensas.

—Como si la difunta viviera allí.

—Jajaja, así mismo, trátelos muy bien, ellos se han convertido, en mi familia.

— Sí, mi señor.

—Mañana me trasladaré a la cabaña del jardín, que está en esa residencia, usted me habló de ella, será más fácil, pues estaré cerca de ellos.

—Señor, pero el otro fin de semana, llegará su amigo Lord Betwothon y si lo ve creo que lo reconocerá.

—Oh, es verdad, debo marchar antes de que él y sus amigos lleguen, recuerde una cosa señor Rondel, los Cooper son mi familia y la sobrina de ellos igual, no permita que nadie le haga daño, ella es una Lady, me ha comprendido.

—Oh, no lo sabía señor.

—Pues, ya lo sabe usted señor Rondel, cuide de ellos, para evitar problemas, voy a enviar una carta a Betwothon para que viaje a Bath, no deseo a ese caballero cerca de la familia Cooper, ellos han sufrido mucho.

—Si desea, puedo escribirle a Lord Betwothon y usted puede firmarla.

— Hágalo Rondel, mañana la firmo, voy a descansar.

—Sus recámaras están preparadas.

—No creo que sería buena idea, dar las recámaras del señor a un forastero.

—¡Oh, es verdad!

— Me conformo con otra, hay una preparada en la planta baja.

—Si señor, pero no es muy adecuada para usted.

—Le aseguro que lo es, estos cuatro meses, he dormido en una que ni el más humilde de mis sirvientes, la ha tenido.

—¿Señor?

— Eso es bueno, estoy aprendiendo mucho de la vida.

Esa noche, el señor Denvers, en su cama, agradeció el haber conocido aquella familia, pues, la suya solo era su padre y este ya estaba muy enfermo.

Recordó que su padre lo había educado en un absoluto aislamiento, sin su compañía ni de otro miembro de la familia, al morir su madre, él ni sintió su pérdida, ya que nunca compartió con ella. Su padre solía decir, que los caballeros con responsabilidades como las tenía él, no podían tener sentimientos de apego, eso sí, debía ser bien educado por los mejores tutores, fue cuando conoció al señor Gen Cooper, este era diferente a los demás tutores y se apegó rápidamente de él, este le habló de Dios, le regaló una biblia, antes de marchar a Oxford y que su padre despidiera a su amigo, por decir que estaba dañando a su hijo.

La forma de vivir del señor Cooper, hizo que él deseara ser como era su tutor, por su sabiduría y su nobleza de corazón, por ese motivo, fue a visitarlo, este una vez más, le había dado algo grande, le había compartido su familia.

Capítulo IV

La residencia donde viviría la familia Cooper, estaba a unas millas de la casa solariega, eso le permitiría a la familia, tener su propia vida e independencia.

El señor Rondel condujo al capellán y su familia, hacia Ross Hall, como se le llamaba a esa residencia, la señora Cooper a descender y mirar su nuevo hogar, se quedó estupefacta.

Era una amplia edificación de ladrillos blancos, muy elegante y majestuosa, con un pórtico deslumbrante, con las ventanas que llegaban al suelo, un lindo y cuidado jardín, rodeaba la parte derecha, más, a la izquierda, a una distancia prudente, estaban las caballerizas.

—Esta será su residencia.

—¿Está seguro? —. Inquirió el señor Cooper, con asombro.

— Oh sí, mi señor envió a poner todo en orden para su llegada, la parroquia y el pueblo están en esa dirección, debo informarle, que las personas no viven muy próximas una de las otras, por esa razón posee usted un carruaje.

—No es necesario, puedo visitar a los feligreses en mi carreta.

—Lo puede hacer si desea, pero ese carruaje es suyo, los caballos serán cuidados por el lacayo que atiende las caballerizas, usted sólo úselo, además, nada de esto, se le descontará de su sueldo, lo que desea mi señor, es que usted ayude a las personas a buscar de la religión.

—Bueno señor Rondel, no creo poder ayudar a las personas con la religión, más bien, puedo hablarles de salvación, Jesús si puede cambiar

vidas.

— Bueno usted como párroco sabrá.

El señor Rondel, caminó apresurado a la puerta, una dama vestida de negro, muy formal, de inmediato los recibió:

— Bienvenidos, señores Cooper.

— Gracias, señora.

— Señora Anderson, seré su ama de llaves.

El señor Cooper miró asombrado al administrador, este continuó callado, mientras, la amable señora tomó el mando:

— Este será su servicio, mi hija Celeste y su esposo son los que se encargan de la cocina, Matiz y Cost se encargan de las caballerizas y el jardín, Nely y Francly son las doncellas, cada salón posee unas campanas que, si ustedes nos necesitan, sólo deben hacerlas sonar.

La dama se dirigió ahora a la señora Cooper:

— Nos informaron que ustedes trajeron dos sirvientes y un huésped.

Esta vez fue el señor Rondel que habló:

— El señor Denvers se alojará en la cabaña del lago, al junto del sirviente, así que solo la doncella de los Cooper se quedará con ellos.

— Comprendo.

— Ahora si me disculpan, debo volver a la mansión, la señora Anderson le enseñará su hogar.

El párroco se quedó pasmado, ya que deseaba hablar con el administrador y aclarar las cosas.

— Señor Rondel le acompañó a fuera.

Los dos salieron, mientras, el párroco decía;

— Señor Rondel, esta residencia es demasiado para nosotros, además, no es necesario tanta servidumbre, tal vez si la cabaña del lago es más pequeña, nosotros podemos usarla.

—Señor Cooper, Ross Hall estaba cerrada desde hace algunos años, la servidumbre cuidaba de ella, sin ninguna persona que viviere allí, mi señor caviló, que, para no dejar a esas personas sin trabajo, era mejor que los atendiera a usted y su familia, pero si usted no los necesita, puedo despedirlos a todos.

— ¡Oh no, está bien se quedarán con nosotros!

La señora Cooper se quedó maravillada, pues, todas las cosas que trajeron con ellos estaban en sus respectivas estancias, los libros del capellán, en su despacho, en la primera planta, sus pertenencias en sus aposentos.

La ama de llaves, le explicaba:

—Ross Hall, cuenta en la planta baja, con dos salones de recibidor, dos salas de estar, una que da a los jardines, la cual, posee una pequeña plazoleta techada, un salón de comedor, una pequeña biblioteca, el despacho, y la cocina, en la segunda planta, está los aposentos de usted y el de su esposo, dos recámaras más en ese pasillo y dos de huéspedes en el otro.

—¿Dónde está sus alojamientos?

La señora Anderson se alarmó por la pregunta:

—Señora, la servidumbre, reside en la parte posterior, solo las damas, el jardinero y el lacayo poseen un área encima de la caballerizas y mi hija y su esposo viven en el pueblo, ellos solo trabajan hasta las seis.

—Comprendo.

La señora Anderson dejó a la señora Cooper observando su recámara, lo amplia y elegantes de la forniture, nunca había tenido recámara separada de su esposo, eso era algo nuevo para ella, él se aproximó:

— Querida al parecer que vamos a tener que cambiar de costumbres.

—Sam, no crees que tener tanto lujo y servicio es mucho para nosotros.

—Eso mismo le comenté al señor Rondel, más el caballero me informó,

que esta residencia estaba hace un año sola, y que la servidumbre cuidaban de ella, pero si deseaba los podía despedir.

—¡Oh, no!

—Eso mismo cavilé, que esas personas necesitan de su trabajo para sobrevivir.

—Es verdad, pero no comprendo porque el dueño de estas tierras nos trata con tanta distinción.

—Según el señor Rondel, el caballero heredó estas tierras de parte de la familia materna, aquí vivía una dama muy especial, más cuando ella falleció Ross Hall se quedó vacío, por lo que el señor de estas tierras desea que nos alojemos aquí, para no despedir a la servidumbre, de lo contrario cerrara todo.

—Es una residencia muy elegante, para ser la rectoría.

— Jjajaja. Eso mismo cavilé cuando la vi, parece la residencia del Vizconde en Reeding.

La tristeza cubrió el rostro de su esposa.

—¡Lo siento Jen!

—No sé qué malo, le hicimos a nuestra hija, para que no deseara que nosotros viviéramos, cerca de ella.

— Es solo un deseo de juventud, pronto se le pasará, ya verás.

—No San, ella siempre renegó de nosotros, ella deseaba siempre ser otra persona, vivir con otra familia, nosotros no éramos suficiente para ella.

—No se aflija Jen, no se aflija, vea lo bueno que es Dios, mire su alrededor, aquí en tierras de un extraño viviremos mejor que en la de nuestra hija.

—¿Hasta cuándo San? ¿No tenemos nada?

— Mujer de poca fe, mire lo que nuestro Dios ha provisto, él continuará haciéndolo, hasta que nos marchemos a su presencia.

—¡Si usted, me falta, me quedaré sola!

—Nunca estará sola, Dios será su cuidador.

—Usted sabe a qué me refiero, sin un párroco no puede haber rectoría, entonces, nosotras estaremos desamparadas.

El señor Cooper estrechó a su esposa entre su pecho, con voz ronca indicó:

—Eso nunca pasará, Dios no lo permitirá.

Más, la realidad de su situación, llegó de pronto a su rostro, como si fuera un viento rápido y helado.

El señor Cooper en ese momento entendió lo egoísta que había sido, su esposa hubiese tenido más seguridad, si hubiese aceptado la ayuda de la familia de ella, más, por orgullo y por temor a que lo llamaran mantenido, no había aceptado la asistencia de ellos. La fortuna que le correspondía a ella pasó a manos de un libertino, que murió poco tiempo después, de una borrachera, el padre de la señorita Lisaura, tomo el Condado, como no poseyó descendiente varón, este paso a un primo segundo, un caballero con pinta de avaricioso, que cada mes cortaba la manutención de la sobrina de su esposa. Ahora él, veía su falta.

Los días transcurrieron, la familia Cooper se adaptaban rápidamente a su nueva vida, el señor Denvers cada noche, compartía con ellos la cena y durante el día, pasaba algunas horas con el administrador, firmando papeles:

—Verdad que este salón es muy diferente, que el de nuestra antigua morada.

—Así es señora Cooper.

—¿Me imagino que su cabaña también es confortable?

—Mucho, señora.

—Que bueno, pues así se quedará más tiempo.

—Oh no señora, hoy le iba a informar que marchó pasado mañana al despertar el alba.

—Oh, no me diga, cavilé que estaría con nosotros hasta navidad.

—No podría, en verdad debo marchar, más si Dios lo permite, tal vez, en esa fecha pueda visitarlos.

—¡Que alegría sería para nosotros! ¿Verdad señor Cooper?

—Así es mi señora, sería un enorme regocijo tener con nosotros al señor Denvers, para esas fechas tan especiales.

—Si querido, ya que el señor Denvers, es como un hijo adoptado, que Dios nos reenvió.

—De igual manera me siento, ustedes son mi nueva familia.

Diciendo eso miró hacia la señorita Lisaura Hervey, la joven nunca le sostenía la mirada, a diferencia de la prima, que con descaro buscaba la de él, está en cambio, era muy callada y vergonzosa.

La joven cuando lo encontraba en el jardín, formaba una reverencia y se alejaba a toda prisa de él, si se encontraban en el pasillo, la muchacha se ponía nerviosa y se retiraba, al parecer que él no era un caballero agradable para su vista.

Al finalizar la cena, el capellán invitó a las damas para que compartieran con ellos el té, la señora Cooper aceptó con gusto, su sobrina no pudo escabullirse esa noche, así que, se quedó en un lado, haciendo su labor de tejido, sin levantar el rostro.

—Entonces nos deja señor Denvers.

—Así es señor Cooper, mañana terminaré los preparativos de mi viaje y si usted lo permite, deseo llevar conmigo a Bill.

—Oh desde luego, Bill es joven, más su temor a Dios es admirable.

—Sí, he aprendido mucho de él.

—Se que él también de usted.

—Me informó, que su abuelo fue mayordomo y quien lo sustituyó fue su padre, más él desea ser capellán.

—Jajaja. Eso ha dicho, pues, posee todas las cualidades de un buen capellán.

—Así lo creo, por eso deseo que conozca más de las personas, para que pueda tomar una buena decisión.

—Señor Denvers, los jóvenes como Bill no posee muchas opciones como los demás, por ejemplo, como usted, con sus veintisiete años puede viajar y conocer la vida de personas no tan afortunadas como—, el capellán hizo una pausa, después continuó—, bueno como las personas adineradas de este país.

El señor Denvers se quedó cavilando en esas palabras, pues, pasó por su mente la posibilidad de que el capellán supiera que no era tan necesitado como hacia creer, pero esa idea se disipó cuando este volvió hablar:

—Le gustará Thornton, conocerá muchas personas interesantes, en especial mi amigo John Smith, se parece a usted, muy obstinado y un poco arrogante, se quedará asombrado de su forma, más, a diferencia de usted, es muy impaciente.

Cuando el capellán dijo esas palabras, su señora sonrió, el joven miró sin querer a la muchacha que estaba a un lado, está, de igual forma, poseía una sonrisa, aunque no se podía distinguir bien, pues ella estaba con la cabeza baja.

En la cabaña del lago, el señor Denvers se preparaba para dejar los papeles firmados al administrador, escribir a su padre, para continuar lo antes posible su viaje a Haworth.

Esa tarde, antes de marchar al día siguiente, se reunió con el señor Cooper, este lo había enviado a llamar:

—Buenas tardes señor Cooper.

—Buenas tardes señor Denvers, vea usted lo que Dios me ha permitido disfrutar, nunca había tenido un despacho de este tamaño, con tantos libros y, además, acogedor.

— Pues, en verdad es muy amplio.

—Señor Denvers no puedo negar que mi familia se siente muy cómoda en esta residencia, más es mucho para un simple párroco.

—Con todo el respeto señor Cooper, pero usted siempre dice a sus feligreses, que son hijos de un Rey, entonces, solo ellos son hijos, usted no.

—Jajaja. Si, pero que feligrés puede respetar a un párroco con tanto lujo.

—Pues, usted no ha viajado a Londres, esas catedrales enormes, los que trabajan en ellas, viven en mansiones y sus prendas son más costosas que hasta las ropas de una reina.

—Esos son esas personas, más solo soy un simple capellán, hijo de otro capellán, nada trascendental hay en mi familia, para vivir así.

Abrió su mano y con ella le enseñó el entorno al señor Denvers.

—¿Por qué me dice esto señor Cooper?

—Mi buen amigo, se quién es usted, lo supe cuando usted pisó mi humilde residencia, mi hermano no me enviaría cualquier caballero, su forma de ser y gestos, son los de un caballero sumamente educado, siempre supe que era usted de buena familia, más al llegar y ver la forma como lo trata el

administrador, conjuntamente de la complicidad entre ustedes, así mismo de la coincidencia de que el hijo fuera el nuevo administrador de las tierras del Vizconde, sumado a eso, que un caballero común y corriente, no necesitaría de mi ayuda para conocer la vida secular, todo eso da como resultado que es usted un caballero de la nobleza.

—¿Usted sabe quién soy?

—Sólo sé, que es usted un Lord, no se su rango, tampoco, su apellido, más una cosa estoy seguro de que no es Denver, aunque eso me tiene sin cuidado.

El señor Denver bajó el rostro, después sin más escuchó:

—Los caminos de Dios son misteriosos, usted llegó a mi puerta para aprender de la vida, más usted me está enseñando a vivir.

—Soló deseo que vivan cómodos, que su esposa pueda disfrutar de bienestar, como lo dije la noche que cenamos, ustedes ahora son mi nueva familia.

—Gracias señor Denver, pero nosotros no podemos aceptar todas estas cosas, mi esposa está abatida por el futuro, pues dice que si le falta se quedará ella y Lisaura en la calle, aunque nuestra sobrina posee una renta, su tutor cada mes se la está cortando, como también sabe usted, si no hay un párroco, tampoco abra una rectoría.

—Señor Cooper, le doy mi palabra de que su esposa nunca estará en la calle, ni su sobrina, si algo le ocurriera, cuidaré de ellas.

—Gracias señor Denver, más usted posee sus propios problemas, para que cargue con los míos.

—Ya no son suyos, también me pertenecen, pues usted señor Cooper es mi padre espiritual, usted me enseñó amar de verdad a Dios, a vivir mejor y amar aquellos que no me aman.

—Si eso usted aprendió de este pobre capellán, entonces el Espíritu de

Dios está trabajando en mí.

—Desde luego señor Cooper, soy testigo de ello.

—Pues, permítame darle un abrazo a mi hijo Espiritual.

El señor Denvers y el señor Cooper esa tarde se despidieron, ya que el señor Denvers esa noche no se presentó a cenar, alegando que tenía muchas cosas que hacer con su viaje, más, en verdad, lo que no deseaba era despedirse de la familia que lo había adoptado, y que sentía como propia.

Con una sensación de esperanza, de que la familia Cooper encontrara la tranquilidad, el señor Denvers, se marchó.

Ya en el carruaje de alquiler y de camino a Haworth, el señor Denvers recordó el tiempo con el señor Cooper, con las familias de los arrendatarios y claro está, con la señorita Meggan, se dijo, que jamás iba a confiar en las palabras de una dama y mucho menos, en sus sentimientos.

Dos días después, llegaron a la ciudad Haworth, más, para llegar a Thornton faltaban seis millas, la noche era clara y muy fría.

El joven señor Denvers sintió la soledad, pues ya se estaba acostumbrando al señor Cooper y su familia, más, el coraje y el vigor de la juventud hizo que, al ver los campos de brezales y las tierras con la cosecha recién recogida, el corazón del joven caballero, latió decidido. Se dijo, que debía continuar su camino, que era preciso conocer más, atravesaron los campos silenciosos de las aldeas y sus pequeñas moradas, esa noche no había muchas estrellas, sólo la luz parda de la luna que estaba eclipsada por las nubes, de pronto, el carruaje se detuvo, el joven Bill abrió la puerta:

—Señor Denvers, debemos parar, los caballos deben descansar.

—Estamos muy solos en este lugar Bill.

—Solo unas horas, el palafrenero dice, que no puede forzar más a los caballos.

— Está bien, pero debemos mantenernos alerta.

Cuando salió a estirar las piernas, el lacayo le informó:

—Creo que ya estamos en Thornton, pero el pueblo está más retirado en esa dirección.

—Eso espero, ya tenemos casi tres días de camino y según el señor Cooper, solo eran dos.

—Es verdad, más recuerde que cuando el capellán mencionó los dos días, estábamos en el cruce.

— Usted posee toda la razón.

Cuando Bill llamó al señor Denvers, ya la aurora de la mañana estaba apareciendo, el joven se maravilló al ver aquel espectáculo majestuoso, mientras, la brisa fría y cortante, que soplaba, hacía que el cuerpo del joven caballero, se estremeciera:

—Es hermoso y maravilloso la obra de Dios.

—Así es Bill, nada se puede comparar con ella.

Al llegar a la aldea, se encontraron con la sorpresa que el señor John Smith no era mayor, poseía algunos treinta años y soltero, que el dueño de las tierras era un familiar lejano de él y que sería el caballero quien heredaría todo, pues, el anciano no tuvo hijo varón, así que dejó sus posesiones al caballero.

Encontraron al señor Smith al frente de la parroquia, este al saber quién era él, preguntó:

—¿Cómo está mi amigo Cooper?

—Muy bien, señor.

—¿Desea ser usted aprendiz?, ¿Cuántos años tiene?

— Sí señor, deseo aprender de usted, y poseo veintisiete años.

—Pues se ve usted más joven.

El señor Smith le informó, que él vivía en la residencia de su pariente, en compañía de las dos hijas del anciano, eso no le gustó al joven señor Denvers, ya que, sabía cómo podían ser las damas solteras, así que preguntó:

—Puedo alojarme en otro lugar, no deseo ser un problema, tal vez, en la rectoría.

—Usted no lo será, al contrario, puede ser de mucha ayuda, mi pariente esta postrado en cama, según el galeno, no pasará de esta semana, sus hijas están cuidando de él.

— Eso quiere decir que tendrá muchas más responsabilidades, con las tierras, más sus feligreses.

—En verdad tenemos un párroco, sólo fui su ayudante, cosa que, si le soy sincero, no me agradó, quería explicarle al señor Cooper ese detalle, más, no deseaba que mi mentor se afligiera, pues, acepté el puesto de ayudante, ya que las tierras serian mías.

—¿El señor Cooper no lo sabe?

—Pues no, hace unos meses que me trasladé aquí, para ese tiempo, ya no manteníamos correspondencia tan a menudo.

El caballero lo escoltó a dentro de la parroquia, donde un anciano, con rostro no muy afable preguntó:

—¿Todavía su tío vive?

—Si señor, está muy vivo, gracias a Dios.

—Deje de mencionar a Dios en todo lo que dice, pues, creeré que blasfema.

—No blasfemo señor Wilson, solo estoy agradecido con Dios por el

favor de mantener hasta hoy, la vida de mi tío.

El capellán miró con desdén al caballero, después, preguntó:

—¿Y este quién es?

—Es un amigo que ha venido a compartir un tiempo en mi compañía.

—Pues, debe ponerlo a trabajar, no creo que, si su tío estuviese sano, permitiría un huésped por tanto tiempo, asimismo, tiene la cara de holgazán y sus brazos de perezoso.

—Veré en que lo empleo.

—Ahora salgan de mi vista, estas no son horas de venir dos caballeros a la parroquia.

El señor Smith formó una reverencia y salió acompañado del señor Denver:

—Ahora dígame, si desea quedarse con el párroco.

—No creo que sea sensato de mi parte.

—Jjajaja. Así es, no sería sensato, Jjajaja.

Los dos caballeros salieron sonriendo del lugar.

El señor Denver aceptó la hospitalidad del caballero, lo alojaron en la residencia y también a Bill, como su ayudante, en dos recámaras continuas, en la planta baja, cosa que el sirviente agradeció.

Esa noche el señor Denver cenó en su recámara, cuando Bill retornó le informó:

—El pariente del señor Smith se marchó en el carruaje de la muerte.

—No me diga, el caballero debe estar muy triste.

—No lo creo señor Denver, según la servidumbre, el anciano era peor que el párroco.

—¿Qué?

—Sí, nadie lo echará de menos, ni sus hijas, según el mayordomo, las señoritas Smith fueron muy maltratadas por su padre.

—¡Que triste es escuchar eso!

Se escuchó un toque en la puerta y el señor Denvers se puso en pie:

—Adelante.

La puerta se abrió, era el señor Smith:

—Perdone que lo interrumpa.

—No hay problema.

—Sólo es para informarle que mi pariente falleció, todo estará dispuesto, para enterrarlo a primera hora.

—Si puedo ser de ayuda.

—Usted necesita descansar, después, de un viaje tan largo, mañana puede quedarse acostado, si lo desea.

—Creo que podría acompañarlos mañana.

—Pues la sepultura será a la seis de la mañana, en el camposanto de la finca.

—Presumo que conseguiré encontrarlo.

—Bien, pues buenas noches.

—Buenas Noches.

El señor Denvers, esa mañana en el camposanto, se dio cuenta de varias cosas, que el señor Smith era serio y juicioso, de carácter prudente y buena sensatez, su aplomo fue puesto a prueba, cuando el capellán dijo al frente del féretro y en presencia de las dos hijas del difunto:

—Mi buen amigo, usted debe estar retorciéndose en la tumba, sabiendo que ha dejado sus pertenencias a un extraño y advenedizo, que despilfarrará lo

que con tanto esfuerzo usted logró, pero esa es la vida, muchas son las sorpresas que nos llevamos, espero que pueda descansar, donde quiera que esté.

El señor Denvers miró al señor Smith, este no hizo ningún comentario, tampoco, las dos damas que estaban vestidas totalmente de negro y con sus velos que le cubrían el rostro, sin permitir nada de su apariencia.

El féretro fue bajado, a la tierra, y cubierto por ella, nadie expresó palabra, ni un sollozo se escuchó, la brisa fría hizo que todos se marcharan, el primero fue el párroco, y los demás, lo siguieron dejando solo al señor Smith:

—Juzgo que ha sido usted testigo de la hostilidad que siente el señor Wilson, porque mi pariente decidió dejarme todas sus posesiones.

—Eso es, lo correcto.

—El párroco no lo ve así, siempre creyó que sería él, su beneficiario.

—Eso es absurdo.

—No tanto, veré soy un pariente lejano, nada cercano, cuando recibí la carta del anciano, invitándome a sus tierras, me extrañé mucho, cuando acepté fue porque el señor Cooper me escribió diciéndome, que debía emprender mi camino con mis propios pasos, así lo hice, al llegar me encontré que el anciano estaba enfermo y que deseaba enlazar a una de sus hijas, dejándole al caballero su herencia, más no deseaba a cualquier caballero.

—¿Lo quería a usted?

—Sí, me propuso dejarme todo si depositaba a una de sus hijas, al principio me negué, pero al conocer lo que las damas pasaban y que, si no aceptaba, le daría la opción al párroco, acepté sin más.

—Quiere decir que usted se enlazará con una de las damas.

—Sí, más no me arrepiento, después de conocer al capellán cualquier sacrificio es nada, para evitar que esas damas continúen sufriendo.

—Usted prefiere enlazarse con una de ellas a permitir que el capellán

tome la herencia.

—La herencia no me interesa mucho, aunque, sería mentiroso si dijera que no me importa, pero lo que no deseo es que las señoritas Leigh sufran a manos del capellán, creo que su padre, ya hizo mucho eso.

—Ahora comprendo, porqué el caballero se expresó de esa manera.

—En usted he encontrado un aliado, además, de la servidumbre, pues, los pueblerinos estaban a favor del capellán y estos meses, fueron una tortura con diplomacia.

—Creo que hoy se ha terminado su tortura.

—¿Lo cree usted?

—Oh sí, como dice el señor Cooper, solo se oprime al más débil, ya que el que posee el poder, tiene en sus manos el dominio y el control.

—Jjajaja. Usted ya habla como el señor Cooper.

—Pues si es así, estoy complacido, ya que el caballero es un ejemplo vivo de cómo se debe vivir para Dios.

—Así es, usted ha dicho las palabras adecuadas.

Una semana después del entierro del anciano, en la mañana, fueron los abogados del señor Leigh, leyeron el testamento del anciano, todas las propiedades y riquezas fueron heredadas por el señor Smith, al párroco solo le dejó, una mesa de ajedrez, este con irritación e ímpetu, salió de la residencia, pero cuidó sus palabras de ofender al nuevo dueño de todo.

La residencia estaba en calma, no se sentía tristeza por la partida del anciano, más bien, toda la servidumbre estaba más sosegada, esa noche cenaron en el comedor, el señor Smith y el señor Denvers:

—Mi buen amigo, creo que sus palabras fueron muy sabias, esta tarde al visitar al pueblo, todos los terratenientes y campesinos me saludaron, muchos

de ellos hasta formaron reverencia a mi paso, le confieso que al principio me extrañé, pero después, recordé sus palabras. Supongo que nosotros los humanos somos viles criaturas, somos arrogantes con los más débiles, más nos sentimos insignificantes al frente de los poderosos.

—Gracias debemos dar a Dios, que él no se comporta como nosotros.

—Eso es verdad señor Denvers, pues, un Dios tan poderoso, posee un amor tan misericordioso que nuestras mentes pequeñas no pueden comprender, ya que, nuestro egoísmo no nos permite ver sus atributos, pues somos segados por la egolatría.

—Ahora es usted que habla como el señor Cooper.

—Pues, que bueno que poseemos algo en común.

Los días transcurrieron y las damas poco a poco se unieron a las cenas, ellas para comer se apartaban el velo, la mayor poseía sus veinticinco años, la menor sus veintidós, la mayor era más hermosa, con sus ojos azules, su piel blanca y su cabello negro, en verdad era guapa pero torpe, no pasaba mucho tiempo sin dejar caer algo o derramar, las copas a su alrededor, su belleza era sin igual, pero cuando hablaba, se podía ver su escaso intelecto. Su hermana era muy bondadosa, no tan bella, pues, era delgada en demasía, su pelo marrón y sus ojos de un gris, no hacían un buen contraste con su piel blanca, no se podía decir que era fea, pero los rasgos no eran tan perfectos como la otra dama, pero poseía una gracia y una agudeza de pensamiento, que le permitía participar en la conversación que el señor Smith traía a la mesa, fuera de política, historia, religión o de la vida secular del pueblo.

Después, que las damas se marcharon, el señor Smith le comentó:

—Debo tomar la decisión de cuál de las hermanas he de desposar.

—Tiene que ser tan rápido.

—Debo hacerlo, no deseo hacer creer que juego con las dos.

—Tome su tiempo, esa decisión es para toda la vida, debe tomar las cosas con moderación.

—Señor Denvers, seré sincero con usted, no poseo esa serenidad de esperar, Dios sabe lo impaciente que soy, más, estos meses ha puesto a prueba esa parte, ya que mi cuerpo desea la mayor, por su belleza y elegancia, mi parte racional elegiría a la más joven por su intelecto y su conversación amena, pero si soy honesto conmigo mismo, la mayor me mantiene despierto todas las noches, ya que su rostro no se aparta de mi mente.

—Señor Smith recuerde que siempre muchas cosas buenas llegan para los que saben esperar.

—Es que usted no comprende, mi carácter es así, no podría cambiar de la noche a la mañana, soy impaciente por naturaleza.

—Entonces Dios desea enseñarle esa lección.

—Es que la tentación está por todos lados.

—Señor Smith si siente tentación con las damas, escape, ya eso es una victoria.

El caballero se quedó recapacitando.

Una semana después, el señor Smith se enlazó en una pequeña ceremonia con la mayor de las señoritas Leigh, está pasó hacer la señora Smith, mientras, la más joven disfrutaba del festejo.

—¿Cree usted que he hecho lo correcto?

—Usted y Dios solo sabrán esa respuesta.

—Paseé un tiempo recapacitando, le pregunté a Dios, pero este no me contestó, así que puse el asunto en mi sentido común. Pero éste se hallaba tan adherido, como mis demás facultades, pues la dama en cuestión, estaba ya en mis brazos y mis labios habían probado sus mieles, nada pude hacer más que espolearlo para que recapacitara, sin embargo, lo inexorable pasó, la señorita

Nelly fue testigo de mi falta, en ese momento, hice lo que se esperaba de mí, pedí la mano de la señorita Nora y esta tarde se ha convertido en la señora Smith.

—En tal caso se puede decir que las circunstancias y su falta de paciencia hicieron la elección por usted.

—Así es mi amigo, el temor a Dios y su devoción fueron puesta aparte por un instante y ganó mi debilidad.

El joven señor Denvers no recriminó al caballero, por la elección, ya que las circunstancias hicieron que se dejara engañar de un modo descarado por la apariencia y el exterior de la dama, más, las consecuencias no se hicieron esperar, dos semanas después, la señora Smith se volvió desdeñosa y caprichosa, quería enviar a su hermana menor a vivir a Londres con una tía, acusaba a la muchacha de pretender quitarle a su esposo:

—Oh Denvers, ahora qué hago.

—No lo sé, su esposa no está obrando bien.

—Cada noche me atormenta, diciendo que no la quiero, que deseo a su hermana, me acusa de mirarla mucho en la mesa, y usted es testigo que ni levanto la cabeza.

—Usted necesita hablar claro con su esposa, ella no puede enviar a su hermana a una desconocida.

—Se lo he dicho y me acusa de querer tenerla en mi techo, para tener a las dos.

—No sé qué decirle.

El mes transcurrió entre las peleas de la señora y su esposo, todos estaban al tanto de lo que ocurría, pues, la señora vociferaba impropios a su hermana desde que la veía.

Una mañana, a finales de noviembre, la señorita Nelly Leigh se desapareció, la buscaron por todos los lugares, más, solo se encontró una nota que decía a su hermana, que ya no sería problema para ella, la dama en cuestión cambió los pleitos por sollozos, se hundió en una melancolía profunda, culpándose por la desaparición de su hermana y diciendo que su fantasma la despertaba por las noches. Todo cambió, cuando la noticia llegó, que la señorita Nelly Leigh estaba en Londres, viviendo con su tía, la señora volvió a acusar a su esposo de proteger a su hermana y enviarla lejos, para así él verla cuando viajara a Londres.

—Me informaron que usted se marcha.

—Así es, voy a visitar a los señores Cooper, ya que les prometí estar con ellos, para las navidades.

—Pero estamos a primero de diciembre, más, no lo culpo de desear marcharse, si estuviera en su lugar, lo hubiese hecho desde mi enlace, sabe, se ha convertido usted en un hermano especial y en mi mejor amigo.

—Señor Smith, por esas palabras, que acaba de pronunciar, tomaré la confianza de darle una exhortación, usted necesita refugiarse en Dios, solo él puede ayudarle, usted también precisa sacar a su esposa, váyanse de tiempo de miel, tal vez, eso la ayude, busque abrigo en Dios, mi buen amigo.

—Usted posee toda la razón.

—Pues nos veremos, si así Dios lo permite.

El joven señor Denvers, al día siguiente, se marchó de Thornton, dejando a su nuevo amigo con las consecuencias de su decisión, ya que su señora, lo acusaba de querer alejarla de su residencia, que ella estaba de luto por la muerte de su padre y demás.

Él sintió compasión por su amigo, pero se marchó con alegría, al junto

de Bill.

Retornaron a visitar a la familia Cooper, ese tiempo con el capellán reconfortó el corazón del joven caballero.

La mañana de Navidad el joven señor Bill, le comentó:

—Señor Denvers al parecer que usted no le es de desagrado a la señorita Hervey.

—¿Por qué dice eso Bill?

—Pues señor la dama no deja de mirarlo, cuando usted está haciendo algo, ella lo ha se muy discretamente, más, me he dado cuenta de ello.

—Usted exagera Bill.

—Oh no señor, aunque la señorita Hervey es muy discreta en especial, cuando están los señores Cooper presente, aun así, no puede dejar de observarlo.

—Eso son imaginaciones suyas.

El señor Denvers se percató que lo que decía su joven amigo, era verdad, así que se alejó lo más que pudo de la dama.

A principio de enero llegó una carta del administrador de Landscape Hall:

—Señor Denvers, me informó el señor Weston que la señora Mary falleció y que la niña está en la mansión hasta que usted decida qué hacer con ella.

Ya el señor Raphael Rondel estaba con su padre:

—Señor Rondel que contraten una institutriz para la señorita Sarah, que cuide de ella, desde que la anciana falleció, soy su tutor.

—¿Usted mi señor?

—Sí, como entenderá, la niña es mi responsabilidad.

—Señor hay algo que debo informarle.

—De que se trata, Raphael.

El caballero miró primero a su padre, este asintió, entonces, el caballero habló de forma cautelosa:

—Su padre hace unos años envió a Landscape Hall a un bebe para que cuidarán de él, ya el caballerito posee sus doce o catorce años.

—¿Qué extraño? Mi padre nunca ha tenido compasión por nadie.

—El señor Weston se niega a decirnos más del asunto.

—El señor Weston es muy leal a mi padre, al igual como era el anciano abuelo del caballero.

—Así es señor, más tememos que el caballero le diga algo a su padre.

—No hay problema de que mi padre sepa de que cuido de la pequeña niña.

Cuando el hijo salió del despacho, el señor Denvers preguntó al anciano:

— ¿Tiene apellido la niña?

—No señor, no hay documento de la niña.

—Pues, encárguese señor Rondel de ponerle un apellido, no hay problema de que usen Denvers, solo una cosa, que solo nosotros dos sepamos de eso.

—¿Está seguro mi señor?

—Muy seguro.

Fue así como la pequeña nieta de la señora Mary, fue a vivir a la mansión Landscape Hall, como la señorita Sarah Denvers, por llevar el apellido de soltera de su antigua patrona, la niña fue bien acogida por toda la servidumbre.

Transcurrió el tiempo, el señor Denvers pasó casi dos años en

compañía del señor Cooper, aprendiendo de su sabiduría y de las enseñanzas de la biblia, todos creyeron que el joven, era hijo del capellán, ya que el caballero cada día adoptaba las formas del señor Cooper.

Ya era su segunda fiesta, de fin de año que el señor Denvers, pasaba al junto de los Cooper, las fiestas habían pasado muy alegres, ya el año nuevo entraba con una fuerte tormenta, esa mañana estaban todos en el salón del desayuno, cuando le llegó una carta al señor Denvers, este se puso a un lado y la leyó, después, todos en la mesa se dieron cuenta del cambio del semblante del caballero, así que las damas se despidieron, dejando a los dos a solas.

El señor Denvers miró a su amigo y sin más dijo:

—Señor Cooper ya es hora de que marche.

—Le extrañaré en demasía, señor Denvers.

—Siempre estaré a su disposición, solo tiene que decirle al señor Rondel.

—Cúidese, señor Denvers, tome su tiempo para tomar decisiones, ya que tenemos que sentarnos mucho tiempo en una piedra frente al sol, para comenzarnos a calentar.

—No lo entiendo señor Cooper.

—Mi joven amigo, no importa el tiempo que pasé encima de una roca, esta nunca se ablandará, por el contrario, lo hará usted, en pocas palabras, no confié en su propia prudencia, descansé en la de Dios.

—Sus palabras llenas de sabiduría, siempre estarán en mi mente.

—No recuerde mis palabras señor Denvers, recuerde las palabras de Dios, pues ella es vida.

Los esposos Cooper y su sobrina se despidieron del señor Denvers, del señor Rafael Rondel hijo y de Bill, ya que el joven se hizo muy amigo del señor Denvers y el joven decidió continuar sirviendo al caballero.

El señor Denvers se había acostumbrado a la familia Cooper, esos dos años en su compañía, los guardaría en su memoria, cada experiencia vivida sería atesorada, pero como le dijo el señor Cooper, los encuentros son el principio de las despedidas, y su amigo poseía toda la razón, nada es eterno, todo es efímero, un encuentro por esperado y deseado que sea tendrá su final, y ese había sido el de él, con esa familia, pues la próxima vez que los viera sería una persona totalmente diferente....

Capítulo V

La mansión, donde pasaba su padre, la mayor parte de su tiempo, estaba en sus tierras en Southampton, una muy extensa propiedad, una de las más grande y próspera de toda Inglaterra.

Su padre lo había enviado a llamar, pues, la carta decía que el patriarca no se sentía bien de salud.

Se desmontó al frente de la imponente entrada, de inmediato llegaron a su encuentro, dos de los caballeros de confianza del Duque:

—Mi Lord, su excelencia, lo espera.

—Debe de estar muy enfermo, para pedir verme de inmediato.

—Así es Mi Lord.

Los ancianos, caballeros, lo escoltaron de inmediato a los aposentos de su padre, de camino se encontraron con un jovencito, los ancianos no le dijeron nada, más, el muchacho se quedó mirándolo fijamente, el señor Denvers se dio cuenta del parecido del muchacho con su padre, descartó sus especulaciones, y siguió caminando.

—Lo anunciaré Mi Lord.

El señor Denvers, se quedó un breve tiempo en la puerta, al entrar, por primera vez en su vida, en los aposentos de su padre, pudo distinguir que eran muy amplio, una sala de estar, del mismo tamaño de las de la primera planta, formaba parte, de los aposentos del Duque, con dos chimeneas de amplitud

considerable, encendidas daba un calor, casi agobiante a la estancia, dos puertas de caoba que fueron abiertas, dieron paso a un área igualmente majestuosa, con una cama enorme a un lado y de igual forma dos chimeneas. El caballero escuchó su nombre:

—Nicoles aproxímate.

La voz de su padre sonaba pastosa y cansada, él de inmediato se aproximó, encontró a su padre acostado, con el rostro demacrado.

—Aquí, estoy padre.

El caballero levantó poco a poco el rostro miró a su heredero y tosió, puso un paño en su boca, después, indicó:

—Debo hablarle.

—Descanse padre, después, podemos hablar.

—No puedo descansar, no me queda mucho tiempo.

—Solo es un resfriado, pronto sanará, y estará bien.

El caballero hizo una mueca de sonrisa:

—Por más que he deseado cambiar su carácter compasivo, al parecer que no he logrado nada.

—Padre si uno posee sensatez, se dará cuenta que la gentileza es una cualidad que hay que cultivarla eternamente, para poder ser un buen caballero.

—Es mejor no poseer sensatez que poseerla y aplicarla como lo hace usted.

—Padre en eso difiero, creo que esa es una buena cualidad del carácter, además.

—Ya dejé de parlotear, espero que hable usted sentimentalmente, más, cuando tome decisiones, y actué lo haga racionalmente y no se deje llevar por las tonterías del corazón.

—En eso estoy de acuerdo, ya que el corazón del hombre es engañoso.

— Ya dejé de hablar de esa forma —. Un ataque de tos, interrumpió las

malas palabras que el caballero preparaba para su hijo, uno de los galenos le pasó una toma, este de inmediato la tragó, el líquido al parecer le dio más sosiego.

—Me imagino que ya posee usted, el nombre de la dama que desposará.

—¿Qué?

—No me diga que todavía no la tiene, solo falta unos meses para que se le cumpla el plazo.

—En realidad tengo una.

Expresó el joven caballero sin pensarlo mucho, ya que aún faltaban dos meses para vencer el plazo, más en todo aquel tiempo con los Cooper no se recordó de aquel tema.

—¿Cuál es el nombre de la dama?

—¡Eh!

— El nombre de la dama que usted desposará.

—Oh sí, su nombre es Lady ...

Su padre esperaba atentamente el nombre de la dama:

—¿Lady Qué?

El joven caballero necesitaba el nombre de una Lady, solo le llegó a la mente:

—Lady Lisaura Hervey.

—¿Hervey? Ese apellido me suena, no es del Conde de Suexel.

—Sí, ella es hija del antiguo Conde.

El padre del señor Denvers asintió con la cabeza, al parecer que le agradó la elección, más, eso en vez de dar la tranquilidad, al joven caballero que debía sentir, se removió en su silla, ya que, estaba consciente de que era una mentira.

—Muy bien, ese linaje me agrada, aunque vagamente recuerdo que pasaron por un escándalo, más, podría estar confundido.

El señor Denvers se quedó callado, después, su padre cambió de tema:
—Nicolás, no está al tanto de que posee usted un hermano.

Ahora el sorprendido fue el señor Denvers, más, se mantuvo quieto e imperturbable, como había aprendido a ser.

Su padre continuó:

—Hace doce años que tuve un desliz con la hija debutante de un amigo, la dama quedó en espera, así que, no tuve otra opción que enlazarme con ella en una ceremonia muy íntima, Lady Beatriz murió al dar a luz a su hijo, no desee publicar las nupcias, envié al niño a Landscape Hall, fue instruido por muy buenos tutores, ahora que mi salud no es buena, debo demandar que, si algo me ocurre, cuide de su hermano.

El Señor Nicolás no expresó palabras, pues, eso no debía tomarlo por sorpresa, el señor Raphael Rondel, le habló de ese niño, más, nunca se imaginó que se trataba de su hermano.

—Cuidaré de él padre, más estoy seguro de que usted se repondrá.

—No necesito su compasión Nicolás, de esta cama ya no me levantaré, ahora envié una carta a los parientes de Lady Lisaura Harvey, deseo conocer a su dama.

—Pero padre estamos en enero las carreteras están intransitables, el clima no es prudente para viajar.

—Si usted llegó, creo que ella no tendrá inconveniente de venir, deseo que esté aquí lo antes posible, no dispongo de mucho tiempo.

—¡Eso es imposible!

—Ja, nunca más vuelva a pronunciar esa palabra, usted será el Duque de Martboth, Marqués de Worcesther y Conde de Beauphort, usted es el único noble en toda Inglaterra con tanto poder como mi primo el Rey, así que, no vuelva a pronunciar esa palabra, deseo a Lady Lisaura Hervey aquí, antes de

este fin de semana.

—Si padre, me encargaré, en persona, de buscarla.

—Ahora salga de mi presencia, debo descansar.

El Duque recostó su cabeza en las buidas almohadas, mientras, su hijo salía, uno de sus galenos se le aproximó al Duque:

—Debe reposar su excelencia.

—Proporcióname algo, este dolor en el pecho no me deja respirar.

El galeno de inmediato le dio láudano, al poco tiempo, el Duque se quedó dormido.

Lord Nicolás James Spencer, Conde de Beauphorth, estaba inquieto, cuando el carruaje que iba se aproximaba a Rose Hall.

—Mi Lord, por qué dio usted el nombre de la dama a su excelencia.

—No lo sé, Raphael, fue el único que llegó a mi mente, cavilé que no le pondría atención, más, no recordaba de que mi padre nunca se le olvida un nombre.

—Pues será una sorpresa para el capellán.

—No solo para el señor Cooper, también para la señorita, pues, en todo este tiempo rehuía su presencia, para ahora presentarme y hacerle una proposición.

—No creo, que usted tenga que desposar a la dama.

—Conociendo a mi padre, ahora mismo debe estar haciendo un contrato prenupcial, o no sé qué otra cosa, si es de enlazarme con la dama no me opondré, pues ningún caballero sensato desea una esposa tonta, y la señorita Hervey para nada es tonta.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La dama habla mucho con el señor Cooper, este en varias ocasiones se refirió a ella, como una dama culta en demasía e inteligente en exceso.

—Pues, nunca ha demostrado sus cualidades.

—Eso mismo le dije al señor Cooper, más él me respondió, que el águila astuta oculta sus garras.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que una persona sabia oculta su talento para poder sacarle provecho ante quien lo valore adecuadamente.

—Eso sí que me sorprende Milord.

Esa misma tarde, llegaron a Rose hall, ante una mirada de asombro de la familia Cooper y la señorita Hervey.

El Conde de Beauphort, con un amplio sequito de sirvientes y guarda espalda.

Al ser presentado como tal, el señor Cooper preguntó al verlo:

—¿Señor Denver?

—En verdad señor Cooper es Nicolás Spencer, Denver era el apellido de soltera de mi madre.

—Mi Lord, siempre supe que usted era de la nobleza, más nunca cavilé que fuera usted un Conde.

—Verdad amigo, que los títulos no harán diferencia en nuestra amistad.

—Desde luego que no, cuente con mi amistad sin ningún reparo.

—Gracias mi buen amigo.

La señora Cooper y la señorita Hervey saludaron al caballero, este muy complacido tomó la taza de té que le sirvió la joven dama.

—Señor Cooper deseo hablar con usted, es algo un poco con urgencia.

—No diga usted más, vamos al despacho.

Cuando Lord Beauphort le contó, lo que su padre le había dicho, de que

buscara esposa, sino lo enlazaría con una de sus parientas, de que al visitar a su padre le preguntó, por el nombre de la dama, y que el único, que le llegó a su mente, fue el nombre de su sobrina, de cómo su padre reaccionó, con agrado, y de que el Duque, deseaba conocer a la dama.

—Lo que usted me está diciendo, es que su padre es el Duque de Martboth y que usted le habló a su excelencia de nuestra sobrina.

—Si señor Cooper, de que me iba a desposar con ella.

—¡Por la gran misericordia de Dios! ¿cómo se le ocurrió decir su nombre?

—No lo sé, era decirle un nombre a mi padre, o enlazarme con unas de mis primas lejanas, creame cuando le digo, que no deseo a esas damas junto a mi hoguera en invierno.

—Jajaja, pues tendremos que hacer ese viaje a Southampton.

—¿Usted no está enfadado conmigo?

—No creo encontrar otro caballero digno de Lisaura que usted.

—Tal vez usted y su esposa no pongan objeciones, más, no sé cómo reaccione la dama.

—No creo que Lisaura le disguste su propuesta, ya que nosotros nos hemos dado cuenta, de que cuando usted se marchó la muchacha a estado sumida en la melancolía, y la tristeza.

—Tal vez no sea mi partida la causa del desánimo de la dama.

—Si usted lo dice.

—No sé cómo, he de dirigirme a la dama.

—La mejor forma es siendo sincero y directo.

El Conde asintió, en tanto, el señor Cooper salía de su despacho, él joven se ponía más impaciente, al escuchar unos toques en la puerta, vio aparecer a la señorita Hervey.

—Mi Lord, usted desea hablar conmigo.

—Si señorita Hervey, adelante.

—No creo que sea propio estar a solas con usted.

—Lo que le tengo que decir, amerita que pongamos a un lado esa parte del decoro.

La dama asintió y prontamente tomó asiento:

—Señorita Harvey comenzaré diciéndole que mi padre es un Duque —.

La dama solo asintió con la cabeza, no se inmutó por la declaración —.

También, que él deseaba que en este tiempo encontrara una dama para enlazarme, de lo contrario, lo tendría que hacer con unas parientes, que cabe aclarar, que no son agradables, por lo que, aquí aparece el problema, mi padre me preguntó el nombre de la dama que había elegido y el único que me llegó fue su nombre.

La muchacha lo contemplaba con el más elocuente asombro, él prosiguió:

—Como ya esperaba, mis palabras la han contrariado, Ojalá su expresión no fuera tan evidente y que sus sentimientos a mi persona, no fueran tan desagradables.

—No, no, no me mal interprete usted Milord, no es que me contraríe la noticia... es que casi no puedo creerlo, además, usted no me desagrada.

Las últimas palabras, las pronunció la dama, bajando el rostro, pues lo tenía muy sonrojado.

—Lo que usted me acaba de expresar, me lleva a decirle que mi padre desea conocerla.

—¡Eso es imposible!

—No lo es, mi padre está muy enfermo, el desea que usted me acompañe a Southampton.

—¡Cielo Santo! —. Exclamó la dama poniéndose de pie —. ¡Vaya!

—Lady Lisaura, si puedo llamarla así.

La dama asintió, él aprovechó para decir:

—Lo que me lleva a ser algo, antes de marcharme, y es pedir su mano.

—¿Quiere decir que está pidiendo mi mano?

—Si Lady Lisaura Hervey.

—Esto, no está bien.

—Perdone mi falta de romanticismo, más las circunstancias ameritan que usted me dé una respuesta.

—Bueno, antes de darle mi respuesta, deseo que usted me responda una interrogante que me da vueltas.

—Diga usted.

—Si usted es un Conde, por que permitió que mi prime Meggan se enlazara con el Vizconde, ya que usted podía impedirlo todo, solo tenía que decirle a mi prima su estatus.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Pues, mi prima me comentó que usted estaba perdidamente enamorado de ella.

—No era ese el caso, su prima me agradaba, más, en ningún momento perdí nada por ella.

Se formó un silencio, mientras, Lady Lisaura Hervey retornaba a su lugar y volvía la cabeza dividida entre una placida satisfacción de lo que escuchó.

—Si esa fue su pregunta, creo que debemos continuar con el caso que nos compete.

—Si Milord.

—Lady Lisaura Hervey desea usted ser mi esposa.

—¡Oh, milord! ¡No esperaba una propuesta de enlace!

—Me temo que, si usted se presenta delante de mi padre, eso es lo que obtendremos.

—Pero no dijo usted que su padre está muy enfermo.

—Sí lo está, por esa razón estoy seguro, de que al llegar nosotros, nos hará firmar un contrato prenupcial o algo que después de hacerlo, no podremos echar a un lado.

—¡Eso cambia todo! —. Exclamó la dama poniéndose de pie y caminando de un lado para el otro, frotándose las manos —. No esperaba esto, he tenido una gran sorpresa: no sabe usted lo inesperado que ha sido para mí, todo esto me toma desprevenida.

—En que forma Lady Lisaura Hervev.

—Milord, es una decisión que nos unirá para toda la vida y si le soy sincera, desearía enlazarme con un caballero que sienta algún afecto hacia mi persona, no deseo vivir la vida como las vivieron mis padres, deseo algo parecido a lo que tiene mi tía Jen y San.

—En verdad que no puedo proporcionar lo que los señores Cooper poseen, más le diré que cuidaré de usted y que pondré de mi parte para que nos conozcamos, de igual manera, nos daremos tiempo para conocernos.

La dama afirmó con la cabeza, a las palabras del Conde, retornó a su silla y desde ahí indicó:

—En tal caso Milord, acepto su propuesta.

El Conde se aproximó, dio un beso en los dedos sin guante de la dama, de inmediato formó una reverencia y salió a toda prisa del despacho.

Dejando a la dama en un mal de sensaciones, que no se atrevía a discernir, en ese momento.

Lady Lisaura Hervey, con mucho nerviosismo estaba al frente de las puertas de la alcoba del Duque, esperando ser llamada, por su ahora prometido el Conde, entre tanto, las puertas se abrían, la dama recordó el incómodo viaje a Southampton, en compañía del caballero, pues su tío tenía que resolver algunos asuntos, antes de reunirse con ella, por ese motivo, viajó acompañada de la anciana doncella Nelly.

El Conde en todo el trayecto no le habló, estaba ensimismado, sus facciones cambiaban, ella se la pasó mirando el paisaje por la ventanilla del lujoso carruaje.

Se abrió, la puerta y salió el Conde

—Lady Lisaura Hervey mi padre desea conocerla.

Ella asintió, tomó el brazo que el Conde le extendía, los dos entraron al amplio aposento, tres galenos estaban en la cabecera de la cama y dos caballeros de edad anciana, otro al costado, al lado de una mesa con una sotana.

—Padre, ella es Lady Lisaura Hervey.

El caballero que estaba en el lecho, levantó la vista, en ella se podía ver el brillo lúcido de la muerte.

El Duque hizo un ademán y el caballero de la sotana, se le aproximó y sin más expresó:

—Comencemos, por el poder que me otorga...

En menos de diez minutos, les hizo la pregunta:

—Lord Nicolás James Spencer, Conde de Beauphort, toma por esposa, a Lady Lisaura Marie Hervey.

—Sí.

Lady Lisaura Marie Hervey, toma como esposo, a Lord Nicolás James Spencer, Conde de Beauphort.

La dama titubeó un instante, miró a los ojos al Conde entonces

respondió:

—Sí.

Un caballero de edad avanzada, se aproximó a ellos y sin más indicó:

—Lady Lisaura Marie Hervey, esta es una licencia especial que el arzobispo envió al Duque, está a su nombre y de Lord Nicolás James Spencer, es el papel nupcial que usted debe firmar.

La dama miró al Conde y después, al Duque, en la mirada de este último, pudo notar, que él esperaba que ella rechazara firmar, más ella asintió con la cabeza, sin más, firmó, a donde el anciano le indicaba, después el Duque hizo un gesto, el anciano entonces indicó:

—Ahora usted Lord Beauphort.

El Conde miró a Lady Lisaura Hervey, ella asintió, él sin más, firmó, consciente de que su padre había hecho todo lo posible antes de morir, de que él hiciera lo que había prometido, sin importarle nada, solo que a ser su voluntad.

El abogado enseñó el papel firmado al Duque, este asintió y de inmediato, fue entregado a un caballero que estaba esperando.

El clericó en aquel tiempo expresó:

—Los declaro esposo y esposa.

Una sonrisa transformó el rostro sin vida del Duque, este levantó una mano y el clericó salió acompañado de dos de los galenos, cuando los caballeros salieron, el Duque comentó en voz apagada.

—Felicidades.

Lady Lisaura asintió y formó una reverencia, en forma de

agradecimiento, por las palabras del enfermo.

El Conde respiró profundo y dijo a Lady Lisaura Hervey que lo miraba desconcertada:

—Debo escoltarla a fuera.

—Sí.

Cuando el Conde iba a escoltar a su ahora esposa, el Duque indicó con voz entrecortada.

—Señor Weld escolte a la Duquesa.

Todos se miraron sorprendidos, pues, él aún estaba vivo y llamaba ya a la dama Duquesa, más, nadie se atrevió a refutarlo:

—Sí, su excelencia.

El anciano de inmediato, escoltó a la dama fuera de los aposentos del Duque, dando órdenes al mayordomo, que la escoltaran a sus aposentos.

—Padre, debe descansar.

—Ella es linda y muy callada, como debe ser la Duquesa.

—Si padre.

—Usted ha hecho una buena elección.

El Conde se sorprendió del elogio de su padre, ya que el Duque nunca le había expresado nada de aprobación, así que, solo asintió.

—Nicolás, ya no me quedan fuerzas.

—Padre agárrese de Jesús, pídale a él que limpie sus pecados, para que Dios lo pueda recibir a usted en el cielo.

El Duque lo miró, escuchando atentamente, por primera vez, en su vida, las palabras de su hijo.

—Sólo tiene que decir, Padre Celestial, reconozco que soy pecador, que solo la sangre de Jesús puede limpiar mis transgresiones delante de usted,

limpie mis pecados con la sangre de Jesús, e inscriba mi nombre, en el Libro de la Vida, en Jesús las gracias.

Al finalizar el Conde de orar, levantó el rostro, su padre continuaba, con los ojos cerrado, el joven bajó su rostro y dio un beso en la frente del Duque, una lágrima corrió por la mejilla del noble. Cuando su hijo fue a tomarle la mano, el espíritu salió del cuerpo y un escalofrío, recorrió el cuerpo del Conde, en ese momento era testigo de cómo la vida salía del cuerpo de su padre, tornando su rostro, blanco yeso.

—¡Su excelencia! —. Exclamó uno de los caballeros de confianza.

—Ya no está, ya marchó.

Respondió el galeno que estaba a la derecha del Duque.

El silencio, se apoderó del dormitorio, en tanto, los caballeros de confianza y el galeno salían, dejando al nuevo Duque, despidiéndose del cuerpo inerte del padre.

Posteriormente, de llevar el cuerpo del Duque a su morada terrenal, toda la comitiva retornó a Beautiful House, en tanto los arrendatarios y campesinos a sus residencias, al ser de mañana, se colocó una mesa con comestibles en el comedor principal.

Lady Lisaura Hervey, vestida de negro, con un velo que le cubría el rostro, estaba siempre sentada junto a su prometido, ahora esposo, callada, haciéndole compañía.

Él agradecía la presencia de la dama, ya que ella era la única persona que podía decir que conocía, los demás, era nobles estirados, sepulcros blanqueados.

El nuevo Duque de Martboth, estaba con el rostro imperturbable, sus facciones no denotaban ningún sentimiento, en todo el momento que estuvieron los comenzales en el salón, no tomó asiento, ni se le vio el rostro cabizbajo, más, en todo momento solo respondió con monosílabos a los saludos y condolencias. A los que deseaban conversar con él, de temas triviales, los miraba con arrogancia y los caballeros se marchaban.

Los que se allegaron al sepelio del Duque de Martboth, se encontraron con que su predecesor era un caballero alto, de bonitas facciones y de porte aristocrático, al igual, que su padre, se rumoró que era un caballero orgulloso, que al saber su poder sobre los demás, se comportaba con presunción, nadie logró sacarle más de dos palabras, en el funeral y pese a que era un caballero soltero, una dama vestida de negro, que debía de ser su acompañante de aposento, lo acompañaba, como si se tratase de una dama, según los cotilleo, de las personas que asistieron, que el nuevo Duque de Martboth podía ser más apuesto y elegante que el padre, más corría por sus venas, el mismo descaro.

Al marcharse todos, se quedó el Duque, los dos caballeros de confianza de su padre y Lord James Henry Spencer, este último, en todo momento, miraba de reojo a su hermano mayor, el Duque al saber que debía hablar con el muchacho se aproximó:

—Buenas tarde, Lord James Henry Spencer.

—Buenas tarde excelencia.

El Duque hizo un ademán, imitando a su padre, para que todos se retiraran de la estancia, de inmediato, todos se pusieron de pie y se marcharon, dejando a los hermanos a solas.

El Duque caminó pausadamente, se detuvo al frente del jovencito le

preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—doce años, su excelencia.

—Mi nombre es Nicolás, somos hermanos, aunque le diré que no estaba al tanto de su existencia hasta hace unos días, me alegra sobremanera saber que usted James, es mi hermano.

—¿De verdad? Creí que no, pues los caballeros de confianza del Duque, es decir del antiguo, me dijeron que no lo contrariara.

—Pues, al contrario de los que dijeron esos viejos cuervos, usted me cae bien.

Una sonrisa en el rostro del muchacho, disipó toda la preocupación, que el Duque poseía por su nuevo hermano, así que, se animó a comportarse, sin máscara, sacando su verdadero carácter:

—¿Sabía usted, de mi existencia James?

—Sí, su excelencia.

—Nicolás, soy simplemente Nicolás para usted y usted será solo James para mí, de acuerdo.

—Sí Nicolás.

—Muy bien, así está mejor, quiero que sepa que puede contar conmigo, como su hermano mayor que soy, ¿Quiere hacer alguna pregunta?

—Sí, ¿Cuándo retornaré a Landscape Hall?

El Duque miró al muchacho, recordó que a su edad vivía sólo en esa misma propiedad, conmemoró lo solitario que se sentía:

—Ya no retornaré allí, se quedará a vivir conmigo, desde hoy usted estará a mi lado.

En el rostro del muchacho se pudo observar el asombro a sus palabras, pero después, una expresión de tristeza cubrió su expresión, solo pudo exclamar un:

—¡Ah! —. Lleno, de desilusión.

—¿Ocurre algo James?

El jovencito levantó el rostro, la confusión, cubrió su semblante, más la valentía ganó, ya que el muchacho indicó:

—En Landscape Hall tengo una protegida, ella es pequeña, no sabe cuidarse sola y si me quedo aquí, quién la protegerá de caerse o de lastimarse en el lago, ella aún es muy cría.

El Duque sonrió, pues su pequeño hermano poseía un corazón compasivo, eso le agradó:

—Esa protegida suya, qué edad tiene.

—Posee cinco años.

—¿Y los padres de ella?

—Ella dice que vivía con su abuela, pero que el cuerpo de la anciana estaba muy maltratado y le dolía mucho, así que, su creador la envió a buscar, que su cuerpo se quedó en la tierra, donde la enterraron, más su espíritu fue a Dios y su alma también, pues en vida creyó en Jesús.

—¿Eso dice su protegida?

—Sí, eso siempre lo repite, aunque, el señor Wilson la amonesta, ella constantemente lo repite, al preguntar por la abuela.

—¿Cuál es el nombre de su protegida?

—La señorita Sarah Denvers.

El Duque sonrió al escuchar aquel nombre, recordó, a la anciana Mary y a la pequeña niña de tres años, así que sin más indicó:

—Qué le parece si enviamos a buscar a su protegida.

—¡Traer a Sarah a vivir con nosotros!

—Sí, de esa forma, usted puede cuidar de ella.

—¿De verdad la dejará venir?

—Si, enviaré a buscarla, así usted tendrá su compañía, además, le faltan

dos años para ingresar a Oxford, ese tiempo lo aprovecharemos para conocernos mejor.

La sonrisa que el muchacho le regaló, compensó, todas las angustias, que el Duque había pasado, con las personas nobles que acudieron al sepelio de su padre, así que, sin más, él sonrió también a su hermano.

La semana siguiente, transcurrió todo en plena calma, los esposos Cooper llegaron a la mansión, donde fueron acogidos con mucho esmero y cuidado.

El señor Cooper después de descansar del viaje, se reunió con el Duque en su despacho.

La estancia era enorme, una sala completa estaba al frente de la chimenea, más allá, una mesa tallada de roble, encima, un arreglo de flores frescas, un globo terráqueo estaba en una esquina, cuatros amplias ventanas, al costado, que daban al jardín:

—Veo mi amigo que este despacho, sí que es enorme y majestuoso.

El joven caballero le sonrió, más, no con aquella sonrisa franca y desenfadada que antes le brindaba, esta era más para salir del paso:

—¿Qué le ocurre su excelencia?

—No soy su excelencia para usted señor Cooper, solo Nicolás.

—No podría llamarlo así, su excelencia, usted es la máxima autoridad ahora, debemos seguir las reglas, usted es ahora un Duque, eso conlleva respeto.

—Está bien señor Cooper, usted puede llamarme como desee, más le seré sincero, aún no estoy preparado para esta responsabilidad.

—No se preocupe mi amigo, pida a Dios su ayuda y sé que él vendrá de inmediato.

—Señor Cooper lo necesito a mi lado.

—Oh no, amigo mío, solo soy párroco, no sé nada de mando, y política, mi hermano sabe más de esas cosas.

—Es verdad, el señor Gen Cooper puede ayudarme, usted también, deseo que ocupe el puesto de uno de mis caballeros de confianza.

—¿Y los caballeros de su padre?

—Gracias le doy a Dios, que me pidieron, ser retirados de sus funciones, según sus palabras están muy cansados, así mismo, son muy arcaicos, esta mañana, le he otorgado su retiro, pues, las ideas de los tres ancianos, son muy tajantes e inmisericorde, no creo que hubiesen hecho, un buen trabajo a mi lado.

—Comprendo, las personas a nuestro lado deben tener nuestros mismos ideales.

—Así es, por esa razón cavilé que usted me ayudaría.

—Lo haré hasta que encuentro un mejor remplazo, podemos preguntarle a Gen, sé que mi hermano es conocedor de muchos caballeros de carácter fuerte y voluntad férrea, más, dotados de compasión, dignos para el puesto de caballero de confianza del Duque de Martboth.

—Eso espero, pues un largo camino me espera...

El señor Cooper contempló al caballero, que, en ese momento, miraba turbado por una de las grandes ventanas, era de elevada estatura, sus ojos reflejaban una inquietud, así que inquirió:

—¿Su excelencia, que es lo que lo turba en verdad?

El Duque giró el rostro, caminó pausadamente y tomó asiento al frente del señor Cooper:

—¿Su sobrina no le ha comentado nada?

—No, aún no hemos tenido tiempo de hablar.

—Me lo imagine, mi padre antes de morir hizo que su sobrina firmara

una licencia especial, en la que nosotros nos enlazamos al frente de un eclesiástico.

El rostro del señor Cooper se quedó petrificado:

—¿Qué?

—Así es señor Cooper, su sobrina esa tarde se convirtió en mi Duquesa, entiende, ahora mi turbación.

—Se suponía que iba hacer su prometida, no su esposa.

—Mi padre no se conformó con una prometida, antes de morir hizo todo para que su heredero cumpliera su última voluntad.

—¿Y Lisaura que dice a todo esto?

—No he hablado con ella.

—¡Su excelencia!

—No me reproche señor Cooper, es que no poseo palabras para decirle que lo siento, la ligue a mí, sin que ella ni siquiera deseara y mucho menos imaginara.

—Debe hablar con Lisaura, debe poner las cosas claras, ya ha pasado una semana.

—Una semana de poca calma para mí, Lady Lisaura se muestra sosegada, incluso, me acompañó cuando los comenzales me dieron la condolencia, ella muy silenciosa a estado a mi lado, más no poseo palabras para enfrentarme a ella.

—Lisaura debe estar al igual que usted confusa y desconcertada, ya que, si usted está rehuyendo de ella, dirá que no era la dama que usted deseaba para su vida, estará inventando conjetura de su comportamiento.

—Tal vez, ella hable con su esposa.

—Recién hemos llegado, voy hablar con mi esposa para que le haga preguntas, ya que, Lisaura es muy cuidadosa con sus sentimientos, nosotros somos nuevos en su vida, ella estaba acostumbrada a vivir sola y aislada, eso

la hace muy encerrada a las emociones.

—¿Qué le puedo decir?

—Usted puede poner un tiempo para conocerla, para cortejarla, sin que nadie se entere, que cuando los dos estén de acuerdo, entonces, darán a conocer su enlace.

—Eso no es posible, señor Cooper, mi padre envió a un mensajero a publicar mis nupcias, hoy toda Inglaterra sabe que soy un Duque que posee una Duquesa, aunque, no la conozcan, su majestad me envió una carta, dándome el pésame por la partida de mi padre y también, las horas buenas por el himeneo.

—Su padre era un caballero precavido.

—Precavido está bien para llamar a un manipulador, más, no puedo hablar mal de su persona, ya no está entre nosotros.

—Cuanto siento saber la magnitud de las maldades que usted sufrió a su lado, más, como usted acaba de decir, ya no es bueno recordar el pasado, solo recuérdelo para que usted no lo repita en su vida.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, mi padre al vincularse con mi madre, por un enlace arreglado, no la pretendió, haciendo que ella sufriera, inconmensurable.

—Usted no es su padre y Lisaura no es su madre.

—Muchas veces tengo que actuar como él.

—Sí, en eso estoy de acuerdo, más recuerde que entre ustedes hay una gran diferencia, no de carácter o actitud si no que el Espíritu Santo de Dios mora en usted.

—Eso es lo único que me reconforta.

—En tal caso, pida a Dios con fe, estoy seguro de que los problemas que hoy son angustia para su alma, mañana serán de bendición.

—¡Que Dios lo oiga!

—Jajaja, así será, así será, mi buen amigo, ahora lo dejaré para que

busque las palabras adecuadas, para que hable con Lisaura.

—No será hoy, he de meditar en ello.

—No tarde mucho, creo que ya ha durado demasiado en aproximarse a ella, las damas son muy emotivas, a la vez rencorosas y su mente es muy hábil para inventar situaciones.

El Duque lo miró asombrado, mientras, el señor Cooper formaba una reverencia y salía del despacho de su excelencia, que estaba situado en el segundo piso. Se dirigió a la primera planta, donde las damas se reunían, al entrar, escuchó voces, una era la voz de una niña, entró a la estancia se encontró de frente con una pequeña damita de pelo negro y ojos azules:

—Oh que tenemos aquí.

La señora Cooper se le aproximó y sin más indicó:

—Señor Cooper permítame que le presente a la señorita Sarah Denvers.

El señor Cooper, se extrañó del nombre, pues, el rostro de la pequeña, le era familiar, pero no recordaba de donde, fue Lord James Spencer que dijo en voz autoritaria:

—Señora Cooper no se olvide de mencionar cuando presente a Sarah, que ella es mi protegida

La señora Cooper se hizo, como si hubiese cometido, una enorme falta, en no mencionar el hecho:

—¡Desde luego que lo mencionaré la próxima vez!

El párroco miró a la niña, está se colocó al frente de él, con las manitas en su cintura:

—¿Usted no se recuerda de mí?

El párroco no supo que contestar, ya que la niña esperaba ansiosa su respuesta, así que impaciente explicó ella:

—Soy Sarah la nieta de Mary.

El asombro llegó a su rostro, después, a su corazón, cuando el Duque apareció en la estancia, todo encajó en la mente del vicario, había sido el señor Denvers que había enviado a buscar a la anciana y a la niña, ahora comprendía todo:

—Desde luego que la recuerdo señorita Sarah, que bueno es verla bien.

La niña sonrió, pero cuando vio la figura del caballero de la puerta corrió y se escondió detrás de James, este la reprendió diciéndole, con autoridad:

—Sarah no se esconda, él es mi hermano Nicolás y usted debe de hacer la reverencia, que la señora Welle le enseñó.

La niña miró asustada al Duque después al joven Lord y sin más hizo la reverencia:

El Duque no cambió las facciones de su rostro, pero su voz sonó suave:

—Es un placer señorita Sarah, mi hermano me habló de usted y que alegría que está con nosotros.

La niña levantó el rostro y con inocencia expresó:

—Usted no parece alegre.

El Duque suavizó el semblante e indicó:

—Si lo estoy, todo lo estamos y desde hoy vivirás con nosotros.

—¿Y con el párroco?

—Sí, con el señor Cooper y la señora Cooper —. Cuando miró a Lady Lisaura Hervey, continuó —, con la Duquesa, James y conmigo.

—Eso quiere decir que tengo una familia.

Fue el capellán que respondió:

—Oh sí, una muy grande.

Las palabras del joven Lord salieron de sus labios con entusiasmo cuando preguntó:

—¿También poseo una familia?

—Desde luego Lord James Spencer, todos nosotros somos su familia
—. Exclamó el señor Cooper con alegría.

El té fue servido y todos disfrutaron de él, en familia.

El Duque miraba a Lady Lisaura, era bella en verdad, mucho más que su prima, ahora que ya no estaba encaprichado con la otra dama, podía ver mejor los atributos de Lady Lisaura, era tímida en ocasiones, como aquella, cuando estaban todos reunidos, más, había notado que, al estar en compañía de su hermano, la advertía inquieta y alegre, su sentido del humor era de admirar, pues, al lado de la dama, al muchacho lo escuchaba reír con frecuencia, muchas veces, reían los dos juntos. Al estar él presente se comportaba con solemnidad, de repente, se sintió que estaba mirándola más de lo normal, incluso, desde que firmó aquel papel, la noche de la muerte de su padre, se la pasaba mirándola y espiándola de lejos, cuando salía al jardín con su capa a jugar en la nieve con su hermano, al escuchar su risa en el salón de té, o simplemente la observaba cuando caminaba, ya que parecía que volaba.

A la joven mirar hacia él, cambió de pronto la mirada, ya que la dama al parecer se dio cuenta de su escrutinio.

Un rubor rojo, subió a sus hermosas mejillas.

El Duque de inmediato se recriminó, pero que le estaba pasando, se puso de pie, sin más comentó:

—Disculpen, continúen ustedes.

Formó una reverencia colectiva, salió del salón.

La señora Cooper aprovechó que su esposo, salió de la estancia con la pequeña Sarah y Lord James para preguntar:

—¿Lisaura se encuentra bien?

Si, tía, ¿Por qué la pregunta?

—Ahora sé que algo no está bien hija, qué ocurre.

La muchacha levantó el rostro y los ojos se le nublaron por las lágrimas retenidas, la señora Cooper de inmediato, se aproximó a ella y al sentir la joven los brazos de su tía, irrumpió en llanto, la dama esperó que la muchacha llorara, cuando esta se calmó, le puso un pañuelo en su mano, sin más, fue a la puerta de la estancia, la cerró, después retornó a su lado y dijo:

—Muy bien querida ahora deseo que me cuente todo.

—Es que él no deseaba hacerlo, sé que no soy la persona que él elegiría, no soy tan bella...

—No comprendo Lisaura, debes decirme de quien hablas.

—Del Duque, tía.

—No se preocupe hija, si el Duque no la quiere, ustedes pueden deshacer el compromiso, después que pasen, unos días.

La muchacha comenzó a llorar una vez más, esta vez, cubriendo su rostro con las dos manos, lloraba sin consuelo, la señora Cooper esperó que su sobrina se recompusiera.

—Tía Jen, es que no podemos romper ya nada.

—Tonterías, todo es posible para un Duque.

—Es que el antiguo Duque hizo arreglos para que nosotros nos enlazáramos al frente de su lecho.

—¿Qué?

—Si tía Jen, ya estamos enlazados, fue la semana pasada.

La señora Cooper no pudo disimular el asombro que, sin poder ocultar, se reflejó en su rostro, así que, bajó la cabeza mientras, pensaba en que podía decirle a su sobrina, fue la dama quien continuó:

—Ahora comprende usted mi dolor.

—¿El Duque ha hablado con usted?

Lady Lisaura hizo una negación con la cabeza.

—El caballero debe estar asombrado igual que usted.

—Él estaba enterado de que su padre lo deseaba enlazar, más, al ver la realidad, supongo que debe desear que me marche lejos.

—No diga eso Lisaura, en estos momentos él necesita de usted.

—No tía, para él soy una extraña, a veces cavilo que me ve como una intrusa.

—¿Por qué dice eso hija?

—Muchas veces me he fijado que me mira de lejos, su expresión cambia como si estuviera enojado, después, se aleja con ímpetu del lugar, como lo hizo en la hora del té.

—Usted es muy dulce y amable, sé que se lo puede ganar.

—Es que usted no comprende tía, el Duque no ha cenado con nosotros, en toda la semana pasada, me rehúye, como si fuera una peste.

—Oh, hija mía, eso es normal, todo es nuevo para el caballero, póngase en su lugar, se muere su padre, dejándole una gran responsabilidad, así mismo, a un hermano, que, hasta ese momento, no sabía que existía y sumado a todo, lo enlaza con usted, aunque para el caballero usted no le sea indiferente, son demasiadas responsabilidades, todas muy fuertes.

—Si estoy de acuerdo con usted, más, sé que nunca llamaré la atención del Duque.

—¿Se refiere usted como dama?

—Sí, no poseo el don de la coquetería y en verdad no me gusta.

—Pues tendrá que aprender un poco no mucho, perdón por referirme a esto, pero a Meggan mi hija, le fue muy bien con el caballero.

—¿Usted lo sabía tía?

—Estoy un poco vieja, no siega, mi hija jugó con el señor Denvers, más no tanto como ella cavilaba, el caballero en cuestión se dio cuenta de su

patraña, cosa que usted debe aprender, a muchos caballeros les gusta que la dama sea un poco atrevida, nunca con las palabras, sino con los gestos.

—¿Con los gestos?

—Sí, una mirada fija de vez en cuando, una sonrisa deslumbrante, una caída del abanico, cosas simples, pero que el caballero se sienta el único que posee esa llave, pero sea cautelosa, con la experiencia del caballero, debe tener mucha precaución, ya, él posee un agrio en la garganta por el coqueteo.

—Lo siento tía, creo que no podría hacerlo.

—No importa Lisaura, no importa, solo bastará con que usted se vista mejor y arregle su pelo de forma más juvenil.

—Es que, no puedo usar vestidos de color, ahora soy la Duquesa.

—Si, ahora lo sé, pero usted solo debe llevar luto por tres meses, después, puede usar colores oscuros, los vestidos que enviaremos hacer para la primavera, serán más de señora casada que de una solterona.

—No deseo gastar mi mensualidad en ropa tía.

—Una Duquesa tiene que vestir como tal, no se preocupe por eso, déjelo en mis manos.

—En lo que ese tiempo llega, qué puedo hacer.

—Espere que el Duque le hable, sé que lo hará, después, pídale lo contrario en las cosas que la involucra a usted, por ejemplo, si desea que usted se quede en Southampton, pídele que, si podía viajar con nosotros, cosa que él no pueda elegir por usted, para que no se sienta su dueño, pues, antes de serlo, tiene que poner las cosas claras con usted.

—Entiendo tía.

—¡Qué bueno! Ahora vamos arriba, usted debe poner agua fría en su rostro, para que no se vea que estuvo llorando.

—Considero que hoy no descenderé a cenar.

—Si el Duque no cena en el comedor, no habrá problema de que usted

nos acompañe.

—Sí tía.

Las damas se dispusieron a subir a sus aposentos, la señora Cooper ayudó a su sobrina a poner agua fría en su rostro, esa noche le indicó a la doncella de ella que la peinara diferente, buscó un vestido gris que la dama poseía, que le quedaba muy bien, se lo puso en la cama:

—Debe ponerse ese vestido esta noche Lisaura.

—Pero es mi mejor vestido.

—Lo sé querida.

—Es que deseo guardarlo para una ocasión especial.

—Desde hoy todas las noches son especiales para usted mi niña.

Diciendo esas palabras, la señora Cooper salió de los aposentos de la Duquesa, ya que, fue alojada allí, desde su llegada.

A la hora de la cena, Lady Lisaura descendió al salón del comedor, encontró al mayordomo, este al ver a su señora la saludó:

—Buenas noches su excelencia.

—Buenas noches señor Crok, mis tíos aún no llegan.

—Me temo que sus tíos cenarán en sus aposentos.

—Pues, esperaré a Lord James.

—Lord James Spencer está cenando con la señorita Sarah en el área de juego.

—Lo que quiere decir que esta noche cenaré sola.

Antes que el mayordomo respondiera, unos pasos aproximándose, la hicieron que mirara hacia la puerta, el Duque muy bien vestido, entró e hizo las mismas preguntas, que la dama había hecho al mayordomo, un momento antes, entonces resignado, se aproximó a la joven:

—Buenas noches Duquesa.

Formó una reverencia y la dama se la devolvió, más, no pronunció palabras.

Él escoltó a la joven a la mesa y después de dar gracia por los alimentos, comenzaron a cenar, en un silencio un poco tedioso.

Le sirvieron el postre, el Duque comentó:

—Debe estar usted muy contenta por la llegada de sus tíos.

—Así es su excelencia.

El Duque la miró por encima de la copa, su piel se veía muy blanca en ese vestido gris, su pelo era muy bello, de color amarillo oscuro, se asemejaba al trigo antes de la recolección, era la segunda vez que la veía sin el gorro blanco, que siempre llevaba en su cabeza.

—¿Se siente cómoda, aquí en esta mansión?

—Demasiado, su excelencia.

El Duque deseaba entablar una conversación amena con la dama, más ella le respondía de forma cortante, así que continuó:

—¿Le gusta su recámara?

La joven se ruborizó, pues, desde su llegada había ocupado los aposentos de la Duquesa, aunque, estaban muy alejado de los del Duque, ya que un amplio salón de estar los dividía, ella se sentía intimidada al preguntar.

—¿Sería posible que me dieran otra recámara?

—¿En dónde está alojada?

—En los aposentos de la Duquesa.

El Duque manifestó de inmediato su asombro, ya que el mismo no sabía que ella estaba usando esas estancias.

—¿Desde cuándo usa los aposentos de la Duquesa?

—Desde mi llegada.

—Ya...

El silencio se sintió en la estancia, hasta que los sirvientes recogieron

los utensilios de la mesa, el Duque se puso de pie, sin más indicó:

—Me gustaría que continuemos esta conversación en el salón blanco.

Lady Lisaura asintió, se puso de pie, con nerviosismo tomó el brazo que el Duque extendió para escoltarla.

Lady Lisaura al poner la mano sin guante encima de la del caballero, sintió un estremecimiento, mientras, caminaba a su lado, se preguntó, que deseaba decirle el Duque, tal vez, la enviaría de regreso con sus tíos.

Entraron a un muy elegante salón, todo en blanco, solo la chimenea y los bordes dorados de las repisas, era no único que no era de ese color.

El Duque cerró la puerta detrás de si y sin más, escoltó a la dama a una de las butacas:

—Lady Lisaura Herve—. Él no terminó el apellido, ya que la dama ahora era su Duquesa, así que, sin más, tosió — Lady Martborth, ya que, los dos sabemos qué estamos enlazados hace semana.

Él se puso de pie, en esa posición, de frente a la dama se sentía un poco intimidado por aquellos bellos ojos azules.

—Como decía, nosotros nos enlazamos la semana pasada, y en este momento está de más exponer las razones por las que nos llevó hacerlo. Lo que está al frente nuestro es, bueno, es como vamos a afrontar esto.

La joven escuchaba con la cabeza gacha, ya que, por las palabras del caballero, las entendió, que era un problema estar enlazado con ella, eso era lo que había que resolver, así que permaneció callada.

—Esperé unos días para poder analizar todo esto.

El Duque se detuvo en esa frase, volvió a tomar asiento al frente de la dama y sin más dijo:

—Perdón, porque no me había aproximado a usted para hablar, creí prudente esperar, más no cavilé que usted se molestara.

—No estoy molesta su excelencia.

—Si es así, creo que usted debe estar en igual circunstancias que la que me encuentro.

—No sé a qué se refiere su excelencia.

—Llámeme Nicolás, no creo que vayamos a ningún lado, usted está atada a mí.

La joven descendió poco a poco el rostro y asintió con la cabeza, el Duque prosiguió:

—No deseo hacerle daño ni imponerle mi presencia, tampoco le exigiré ningún deber como esposa, hasta que sea necesario para tener un heredero.

Lady Lisaura asintió una vez más, pero no levantó el rostro.

—Si usted desea puede vivir donde desee, poseo muchas propiedades, solo una cosa le pido debemos mantener la apariencia de esposos ante la servidumbre y la nobleza, lo que me lleva a decirle, que enviaré a redecorar sus aposentos como usted lo desea, pero creo que no es sensato ni prudente cambiarse.

La dama volvió a afirmar con la cabeza.

El Duque se puso de pie, respiró profundo y sin más comentó:

—Eso es todo lo que deseaba decirle.

Lady Lisaura se puso de inmediato de pie, formó una reverencia y con parsimonia salió del salón blanco, en tanto el Duque la miraba salir.

La dama salió, él entendió que no le había preguntado nada a ella, simplemente se había comportado como su padre, dictatorial, caminó inquieto por la estancia un tiempo, sin tranquilidad, al recapacitar su proceder, subió con presteza las escaleras, se dirigió a sus aposentos, cruzó el salón de estar de él, y abrió la puerta de la recámara de Lady Lisaura.

Escuchó sollozos ahogados y sin pensar fue al diván al frente de la chimenea, ella estaba sentada y su rostro estaba tapado, el Duque se sentó a su lado y en un deseo de que no continuara llorando tomó su hombro, la muchacha

instintivamente se abrazó a él, mientras, decía:

—Soy un estorbo para él tía.

El Duque comprendió que la muchacha lo confundió con su tía, así que la apretó más a su pecho.

Lady Lisaura sintió una mano en su hombro y con los ojos cerrados por el dolor, se apresuró a buscar refugio en los brazos de su tía, así que con voz entrecortada le dijo, lo que había sentido con aquella platica que había tenido con su esposo:

—Soy un estorbo para él tía.

Los brazos que la estrechaban, se cerraron más en su cintura y la mano que estaba en su espalda apretó más, fue cuando se dio cuenta de la fragancia, a sándalo que era característica del Duque, abrió los ojos sorprendida, despegándose un poco de él.

El Duque sintió que la dama se soltaba de su abrazo, así que le dio espacio, cuando ella levantó el rostro hacia él, rojo por las lágrimas y su pelo enredado en su frente, un deseo que no pudo contener se apoderó de él, sin pensar cerró la pequeña brecha que los separaba, sus labios rosaron los de ella, supo que estaba perdido.

Lady Lisaura comprendió que el Duque la iba a besar, así que cerró los ojos, un estremecimiento la sacudió, supo que aquello era una experiencia nueva para ella.

También lo era para el Duque, que jamás había experimentado estar próximo a algo inocente y puro, alguien a quien deseaba cuidar y proteger, que nunca volviera a llorar por nada.

La besó con gentileza, como si fuera algo frágil, entonces, sintió que los brazos de ella le rodeaban el cuello, sus labios se volvieron más posesivos y apasionados.

Cuando ya no podían respirar, levantó la cabeza, señaló con suavidad:
—No eres un estorbo para mí.

Y sin más la volvió a besar, esta vez con avidez, pues sintió que ya no poseía frenos a sus impulsos, los había perdido con tantos sucesos pasando en su entorno.

Se escuchó un toque, más ellos no se dieron cuenta, la puerta se abrió y la doncella los interrumpió, diciendo:

—¡Oh, perdón!

Salió corriendo de la estancia.

Al escuchar la puerta cerrarse finalizó de besarla.

Lady Lisaura ocultó el rostro en el pecho del Duque para evitar que su doncella la mirara, cuando esta salió a toda prisa el Duque le levantó con su mano derecha la barbilla y le dijo:

—¡Eres muy hermosa!

Le dio un beso en la frente, se puso de pie, y con tranquilidad le indicó:

—No deseo que llores nunca más, por mi culpa.

Lady Lisaura asintió, en tanto su rostro estaba muy ruborizado.

El Duque se encaminó a la puerta de su salón de estar y desde allí le dijo:

—Buenas noches Lisa.

Ella le respondió con palabras incoherente, él salió a su sala de estar cerró la puerta y se apoyó en ella, ya que estaba un poco turbado por lo que había hecho, más no se arrepentía, desde hace unos días deseaba besarla, era como si firmar aquel papel, le había abierto los ojos a la belleza de la dama, y le hacía entender que ella era suya, eso lo comprendió al besar a Lisaura,

ahora vislumbró muchas cosas, una de ellas era que la hija del señor Cooper no poseía la capacidad de hacer que él perdiera el control de su ser, en cambio su Lisa si poseía ese poder, sonrió para así, al escuchar a su mente ya sintiéndose él dueño de la dama.

Al llegar a su recámara, oro, como no lo había hecho desde la muerte de su padre, pidiéndole a Dios que le ayudara a amar a su ahora esposa, con toda su alma y corazón.

Lady Lisaura se sorprendió al escuchar el diminutivo que uso el Duque, solo su madre la llamaba Lisa, eso le agradó, se llevó sus dedos a sus labios, cerró los ojos y revivió aquel instante en los brazos del Duque, sus brazos en su cuello y cintura, sobre todo, la dulzura de sus labios. Se preguntó, si aquella muestra de cariño cambiaria desde ese momento la forma de verla. Se acostó pidiendo a Dios que su relación con su ahora esposo, fuera diferente, para así, poder aproximarse más, para enseñar al señor Denver, su amor silencioso.

Capítulo VI

Todos estaban a la mesa del salón de comedor, a la mañana siguiente, cuando el Duque entró de dar una cabalgata, saludó a todos con una reverencia, mientras, la Duquesa esperaba un trato más íntimo, después de lo que ocurrió la noche pasada, más, él tomó asiento en la cabecera de la mesa, sin mirarla en todo ese tiempo, desayunó muy calladamente.

El silencio terminó cuando el señor Cooper señaló:

—Su excelencia desearía hablar con usted, cuando posea tiempo.

—Desde luego, señor Cooper, me cambiaré el traje de montar, nos reuniremos en mi despacho, en media hora.

—Allí estaré.

El Duque volvió hacer una reverencia colectiva y salió del salón de comedor, en tanto la Duquesa lo miraba con nostalgia.

Un tiempo después el señor Cooper entró al despacho del Duque, lo encontró con el señor Rafael Rondel firmando unos papeles:

—Adelante señor Cooper, tome asiento, ya finalizo este asunto.

—Tome su tiempo excelencia.

Al finalizar el Duque, entregó los papeles a su caballero de confianza, este formó una reverencia, salió por una puerta, que estaba al costado.

—Soy todo suyo señor Cooper.

—Gracias su excelencia, más no le tomaré mucho tiempo, ya que lo que me ocupa es algo familiar y, en definitiva, es que nuestra hija escribió a mi esposa diciéndole que desea visitarnos, ya que tiene una noticia que darnos.

—En tal caso señor Cooper, es menester que le diga que he estado hablando con el señor Rondel del asunto de mis caballeros de confianza, le

comunique que usted no podría ser uno, pues, su vocación está en el servicio a Dios, este me comunicó, que esta vicaria no posee un párroco encargado, la comunidad es cuatro veces más amplia, que la de Chawton, como usted comprenderá hay mucho trabajo aquí, usted si desea esta plaza, es suya, ahora mismo hay dos jóvenes párrocos que necesitan de supervisión, usted de igual manera, podrá tener un ayudante, así podré contar con usted como párroco encargado, más también, como mi padre espiritual.

—Como usted sabrá, antes de darle mi respuesta, he de hablar con la señora Cooper, más si aceptamos que ocurrirá con la servidumbre de Ross Hall.

—Los enviaré a buscar para que sea su servidumbre en Renacer Hall, es una propiedad a unas millas de aquí, que ustedes ocuparían, aunque si desean, podrían continuar viviendo con nosotros.

—Usted y Lisaura deben conocerse mejor, necesitan un tiempo a solas, además, conociendo a mi esposa, ella deseará su rincón, ya que, estoy seguro de que tendremos visitas de nuestras amistades, sería más prudente poseer nuestro propio espacio, más, no le podré asegurar nada, sin hablar con Jen.

—No hay ningún inconveniente de mi parte, hable con la señora Cooper. El señor Cooper habló con su esposa, ella feliz de poder vivir próximo a su sobrina, aceptó con beneplácito la propuesta del Duque.

Dos días después, fueron a conocer Renacer Hall, la residencia era más majestuosa que Ross Hall, el vestíbulo era ovalado y profundamente iluminado, todas las estancias estaban decoradas con exquisitos muebles dorados y la amplitud de cada estancia era impresionante.

La señora Cooper le llamó la atención los jarrones de flores, arreglados con perfecto buen gusto, que había en todas las mesas, así que preguntó al

señor Rondel:

—¿De dónde provienen estas flores?

—Del invernadero de flores que está situado en la parte de atrás.

—¿Hay un invernadero?

—Sí, esta era la residencia de la antigua Duquesa y a ella le gustaba tener flores por todas partes.

—¿La residencia de la Duquesa?

—Sí, su excelencia prefería estar en esta residencia que en la mansión.

La señora Cooper no preguntó nada más y con preocupación echó una mirada de asombro a su sobrina, que los acompañaba.

La actual Duquesa miró todo con asombro y se preguntó, si esa sería su residencia en un futuro.

Entraron a un salón tan lujoso, de muros pálidos, adornados con ostentosos cuadros y espejos; dos inmensos candelabros en el centro, la decoración de jarrones de porcelanas, cristales y adornos de jade se podían apreciar en cada esquina; los elegantes cortinales, los cojines y la alfombra estaban a juego, todo era tan espléndido, tan lujoso, que, instintivamente la señora Cooper exclamó:

—¡Que estancia más lujosa!

—Este es el salón principal de reunión.

—Se parece mucho al de la mansión.

—Fue una réplica del salón de reunión de Beautiful House, más, a la manera de la Duquesa—. Explicó el señor Rondel.

Los esposos Cooper se quedaron muy asombrado por su nueva residencia y aunque deseaban algo más simple, comprendieron que el Duque deseaba que el señor Cooper, en vez de regir de capellán, fuese más bien, la

persona en quien su excelencia podría confiar, ese puesto de capellán principal era una excusa para tenerlo junto a él.

El señor Cooper se reunió con los dos capellanes, estos eran muy capaces, además, poseían una doctrina sana, al hacer eventualmente más joven que él poseían las fuerzas y el deseo de trabajar por sus feligreses.

En el transcurso de dos semanas, el Duque no se aproximó a la Duquesa, ni le refirió nada de lo que había pasado entre los dos, era como si no hubiese ocurrido, Lady Martboth tampoco busco su compañía, se la pasaba en compañía de la pequeña Sarah y de el joven Lord, estos la llenaban de preguntas y alegría.

El fin de semana estaban los esposos Cooper trasladando sus pertenencias a su nueva residencia, esa tarde, cuando se reunieron a tomar el té. la señorita Sarah exteriorizó:

—¿Por qué se van a vivir en otro lugar?

—¿Por qué esta es la residencia de los Duques?

Explicó la señora Cooper a la niña, esta sin más le respondió:

—Esta residencia es muy grande, aquí pueden vivir muchas familias y todas estarían felices —. Dijo la niña desconcertada, ya que le gustaba que el párroco o su esposa le dijeran las historias bíblicas a ella y a James antes de dormir.

Fue el joven Lord que respondió:

—No seas ingenua Sarah, los Duques deben vivir solos, eso me comentó el señor Weston, que mi padre no le gustaba compartir su residencia con otros caballeros, por esa razón, me envió a Landscape Hall.

Todos se quedaron callados por la declaración del jovencito, fue la Duquesa que sin más indicó:

—No se preocupe Sarah, la residencia de mis tíos no está lejos, podemos ir y visitarlos, así mismo, por las noches, le puedo contar las historias de la biblia.

A la pequeña se le iluminó el rostro y con la ingenuidad de una alegría nueva, declaró:

—Pues si es así, pueden irse.

Todos sonrieron a las palabras alegres de la niña...

Esa tarde los esposos Cooper se marcharon a su nueva residencia y esa noche la Duquesa cenó sola, ya que el Duque envió a disculparse, pues poseía mucho trabajo atrasado.

Después de la cena, Lady Martboth fue a la recámara de juego y encontró a Sarah y a James esperándola, para que le dijera la historia:

—Lisaura ya viniste, ven a contarnos la historia —. La pequeña fue a su encuentro y le agarró una mano, para escoltarla, pero fue interrumpida por el joven Lord.

—Sarah, compórtese, debe de saber que no puede hablarle así a la Duquesa.

—No hay problema James, de que ustedes me llamen Lisaura, ya que somos familia.

—Pero mi tutor me ha dicho que debo llamarla Duquesa.

—Bueno, ese lo dice su tutor porque no sabe que usted y Sarah son como unos hijos para mí.

Fue la niña que con alegría exclamó:

—¿Usted es nuestra linda mamá?

—Si ustedes desean, sí.

—Pues, sí, quiero ¿Y usted, James?

Al jovencito le brillaron los ojos al escuchar esas palabras, más

preguntó:

—¿Le gustará a Nicolás que seas nuestra madre?

—Creo que no hay problema James, ya que, no sustituiré a sus verdaderas madres, solo seré una postiza.

—¿Qué quiere decir postiza?

Fue el joven que le contestó:

—Es algo que se ve real, pero no lo es.

—Pero no quiero algo así, quiero que Lisaura sea real.

—Lo soy querida, más, nunca ocuparé el puesto de sus madres.

—No recuerdo la mía.

—ni tampoco recuerdo la mía — Indicó el joven Lord, como lo había dicho la pequeña.

—Pues en ese caso, desde hoy seré su madre, si ustedes lo desean.

—Sí...

Dijeron los dos al unísono, más, la niña preguntó:

—¿Podemos llamarte Mamá?

Lady Martboth sin más afirmó a la pregunta de la niña, pero se recordó que tal vez James, no le agradaría llamarla así:

—Pero si se siente mal en llamarme así, pueden llamarme Lisaura.

—Es mejor así, ya que tenemos que preguntarle a mi hermano si desea que lo llamemos papá, pues no podemos tener una madre sin un padre.

—Es verdad, pero dudo que su hermano desee que lo llamen Papá —.

Indicó la pequeña muy segura de sus palabras.

Lady Martboth se apresuró a decir:

—Entonces es mejor que me llamen Lisaura.

—Sí.

Ella muy paciente se sentó al frente de ellos, le comenzó a narrar la historia, más se detuvo, pues, algo le había caído mal en la cena, pero no

podía dejar a los niños sin su historia, así que se apresuró a contarla:

— La historia de Zaqueo la podemos leer en la biblia en Lucas 19: 1-10. Y dice: Zaqueo era un hombre muy bajito que vivía en Jericó. Un día, se enteró de que Jesús pasaba por su ciudad y decidió ir a verle. Era tanta la gente que había, que Zaqueo no alcanzaba a ver a Jesús. Fue entonces cuando se le ocurrió una idea: subirse a un árbol. Cuando Jesús pasó por allí, se detuvo frente al árbol y le dijo a Zaqueo que quería ir a su casa. ¡Qué contento se puso Zaqueo! Tan contento y agradecido estaba que decidió cambiar de estilo de vida y devolver a todos los que les había robado, pues era un cobrador de impuestos y engañaba a la gente.

—¡Oh no, Zaqueo era malo!

—Si Sarah, más al conocer a Jesús su vida cambió.

—Cuéntanos otra, Lisaura.

—Mañana James, hoy deben descansar.

—Está bien, pero esa historia fue muy corta.

—Vayan a sus recámaras, mañana podemos ir a la residencia de tío San, para que les cuente otra.

—¡Si, me dormiré de una vez!

La institutriz de Sarah se llevó a la niña y el joven Lord, salió de tras de ellas, más la niña se devolvió, dándole un beso en la mejilla a la Duquesa, le dijo:

—Gracias por ser nuestra nueva mamá.

Lady Martboth le sonrió y devolviéndole el beso los vio marchar.

Al levantarse de la butaca, se sintió algo mareada, pero se encontraba sola, así que, se puso de pie, cuando iba por el pasillo no pudo más y se desmayó, una doncella la encontró, dio aviso al maestresala de ese piso, este con ayuda de las doncellas, la llevaron a sus aposentos, pero cuando la

trasladaban, ella sin poder aguantar su estómago revuelto, arqueó toda la cena en el pasillo, el mayordomo envió a limpiar todo y a darle un baño a su señora.

Ella agradeció como se comportó el anciano mayordomo, y el maestresala, aunque, se sentía mareada, tomó el baño sin refutar.

El maestresala esperó a que todo estuviera limpio y su señora bañada, para ir al despacho del Duque, tocó y al entrar su señor estaba al frente de la chimenea, sentado en un sofá y a su lado el señor Rondel:

—Su excelencia disculpe que le moleste.

—Diga señor Crok.

—Su excelencia, la Duquesa está, bueno —. El maestresala no terminó la frase, cuando el Duque se puso de pie, y preguntó:

—¿Qué tiene mi esposa?

—No lo sé su excelencia, pero ella no está bien.

—¿Dónde está?

—En sus aposentos.

El Duque no esperó más, de inmediato, se encaminó al área de los aposentos de la Duquesa, entró, sin tocar, la vio sentada en la cama con el rostro pálido.

Ella al verlo se ruborizó, ya que no cavilo que le fueran avisar a él.

Él con tranquilidad se aproximó, mientras, las doncellas salían, se sentó en la cama, preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí.

—Estas muy pálida.

—Opino que algo me cayó mal de la cena —. Indicó ella bajando el

rostro

—Deseas ver al galeno.

—No, ya estoy mejor.

Al escuchar la preocupación en la voz del Duque, ella levantó la vista. Lady Lisaura se volvió a mirarlo, agrandados los ojos por la sorpresa. Entonces, al ver la expresión del rostro de él, bajó tímidamente la vista. Nunca había visto una expresión de tan atrevida y franca admiración en los ojos de un caballero como aquélla.

Al sentir que la sangre subía a las mejillas, se dijo que era una impertinencia mirarla de ese modo, cuando estaban solos, más al estar con personas la ignoraba. Él tenía aún los ojos fijos en su cabello, de un tono rubio pálido, y escudriñaba su rostro.

El Duque no podía dejar de mirarla, se veía tan bella, con las facciones delicadas, aunque sus mejillas se veían muy pálidas, no le quitaban nada a la belleza del rostro de su esposa.

Para ocultar la turbación de tomarla y besarla, se atrevió a decir:

—Debe tener cuidado con lo que cena, voy a dar instrucciones en la cocina.

—No se moleste su, Nicolás, quizás no es la comida, esta tarde no me sentía bien.

—¿Por qué no me lo envió a decir?

—No deseo molestar.

—Usted no es molestia, es mi esposa, debo cuidar de usted, se lo prometí antes de traerla aquí.

—No es nada.

—Voy a enviar por el galeno, está usted pálida.

Lady Martboth titubeó un momento y luego, en voz baja, dijo:
—Mañana estaré mejor, solo deseo descansar.

El Duque por un momento, retuvo su mirada, pero luego, ella haciendo un esfuerzo, logró retirar la vista. Ella sentía que cuando estaban solos, él era otro caballero diferente, este poseía un magnetismo, algo que la atraía, aprisionándola de manera tal, que se sentía algo muy importante para él, cosa que la hacía muy feliz, deseando estar arrimada a él en cuerpo y alma, pero al día siguiente, esa neblina magnética se disipaba, dejándola sola, con su angustia y dolor.

El Duque la contemplaba en silencio, librando en su interior una batalla, entre levantarse y dejarla sola, o acomodarse a su lado y abrazarla hasta que se durmiera, con un impulso tomó la mano de ella, se quedó mirándola. Levantó la vista.

Los ojos de ella brillaban de anhelo, pero no podía besarla otra vez, pues, si lo hacía perdería la poca cordura que poseía, así que levantó la mano de ella para llevársela a los labios y el calor de sus labios, provocó en Lisaura un pequeño estremecimiento.

—Buenas noches —. Dijo él.

Ella quería contestarle, pero, por alguna razón las palabras no salían de sus labios. Casi de inmediato él se puso de pie y se encaminó a la puerta.

Lisaura se volvió para mirar, pues sabía que, al día siguiente, él sería diferente con ella, una amarga soledad volvió a cubrir su corazón.

Lady Martboth se sintió tan cansada que se acomodó en la almohada, sus mejillas se humedecieron por las lágrimas que sin permiso comenzaron a salir, un tiempo después, se durmió, con el rostro rojo.

Al día siguiente se despertó muy acalorada, la doncella le palpó la frente y exclamó:

—¡Su excelencia está ardiendo en fiebre!

—No me siento bien.

—No se preocupe, la señora Crok, sabe sanar las calenturas.

—Pues, dígame que venga.

—Ella no tiene que venir, voy por la tisana que prepara, vengo enseguida.

—Sí, Eve, más le pido, que sea cautelosa.

La doncella le comunicó al maestresala, el estado de la Duquesa, y este se lo comunicó al Duque.

Él inmediatamente envió por el galeno, dejando el desayuno, fue a los aposentos de su esposa.

Ella continuaba acostada, una doncella ponía toalla con agua sobre su frente.

No todas las cortinas de la recámara estaban corridas, de modo que, aunque había luz en la estancia, no era tan intensa y brillante como la de afuera. Aun así, revelaba la palidez de la joven.

En ese momento llegó el galeno, que cuidaba a su padre.

—¿Qué le ocurre a la Duquesa?

—Desde ayer, se siente sin fuerza, esta mañana amaneció con calentura.

—Ella ha estado en el frío.

—Solo salió antes de ayer a visitar a sus tíos.

El galeno la revisó, mientras, el Duque esperaba en la sala de estar de las dos recámaras, caminando de un lado al otro.

El señor Cooper, que se iba a juntar con el Duque esa mañana, se encontró a su llegada de que su excelencia estaba en los aposentos de su Duquesa.

El señor Cooper sonrió al escuchar las palabras del señor Rondel, pero, al este explicarle que la dama no se sentía bien, su sonrisa se transformó en preocupación.

El capellán sin más, envió al maestresala a preguntar al Duque, si podía ver a su sobrina, el señor Cooper como respuesta, fue escoltado, a la sala de estar, donde se encontraba el Duque, este al verlo expresó:

—Señor Cooper gracias por venir.

—¿Qué tiene Lisaura?

—No lo sé. El galeno lleva mucho tiempo revisándola.

—¡Quiera Dios que no sea nada malo!

La puerta de los aposentos de la Duquesa, se abrió y el galeno miró al capellán.

—Puede usted hablar, ¿Qué tiene mi esposa?

—Su excelencia, la Duquesa se ve bien, sólo, está muy cansada, según su doncella tiene una semana que no se alimenta bien y está muy nerviosa, bueno, según la joven, desde que llegó a estado agitada e intranquila, eso me lleva a conjeturar que lo que tiene la Duquesa es un fuerte peso en su alma, que no le da paz, tal vez, si el capellán habla con ella —, se giró al señor Cooper —, pueda usted saber el motivo de su preocupación y ansiedad.

El galeno miró ahora al Duque cuando expresó:

—Hay que tratar que no tome más presión, sino su cuerpo puede derrumbarse, asimismo, debe comer mejor.

—Si no hay enfermedad, por qué la fiebre.

—Eso es, algo que no se explica, más, trataré de decirle con palabras llanas, su cuerpo está enviando señales para que su mente deje de abrumarse.

—No comprendo.

Fue el capellán que respondió:

—Su excelencia, lo que está tratando de decirle el galeno, es que hay algo en la mente de mi sobrina que la perturba a tal punto, que su cuerpo está reaccionando a ello.

El galeno asintió a la explicación.

—Solo me resta decirle, que dejé unas gotas de láudano, ella necesita descansar y comer bien.

—Me encargaré de que lo haga.

El galeno formó una reverencia y salió de la estancia, en tanto el Duque con la mano en la barbilla preguntó

—¿Qué será lo que perturba a Lisaura?

El señor Cooper al ver a su amigo perturbado, explicó:

—Creo su excelencia, que la razón de la perturbación de mi sobrina, está al frente suyo.

—No comprendo, señor Cooper.

El capellán miró la estancia, al ver un espejo grande, dorado, encima de una de la chimenea, indicó:

—Venga conmigo y lo verá.

El Duque se puso donde el señor Cooper le indicó, al caballero preguntarle:

—¿Qué ve usted reflejado en el espejo?

—Mi figura, señor Cooper.

—Así es su excelencia, usted es la causa de las preocupaciones de mi sobrina.

—¿Es eso posible?

—Recuerde, usted nunca tuvo deseo de conocer a Lisaura, y de la noche a la mañana, la trae ante su padre y la convierte en su esposa, aclarando, que

es su esposa en papeles.

—Señor Cooper usted no se imagina las responsabilidades que recaen sobre mis hombros, los caballeros de confianza de mi padre eran unos esbirros con los arrendatarios y campesinos de nuestras propiedades, así mismo, está el parlamento, debo poner todo en orden, ya que, en dos semanas se reanuda las sesiones.

—Comprendo que está usted muy ocupado, más, entiendo, que mañana llegan dos caballeros que lo ayudarán con la administración.

—Así es son ex alumnos de su hermano y son recomendados por él.

—Muy bien, esos caballeros le ayudarán con un poco de sus responsabilidades, así mismo, su padre sólo hace un mes y medio que falleció, creo, aunque, no estoy muy al tanto del parlamento, que usted puede enviar una carta, posponiendo su presencia por este año, cosa que le ayudará a que usted se familiarice con sus responsabilidades.

—Eso se puede lograr.

—Creo que usted podrá preguntarles a los caballeros que mi hermano le envía.

—Si puedo prescindir de presentarme al parlamento en este año, eso me será de mucha ayuda, tendré tiempo para resolver los trabajos acumulados.

El señor Cooper entendió que el Duque, no tenía, a su sobrina en las prioridades que debía resolver, así que simplemente expresó:

—Voy a buscar a mi esposa, creo que la presencia de ella mejorará a Lisaura, si usted me permite.

—Estoy de acuerdo que la señora Cooper cuide de la Duquesa.

El señor Cooper formó una reverencia, salió de la estancia, mientras, el Duque se miró, una vez más, al espejo.

La Duquesa estaba sentada en la cama, recostada entre a las almohadas cuando el Duque entró, las doncellas se apresuraron a salir, dejándolos solos.

Él muy silencioso tomó asiento en la silla que estaba al lado de la cama, ella sin más bajó el rostro:

—Se siente mejor.

—Sí, la señora Crok me envió una tizana que me mejoró.

Se hizo el silencio, mientras ella se frotaba las manos, tratando de armarse de valor, expresó:

—Me gustaría si usted me lo permite, quedarme unos días en la residencia de Ross Hall.

El Duque no dijo nada, pues no esperaba eso.

—Deseo meditar un tiempo.

El Duque no deseaba que se marchara, quería tenerla cerca, aunque fuera para mirarla de lejos, pero en vez de negar su ofrecimiento respondió:

—Si ese es su deseo, haré lo que usted pida.

—Podrían acompañarme Sarah y James.

El Duque levantó el rostro, buscando las palabras adecuadas expresó, con la voz ronca:

—Ellos la acompañaran.

Ella levantó el rostro, un poco de color cubrió su mejilla, cuando sus miradas se encontraron, ella sin más comentó:

—Gracias.

El Duque se puso de pie, sin dejar de mirarla, formó una reverencia, más antes de salir preguntó:

—¿Cuándo desea marcharse?

Ella un poco titubeante señaló:

—Mañana, si es posible.

El Duque la miró desde la puerta, asintió con la cabeza, sin decir más, salió de los aposentos de la Duquesa, caminó por el salón de estar, cuando pasaba por la chimenea miró su reflejo, bajó el rostro y continuó a la puerta,

que daba al pasillo.

Esa tarde, llegaron los dos caballeros, que fueron enviados por el señor Gen Cooper, para sorpresa del Duque, eran casi de su misma edad, uno de ellos era un hijo de un renombrado abogado, que después que su padre llegó a la cima de la notoriedad, fue encontrado culpable de sustraer fondos de las arcas del reino, le embargaron todo, dejando a la familia en la ruina, el caballero era hijo único del abogado y por la fama de su padre no encontraba trabajo cuando salió de Cambridge, aun con poseer las mejores notas y la experiencia de haber trabajado para su padre desde muy temprana edad.

El otro caballero al igual que el primero, era joven, más poseía la elocuencia de un diplomático, sus palabras poseían una gracia que tenía el poder de convencer hasta un incrédulo, este caballero era hijo ilegítimo de un diplomático, no obstante, el joven con sus propios esfuerzos, se abrió camino en el mundo de las leyes, siendo el ayudante de muchos diplomáticos, más en ningún momento era tenido en consideración para obtener la posición adecuada, para sus conocimientos, este al saber por medio de su profesor el señor Cooper, de qué el nuevo Duque de Martboth buscaba caballeros de confianza, no lo pensó dos veces y aceptó la proposición de su antiguo tutor.

Los dos caballeros poseían en común, que eran temerosos de Dios.

Capítulo VII

La tercera semana de marzo, Lady Lisaura llegó a Ross Hall a acompañada de Sarah y el joven Lord James, y una gran comitiva de sirvientes enviados por el Duque.

Los niños estaban muy felices de viajar, su alegría fue duplicada cuando encontraron en las caballerizas, un caballo negro para James y un poni para la señorita Sarah.

Los esposos Cooper deseaban acompañar a su sobrina, más ella les explicó, que necesitaba recapacitar en su vida, ellos la comprendieron y la dejaron marchar sin protestar.

La semana transcurrió muy tranquila para el Duque, ya que con la ayuda de los dos caballeros sus obligaciones disminuyeron, la carta al parlamento fue recibida con beneplácito y le respondieron que el Marqués de Southberry, continuaría con el escaño del Duque, por esa parte él recibió otro alivio.

Al pasear por las mañanas por la mansión, el Duque se sentía solo, ya no escuchaba las voces de su hermano y de la pequeña Sarah, tampoco, escuchaba los acordes del piano ni poseía el deseo oculto de mirar de lejos a la Duquesa, ya que ella no estaba.

A la segunda semana de haber partido la dama, ya él se sentía solo, la echaba de menos, su mente la evocaba y su cuerpo la deseaba, pero se contuvo a ir a visitarla y pedirle que retornara.

Después del almuerzo, la Duquesa estaba en la salita rosa, cuando el

mayordomo entró y dijo:

—Su excelencia, Lady Branwell pregunta por los esposos Cooper.

—¿Lady Branwell?

—Si su excelencia, es la Vizcondesa.

Fue cuando Lisaura recordó que su prima era la Vizcondesa y se mordió el labio, preguntándose que deseaba su prima, sin más, indicó al mayordomo, que la hiciera pasar.

Lady Lisaura se puso alerta.

Recordó que su prima había sacado de sus tierras a sus tíos, ya que, deseaba vivir libre para a ser con su vida lo que ella deseaba, sin la sombra de sus correctos padres.

Vio que su prima entraba al salón, vestida con exquisita elegancia, le hizo una reverencia, demasiado efusiva, cuando se aproximó, exclamó:

—¡Lisaura!

—Buenas tardes Meggan.

La dama la miró arrogantemente y sin más, indicó:

—Lady Branwell, para ti, Lisaura, ahora dime, donde están mis padres, y que es eso, que aquí se hospeda una Duquesa.

La recién llegada no esperó la respuesta, caminó por el lugar mirando la estancia y prosiguió diciendo:

—Quiero conocer a esa Duquesa, eso me ayudará a codearme con gente más aristócrata que las que se mueve el Vizconde, hice una parada aquí, pues, me dirijo a Londres, para comprar nuevas cosas para la temporada social, quiero hablar con mi madre, para que me informe sobre los nombres de mis parientes de parte de ella, para cuando me pregunten de mi familia, hablar sobre el Conde de Suexel —, caminó un poco más y continuó —. No deseo

que sepan que soy hija de un simple párroco, ¡Dios me libre que lo sepan!
Pero nada, quien sabrá nada de nada.

—Siento decirle Lady Branwell que sus padres están en Southampton.

—¿Qué hacen mis padres allí?

—Creo que tío San es el ayudante del Duque de Martboth.

—¡Ayunate de un Duque!

La dama se dejó caer en el asiento, cuando dijo esa exclamación, sin poder contener su asombro, preguntó:

—¿Qué hace mi padre ayudando a un Duque?

—Creo que es su concejero.

—¡Concejero! Pero si es un simple párroco, además, como conoció a un caballero tan importante, ya que en las personas que se mueve mi esposo, no hay muchos caballeros con título, solo caballeros comerciantes con dinero, y, esos, no son bien visto en la sociedad, me pregunto, ¿cómo mi padre conoció a un Duque? Eso si es interesante, decir que mi padre es un consejero nada más que de un Duque, dará más prestigio a mi familia.

—De seguro que sí, Megga, es decir Lady Branwell.

La dama miró por primera vez a su prima, esta estaba con las mismas ropas que siempre usó, eso quería decir que era la dama de compañía de la Duquesa o algo así, sin más preguntó:

—Crees Lisaura que la Duquesa me deje pasar la noche aquí, deseo conocerla y hacerme su amiga, ya sabes, personas con posición elevadas, solo desean lisonjas y para eso soy muy buena, creo que, si usted le dice que soy su prima, me deje pasar la noche.

La dama de repente levantó la mano derecha y con un ademán negó diciendo:

—No le diga que soy su prima, creará que soy una dama sin valor social como usted, mejor dígame, que soy una amiga suya de la infancia, así ella sabrá

que soy una dama de alcurnia—. Ella no esperó la respuesta de su prima, cuando le preguntó —¿Sabe ella que es usted hija de un Conde?

—Oh sí, ella sabe todo de mi vida y de mi familia.

—Pues, que puedo a ser.

Lady Lisaura sonrió cuando dijo:

—Usted debe ser usted misma, recuerde que su excelencia conoce a sus padres.

—¡Oh es verdad!

—Cuando usted visite a sus padres, ella la reconocerá.

—Usted posee toda la razón Lisaura, siempre dije que usted era muy inteligente para algunas cosas, lo malo, que no posee audacia para atrapar a un esposo, como la tuve, ya que sus principios son muy rígidos, parecidos a los de mi padre, pero no se preocupe, cuando retorne de Londres, pasaré por aquí a dejarles unos vestidos y sombreros, eso la ayudará a conquistar a un caballero, aunque, no sea un aristócrata, tal vez, sea un caballero de confianza del Duque.

—Gracias Lady Branwell por su preocupación.

—Eres bonita Lisaura, lo que no le ayuda es esa ropa y esa cofia que siempre usa, debe quemar esa horrible cosa y hacer que la peinen a la moda, bueno, tal vez su señora no permita eso, ya que una joven bella no podría estar próximo a su esposo.

—No creo que la Duquesa tenga problema con eso.

—Usted no sabe, los caballeros enlazados rompen fácilmente sus promesas, cuando ven una dama bonita o en otro caso una doncella.

Lady Lisaura se ruborizó al escuchar esas palabras de su prima.

Lady Branwell, estallo en carcajadas, al ver la expresión de la dama:

—Se me olvidaba, lo modosa que es usted.

La puerta en ese momento se abrió y una comitiva de doncellas entraron con una bandeja de té, pasteles de todas clases, el Mayordomo sirvió con esmero, entregando una taza de té a la Duquesa y otra a la visitante.

Lady Branwell se quedó asombrada, al ver tanta servidumbre que las atendían con elegancia, esta estaba ensimismada con los pastelitos y el té, que cuando Lady Lisaura indicó al mayordomo que preparara una recámara para su prima, al salir los sirvientes dijo:

—Veo que posee usted la confianza de la Duquesa.

Lady Lisaura no respondió, pues en ese momento, entraba a la estancia la señorita Sarah y el joven Lord.

—Madre ya se montar mi poni.

Lady Branwell miró sorprendida a Lisaura, pues no sabía que su prima tuviese hija.

Detrás de la pequeña, entró en la estancia un jovencito de algunos doce años, este al ver a la visitante, formó una reverencia y dijo con voz formar.

—Sarah madre tiene visita, tiene usted que comportarse.

La niña se volvió hacia la dama sentada y formando una reverencia, expresando:

—Buenas tardes.

Lady Lisaura se puso de pie, en forma de madre protectora, abrazó a la pequeña, mientras decía:

—Les presento a mi prima Lady Branwell, ellos son mis hijos Lord James Spencer y la señorita Sarah Denvers.

Lady Branwell observó primero a la niña y después, al jovencito gallardo que se reunió con su prima, ella sin más formó una reverencia imperceptible y dijo:

—No sabía que usted tuviera hijos.

Fue la pequeña Sarah que respondió.

—Lisaura es nuestra madre postiza.

Una sonrisa transformó el rostro de Lady Branwell, pues comprendió que su prima era la nana de esos niños.

—Mamá unos carruajes vienen por la pendiente.

—No sé quién viene a visitarnos Sarah.

—Tal vez, son tío San y tía Jen.

—Es posible Sarah.

—Podemos esperarlos en la entrada.

—Creo que es mejor que vayan a cambiarse de ropa, James,

Por favor, lleva a Sarah con la señora Woolf para que la cambie, antes de que lleguen los visitantes.

—Si Lisaura.

Los jóvenes se despidieron de las damas, con una reverencia.

Lady Branwell contempló salir a los dos, cuando la puerta se cerró, reveló:

—Veo que es usted como una institutriz.

—Podría decir que es una de mis funciones.

Los sirvientes aparecieron de nuevo, después, entró el mayordomo anunciando:

—Su excelencia el Duque, el señor Washer y el señor Grayson.

En la puerta aparecieron tres caballeros, Lady Lisaura se sorprendió al ver al Duque.

Lady Branwell sonrió de manera seductora, al ver a los tres elegantes caballeros y la sonrisa se le iluminó al ver al señor Denver. Fue ella quien

dijo:

—¡Wau, que sorpresa!

Lady Lisaura miró primero a su prima, después, al Duque, este asombrado aun miraba a Lady Branwell, ella caviló que de seguro estaba impresionado al ver a su prima tan distinguida con ese atuendo, así que, sin más, se apoderó de ella una nostalgia, recordó las palabras de su prima, por su mente pasaron cada palabra que ella le había contado, desde los besos apasionados, hasta, las escapadas a las caballerizas con el caballero.

Fue el Duque que rompió el asombro:

—Lady Branwell, esperaba que llegara usted la próxima semana.

Lady Lisaura comprendió, el porqué, de la llegada inesperada de su esposo, ya que él estaba al tanto de todo:

—Si, le envié a mis padres una carta que llegaría a finales de marzo, más he decidido llegar a Londres con mucha más premura.

—Sus padres vienen de camino, creo que llegarán mañana.

—Veo señor Denvers, que usted y mi familia se han beneficiado mucho con conocer al Duque, mi prima es una institutriz, mi padre el ayudante y usted debe ser algo así también, pues, lleva usted ropas muy elegantes, creo que ha cambiado todos ustedes de estatus.

—Así es Lady Branwell, como usted expresó, hemos cambiado de estatus.

El Duque se giró a los dos caballeros que lo acompañaban y decidió que era hora de que conocieran a su esposa, así que expresó:

—Señor Washer y señor Grayson permítanme presentarles a mi esposa y su prima.

En el rostro de Lady Branwell se vio una clara expresión de asombro cuando exclamó:

—¡Su esposa!

—Si Lady Branwell, como usted expresó, un instante atrás, hemos cambiado de estatus, Lisaura ahora es mi esposa.

—Jajá. No me diga que al no poder enlazarse conmigo, se ha conformado con mi prima.

—No lo veo así Lady Branwell, sino que, al conocer a su prima me di cuenta, de que ella, es la dama que deseaba como mi esposa.

Lady Lisaura bajó el rostro, pues sabía que aquellas palabras no poseían tal veracidad.

El Duque continuó caminando, se aproximó a la dama, tomó su mano y depositó un beso en ellas.

Los caballeros que acompañaban al Duque, dijeron:

—Su excelencia un placer.

Lady Branwell prorrumpió:

—¿Excelencia?

—Así es Lady Branwell, Lisaura es la Duquesa de Martborth, mi esposa.

La sorpresa se reflejó en el rostro de la dama, fue un espectáculo, fue tanto su conmoción, que las piernas se le aflojaron, de manera tal, que tuvo que tomar asiento, mientras, el Duque decía con la voz fría y formal:

—Señores, creo que deben retirarse a descansar.

Sus dos caballeros de confianza, formaron una reverencia, y salieron de la estancia, en tanto el Duque decía a su esposa:

—Veo que se ha recuperado.

Ella muy turbada indicó:

—Si, ya me siento mejor.

—Se le ve mejor —. Esas últimas palabras, las rotuló con una

expresión íntima y provocativa.

Lady Lisaura se ruborizó.

Para ese tiempo Lady Branwell ya se había recuperado del asombro, así que preguntó:

—¿Quiere decir, que es usted un Duque?

El Duque dejó de mirar a su esposa, para enfrentar la expresión de coquetería de la prima:

—Así es Lady Branwell.

—¿Por qué no me dijo que era usted un Duque?

—En el tiempo que visité a su familia, aún no lo era.

—Pero debió ser un aristocrático.

—A decir verdad, un Conde.

—Por qué no me lo dijo, hoy usted hubiese sido mi esposo.

—No lo creo Lady Branwell, por mi parte, usted era la hija del señor Cooper, una dama a quien debía respetar.

—¿Qué debía respetar? Patrañas, usted me dejó que lo besara.

—Creo que solo fue dos besos inocentes en las mejillas, como se dan dos hermanos, además, usted estaba comprometida con el Vizconde y para serle sincero, aprobaba su unión, pues, la veía y la veo como una hermana.

El rostro se le desencajó a Lady Branwell, al escuchar al Duque.

—¿Y su esposo Lady Branwell?

La pregunta la cogió de sorpresa, ya que, no había sabido de él desde el mes pasado, cuando se marchó a Londres, diciendo que se había aburrido de ella.

—Me espera en Londres, deseó llegar primero para preparar todo.

—Comprendo, ahora si me permite, deseo hablar a solas con mi esposa, usted debe de estar cansada del viaje, así que el mayordomo la llevará a su

recamará.

Sin esperar respuesta, tomó la cuerda que estaba a un lado y en un momento apareció el mayordomo, el Duque le indicó que condujeran a su invitada a su recámara, esta miró primero a su prima después, al Duque y sin más formó una reverencia y salió del salón.

La estancia se quedó de pronto en silencio, el Duque no sabía que decirle a su esposa, ella deseando decir tantas cosas que las palabras no le salían.

Fue el Duque que expresó, como para tener un pretexto por su llegada:

—El señor Cooper dedujo que su hija iba a venir aquí.

—Así que usted se apresuró a venir.

—Sí, ellos no podían hacer el viaje tan rápido.

—Creo que ya debe estar satisfecho.

—¿Satisfecho?

—Así es, llegó en el momento preciso para hablar con ella.

El Duque no respondió, ya que en ese momento se abrió la puerta y entró corriendo la pequeña Sarah, esta se detuvo en seco al ver el Duque.

—¡Oh! ¡No es tío San!

—No señorita Sarah, su tío San arriba mañana.

La puerta se abrió una vez más, esta vez, era Lord James, este al ver a su hermano exclamó:

—¡Nicolás!

El Duque sonrió a su hermano, abrió los brazos, el joven corrió hacia él y lo abrazó, la niña se quedó mirándolos:

—No me da usted un abrazo señorita Sarah.

La pequeña imitó al joven Lord y corrió a abrazar al Duque.

Después de saludarles y decirles que les había traído regalos, la niña preguntó:

—¿Nos vamos a Beautiful House?

—Usted y James acompañaran a los señores Cooper a Bath.

—¿Lisaura no va con nosotros?

El Duque miró a su esposa, que en todo ese tiempo estaba muy callada y retraída.

—No señorita Sarah, Lisaura me va a acompañar a Londres.

La expresión de asombro cubrió el rostro de la dama, el Duque no creyó prudente continuar hablando de sus planes, sin ni siquiera consultarlos con ella, así que expresó:

—James acompaña a la señorita Sarah al despacho, para que mis caballeros les entreguen los regalos, después, vayan a descansar para la cena.

Los dos jóvenes, formaron una reverencia, más, antes de marcharse, dieron un beso en la mejilla de la Duquesa, él comprendió que ellos la querían mucho.

Cuando estuvieron a solas, el Duque expresó:

—Quiero hablar con usted Lisaura y esta vez, deseo escuchar su opinión y que desea hacer:

Se acercó más a ella y Lisaura le pareció, que él no deseaba decir esas palabras.

El Duque casi había llegado a su lado. Se detuvo y la miró, llevaba el mismo vestido negro que le recordaba a la joven que había visto por primera vez, en la cocina de la pequeña residencia del capellán, más, en ese momento no sabía que ella iba a ser su esposa.

—¡Eres muy bella Lisa! —, exclamó de repente el Duque por fin —. Más bella de lo que te recordaba.

Ella sin poder dejar de mirarlo le preguntó:

—¿Ha... pensado usted en mí?

—Cada minuto y segundo.

Ella asombrada solo pudo decir:

—¡Oh!

Lady Lisaura lo miró a los ojos, en ellos ardía un fuego intenso y por un momento pensó que iba a tomarla entre sus brazos, Pero, de forma casi tosca, el Duque se dio vuelta:

—Quiero que hablemos Lisa.

Lady Lisaura sintió de repente una desesperación, él quería que ella no volviera a su lado, de seguro era ese el motivo de su visita.

El Duque se volvió, le dirigió una rápida mirada, Lisaura sintió desfallecer:

—Lisa lo que deseo hablarle es que, en verdad esta conversación debí tenerla con usted antes de que viniera a Ross Hall.

—No entiendo su excelencia, ¿Que quiere usted decir?

—Lo que deseaba y deseo decirle, es que no podemos continuar como estamos.

—¿Por qué no? Usted puede vivir en su mansión, le aseguro que me quedare aquí, no le molestaré y cuidaré de Sarah y James.

—De eso no tengo ninguna duda, más no deseo que usted cuide de ellos.

—Comprendo.

Dijo la Duquesa bajando el rostro.

—Deseo Lisa que usted cuide de mí, desde que nos enlazamos por la orden callada de mi padre, sentí que usted me pertenecía de una manera, que no concebí que pudiera cavilar, cuando le hablé de aquella manera, supe que no me comportaba bien, por eso, corrí a sus aposentos, al verla llorando deseé protegerla con todo mi ser, pero después, luché conmigo mismo, ya que no deseaba amarla.

Lady Lisaura contuvo la respiración y sus ojos se elevaron hacia los del Duque.

—Desde entonces —, dijo él acercándose más —. No he dejado de pensarla. Su aroma está en mis sentidos, estás presente en todo lo que hago, su rostro se ha adueñado de mis sueños y su ser de mis anhelos. Y, sin embargo, no sé si puedo darle ese amor que usted desea. Eres tan joven, Lisa, tan inocente, no posees experiencia de la vida, más sus ojos se han apoderado de mi vida.

Lady Lisaura tembló como una hoja al escuchar aquella declaración.

Con mucha lentitud, como si hiciera un gran esfuerzo para no perder el control, los brazos de él la rodearon, y con una mano le tomó la barbilla.

—Últimamente solo deseaba tenerla así.

Indicó con voz ronca y su boca se posesionó de la de ella.

El Duque al sentir como ella respondía a su beso, la apretó más a su pecho, sus besos se tornaron más intensos, exigentes y apasionados.

El Duque la oprimía contra él, en tanto ella, buscaba como mantenerse de pie, el placer se apoderó de ellos, un deseo desenfrenado de tenerla se apoderó del Duque, así que tuvo que levantar la cabeza, para mirar el rostro de su amada.

Ella poco a poco abrió los ojos y al ver que él la observaba se ruborizó:

—¡Eres preciosa! —, susurró el Duque con voz titubeante, en tanto sus manos acariciaban el rostro de ella.

Lady Lisaura lanzó un profundo suspiro y ocultó el rostro en el pecho

del Duque y en voz baja señaló:

—Cuando estamos solos se comporta usted tan bien conmigo, pero después...

El Duque sonrió con ternura al darse cuenta de lo que ella deseaba decir.

—Mírame Lisa.

Ella muy nerviosa levantó el rostro.

—Lo que siento por usted, es tan grande, que ya no puedo controlarlo, si usted desea puedo ahora mismo vociferar de que estoy enamorado de usted.

El rostro de ella se le iluminó, sus ojos centellaban con una luz hermosa, así que el Duque no pudo más y la volvió a besar, esta vez sus labios besaron sus ojos, sus manos cobraron vida.

Ella sin más se aferró a él.

—¡Le amo, le amo mi Duquesa y la deseo!

Lady Lisaura sintió desfallecer, todo su cuerpo se estremecía. Levantó sus brazos para atraer la cabeza del Duque hacia la suya, sus labios se encontraron.

Más tarde, Lady Lisaura se movía inquieta, en tanto el Duque la abrazaba.

—Le pasa algo Lisa.

—Es que Meggan estará preparada para la cena.

—No deseo bajar, quiero quedarme con usted muchos días, sin salir de nuestros aposentos.

—¿Qué dirá ella si cena sola?

—No cenará sola, mis caballeros de confianza la acompañarán.

—Me muero de vergüenza, deben saber que estamos aquí.

—Deben saber que usted me hacía falta y que es normal que nos comportemos así.

—Nicolás bájenos a cenar, después de que Meggan se marche, nosotros podemos quedarnos todo el tiempo que usted desee en nuestros aposentos.

—Mi Duquesa, no me haga eso.

—No le pediré nada más.

—Si la complazco que me dará usted en cambio.

—Ya no posee nada, usted se ha adueñado de todo.

—Jaja, ven aquí.

—Debo cambiarme.

—Hay mucho tiempo...

Descendieron a cenar, Lady Branwell ya estaba en el salón del comedor hablando con el señor Grayson, ella reía de algo que el caballero le contaba, más cuando vio a los Duques llegar, se puso en guardia:

—Señor Denvers, es decir, su excelencia —. Exclamó con coquetería.

Lady Branwell llevaba un vestido muy atractivo, pero muy descotado en la parte de adelante, dejando ver más de lo que era prudente.

Ella al verlos entrar fue a su encuentro, haciendo una reverencia delante del Duque que dejó muy poco a la imaginación del caballero.

Lady Lisaura miró a su esposo, este muy educado tomó la mano que su prima le extendió, simuló darle un beso:

—Buenas noches Lady Branwell.

—Buenas noches su excelencia.

El Duque sin más tomó a su esposa y pasando por el frente de la Vizcondesa, la escoltó a su silla.

Los demás se colocaron en sus respectivos puestos.

Cuando tomaron asiento el Duque expresó:

—Demos gracias a Dios por los alimentos.

Los caballeros inclinaron el rostro y él tomó la mano de su esposa antes

de decir:

—Gracias Dios por sus regalos inmerecidos, gracias por estos alimentos, permita que lo podamos disfrutar en nombre de Jesús.

Amén.

Antes de soltar la mano de la Duquesa le dio un efusivo beso, ella se ruborizó.

El gesto no pasó desapercibido para los demás de la mesa, especialmente, para Lady Branwell que comentó:

—Es muy linda esta residencia.

—Es la residencia de huéspedes de Prior Hall, solo la usaba mi familia materna, en verdad mi abuela.

—Pero es muy grande y hermosa, para ser una residencia de huéspedes, podría usted enseñármela al finalizar la cena.

—Me temo Lady Branwell, que después de cenar, me retiraré a mis aposentos con mi esposa, ya que tenemos que poner en orden nuestra partida de mañana.

La Duquesa se ruborizó, pues sabía muy bien que deseaba el Duque.

—Se marchan ustedes.

—Sí, mañana después que sus padres lleguen.

—Me podrían decir hacia donde se marchan.

—No puedo decírselo a usted o a mi esposa, ya que es una sorpresa que le tengo.

—Eso quiere decir que es un lugar lejano.

El Duque sonrió, ya que la dama poseía una forma muy sutil de conseguir lo que deseaba y en ese momento, dio gracias a Dios de no haber caído en sus garras.

—Es un lugar especial, para mi Duquesa.

Al decir las palabras miró a Lady Lisaura con amor y pasión, cosa que

le molestó a la Vizcondesa y la mantuvo callada un momento.

Se estaban poniendo de pie, después de finalizar la cena, cuando el mayordomo entró y anunció:

—Sus excelencias, los señores Cooper.

En el salón del comedor entraron los esposos, la primera en ir a saludarlos fue la Duquesa que no pudo reprimir su alegría de verlos, ya que había pasado más de un mes desde la última vez.

—¡Tíos!

El señor Cooper abrazó a su sobrina y después la señora Cooper, la Vizcondesa se encontró de pronto turbada hasta que el señor Cooper dijo:

—Meggan hija, no saluda, a sus padres.

La dama imitó a su prima y fue y abrazó a sus padres, más de pronto recordó lo que estaba haciendo y se tensó.

El señor Cooper se dio cuenta y dijo:

—Está usted muy diferente Lady Branwell.

La joven entendió las palabras de su padre, ya que el atuendo que tenía era muy provocativo, más el capellán se apresuró a decir:

—Casi tres años de no verla, en ese tiempo se ha convertido en toda una dama aristócrata.

Una sonrisa hizo transformar el rostro de la dama, al escuchar el halago de su padre.

El Duque se aproximó y dijo:

—Desean cenar señores Cooper.

—En verdad no, nos encontramos con el Vizconde en una posada, le comunicamos que veníamos a reunirnos con Meggan, es decir la Vizcondesa y él nos invitó a cenar, nosotros inducimos que se alojaban en Prior Hall, así que dejamos al Vizconde descansando en la mansión.

La Vizcondesa se asombró de la noticia:

—¿Mi esposo está aquí?

—Aquí no Vizcondesa, en la residencia principal —. Respondió el señor Rondel que acompañaba a los esposos Cooper.

—Nosotros también estamos instalados allí.

El Duque miró al señor Cooper y supuso que no todo estaba bien, así que dijo en forma más dura:

—Señor Crok disponga todo para que la Vizcondesa se hospede con su esposo en Prior Hall.

La dama se asombró por la orden, más no pudo refutarla.

El mayordomo formó una reverencia y se alejó, mientras, la señora Cooper miraba de reojos a su hija, la cual de repente se había quedado callada.

La señora Cooper sin más comentó:

—Meggan venga conmigo, la acompañaré a su recámara.

La joven no refutó, con mucha tranquilidad salió del salón del comedor seguido por su madre, los caballeros de confianza de inmediato formaron una reverencia y salieron también, solo quedaron el señor Cooper y los Duques.

El Duque sin más dijo:

—Vamos al salón verde, creo que esto no es tan simple como se ve.

El señor Cooper asintió, y salieron del salón, pero la Duquesa le dijo a su esposo:

—Nicolás, será mejor que los deje solos.

—Si amor, cuando resuelva esto me reuniré con usted.

Al frente del señor Cooper el Duque dio un beso en los labios a su esposa y ella se ruborizó, pues no esperaba esa muestra de cariño enfrente de su tío, así que turbada comentó:

—Buenas noches tío.

—Buenas noches hija —. La Duquesa dio un beso en la mejilla a su tío y se marchó, el Duque la contempló hasta que desapareció en el pasillo, el señor Cooper expresó:

—Veo que no todo está perdido.

—Señor Cooper soy el caballero más afortunado.

—No tiene que decirlo, se le refleja en su mirada.

—Fui un tonto en no darme cuenta antes.

—Los mejores acontecimientos son los más imperceptibles.

Los dos caballeros entraron en el salón verde, el señor Cooper sin más explicó:

—Encontramos al Vizconde en una taberna, bueno no, literalmente no lo encontramos nosotros, el caballero estaba en ese lugar, hacia dos semanas, bebiendo sin parar, se enfermó y un caballero fue a la posada donde íbamos a almorzar. El señor Rondel escuchó el nombre del Vizconde en la mesa del lado y preguntó que le ocurría al caballero, fue así como lo encontramos.

—¿Pero que llevó al Vizconde a ese extremo?

—Creo que fue Meggan.

—Ahora no comprendo señor Cooper.

—Mi hija se ha negado al caballero si este no le regala algo a cambio, en estos dos años casi ha despilfarrado su dinero y no posee lo suficiente para comprar los favores de su esposa.

—Si eso es verdad, porque no se sincera con ella y le dice la verdad.

—Teme que ella lo deje, o peor aún encuentre a otro caballero con fortuna.

—Esto si no me lo esperaba, el señor Rondel me informó que el Vizconde no había heredado tanto capital como él presumía, pero creí que, si lo administraba bien y ponía a trabajar sus tierras, lo duplicaría.

—Opino que el caballero solo se dedicó a cumplir todos los caprichos de mi hija y ahora se ha quedado sin dinero.

—No sé qué pueda a ser para ayudarlos.

—Creo que debe usted esperar, mi hija necesita un escarmiento y también el Vizconde.

—Se que eso será beneficioso para los dos, más como proceder.

El Duque caminó de un lado al otro buscando en su mente como solucionar esa situación, así que lo hizo de la mejor manera posible:

—Señor Cooper me preocupa las personas del pueblo y los arrendatarios del Vizconde.

—Si le soy sincero, en ellos es que he pensado desde que supe la situación.

—El Vizconde estará sobrio.

—En estos momentos, está descansando, ya que tenía un fuerte dolor de cabeza por la ingesta de alcohol.

—Pues mañana hablaré con él, pero lo que deseo hacer es...

El Duque estaba hablando con el señor Cooper, mientras la señora Cooper acompañaba a su hija a su recámara.

La dama no habló nada hasta que fue la hija que comentó:

—Diga lo que está pensando madre, dígalo, sé que sus palabras como las de mi padre son de reproches, por hacer lo que hice, por seducir a un hombre y acostarme con él antes de las nupcias, por manipular la situación y sacarlos a ustedes de nuestras tierras, dígalo madre, veo en su rostro la desaprobación.

La señora Cooper solo contempló a su hija, la dama solo se movía de un lado para el otro sin sosiego, estrujándose las manos continuó diciendo:

—Creí que enlazándome con un noble caballero adinerado me daría lo que anhelaba mi alma, me cubrió de vestidos bonitos y Joyas, me compró un carruaje, me llevó a fiestas, más nada me satisface, nada, y entre más tengo más quiero, pero soy infeliz madre, mi esposo se revolcá con las doncellas en mi propia residencia y ya no me tiene respeto, se marchó hace dos semana para Londres más sabía que era en busca de más mujeres, en estos tres años las fincas están casi desierta los trabajadores más fornido se han marchado con sus familias, solo quedan los ancianos y los inútiles y eso a él no le importa.

La Vizcondesa respiró profundo, antes de continuar:

—Vi como el señor Denvers, es decir el Duque mira a Lisaura, con amor y ternura, es como si respirara por ella, si solo me hubiese dado cuenta, hoy sería la Duquesa, no ella, sabe usted él me quería, aunque ahora lo niegue, en ese tiempo hubiese hecho lo que le pidiera, cómo no me di cuenta, su porte, su elegancia, su forma de hablar fueron siempre de un aristócrata.

Se formó el silencio, fue el momento adecuado para la señora Cooper hablar:

—Meggan nunca hubieras sido usted la Duquesa, su avaricia, codicia y vanidad le impedían y le impiden ver con claridad, usted hija mía, sea dejado llevar por la lascivia de su viejo hombre, usted hace mucho que salió del camino real y se dentro en una escabrosa vereda, nadie aquí tiene la culpa de lo que le está pasando, ya que es consecuencia de sus decisiones.

—Hay viene usted con sus acusaciones y sermones.

—Así es Meggan, como madre debo ser la persona que le haga ver sus defectos, a falta de su auto análisis, debe haber alguien que le diga la verdad.

—¿De qué verdad se refiere? ¡Ah, ya se de la religión!

—Como usted acaba de decir, todos los seres humanos lo primero que hacemos es acusar a los demás, para después sermonearlos, eso es algo con lo

cual estoy de acuerdo con usted.

La Vizcondesa se detuvo miró a su madre y después con tono de reproche dijo:

—Todo esto es su culpa, usted dejó a su familia por perder la cabeza por un simple párroco, usted fue una ingenua, no utilizó la astucia para conseguir un mejor partido.

La señora Cooper se puso de pie, pasó al frente de su hija y se encaminó hacia el amplio ventanal, desde ahí suspiró y dijo:

—Una vez más usted hija mía posee toda la razón, no utilice la astucia, más en todos estos años al lado de su padre, no la he necesitado, ese simple párroco, como usted llama, me ha dado mis más lindas alegrías, me consuela, cuando estoy triste, me acuña a su pecho, cuando me siento sola, pero sobre todas las cosas me ha enseñado la sabiduría, ella es muy diferente a la astucia, la sabiduría es la palabra de Dios, ella me ha abierto las puertas para la eternidad a través de la sangre de Jesús, y ella me hace comportarme de manera simple, ya que, qué felicidad es eterna, sino la que solo Jesús da.

—Ja, usted y padre siempre me hablaron de sabiduría, más nunca en verdad la tuve.

—Claro que no la tuvo, ya que la sabiduría en verdad es Cristo, nosotros deseábamos que usted conociera la sabiduría, que se apoderara de ella, más la rechazó al rechazar a Cristo.

—¡Ahora me está sermoneando!

—Cuanto deseamos su padre y yo que no fuera necia, y la única manera es conocer a Cristo, porque la sabiduría es Él. Sólo conociéndolo verdaderamente a Él, se puede ser sabio.

—Usted al igual que padre usan la religión para sermonearme y hacerme sentir culpable.

—¡Oh hija mía! Ese nunca ha sido nuestro propósito, solo deseábamos enseñarle por medio de la disciplina, e instruirlo para que pudiera hacer mejor elección. Ahora es demasiado tarde, usted se niega a darse cuenta de sus errores y con desesperación busca a quien echarle la culpa, si echarme la culpa la hace sentir mejor, no lo permitiré, pues cada uno debe ser responsables de sus consecuencias. Mi decisión de enlazarme con un caballero de noble corazón, que ama a Dios, más sin fortuna, esa fue mi decisión, mi consecuencia fueron muchas, más, las buenas sobreabundaron con creces a las malas, puedo decir, delante de usted, y hasta del mismo Rey que volvería a elegir a ese pobre capellán otra vez, más usted ¿Volvería a elegir al Vizconde?

La señora Cooper pronunció las últimas palabras mirando de frente a su hija, ella no pudo sostener la vista a su madre así que, bajo el rostro, la señora Cooper caminó hacia la puerta, más antes de salir comentó:

—Usted fue y es la responsable de sus decisiones, no busque a nadie más.

La señora Cooper salió de la recámara de su hija con la frente en alto.

La Vizcondesa al escuchar que su madre cerraba la puerta, se encontró de pronto sola y vacía, como se había sentido desde que se enlazó, más bien mucho antes, recordó que todo había cambiado desde, que se sintió merecedora de muchas cosas, que su padre no le podía dar, aquel verano que el difunto Vizconde la invitó a la fiesta que daba, miró a todas esas señoritas con hermosos vestidos y sombreros, a las madres con joyas, y desde ese momento su vida comenzó a cambiar, ahora estaba tan perdida que no encontraba el camino, su matrimonio era una fachada, su fortuna también, cuando saliera todo a la luz, la tratarían igual que antes, tal vez peor.

Se derrumbó en ese mismo lugar donde estaba y lloró con amargura,

ahora ni sus padres la querían, ella los había echado de su lado, tal vez si su padre se hubiera quedado, habría resuelto los asuntos económicos de su esposo, si solo pudiera echar hacia atrás y comenzar de nuevo. Se dijo entre sollozos.

Esa noche la Vizcondesa no dejó Ross Hall y los señores Cooper no pusieron resistencia.

La Duquesa después de leerles a Sarah y James su historia de la Biblia, envió a los niños a dormir, ella se encaminó a sus aposentos. Caminando por el pasillo dio gracias a Dios que sus tíos, los caballeros de confianza del Duque y ahora su prima y esposo, se hospedarán en Prior Hall, ya que Ross Hall era muy pequeña para alojar tantas personas, además, se sentía más tranquila, ya que estaba muriendo de vergüenza sabiendo, lo que había ocurrido entre ella y el Duque. Eso la hizo sonreír y ruborizar.

Entró la sala de estar de sus aposentos y encontró al Duque de pie, ya con su batín puesto:

—Quería ir por usted y raptarla del salón de Juegos.

Lisaura se ruborizó una vez más y el Duque abrió sus manos, ella muy decorosa, se aproximó con cautela, le respondió:

—Les estaba, leyendo, una historia de la biblia.

—Eso supuse, ahora venga a mí y cuide usted de su esposo.

A Lady Lisaura las mejillas se le coloraron. Mientras, el Duque la tomaba de la mano y besaba uno por uno sus dedos.

—Necesito mi doncella, para que me ayude a quitar el vestido.

—Esta noche tendrá el honor, de tener a un Duque como su doncella.

Lady Lisaura iba a protestar, más los labios de su esposo sofocaron cualquier reproche o pensamiento coherente que tuviera, esa noche fue mágica para los dos.

Epílogo

Los Duques de Martboth, al día siguiente, dejaron Ross Hall y partieron con destino desconocido.

Ya entrada la tarde, apareció ante ellos una edificación pequeña, de ladrillos rojos, solo dos lacayos y dos ancianos los esperaban en la puerta de entrada.

El Duque los saludó de forma familiar y fue cuando explicó a su esposa:

—Ellos son los esposos Hopper, ella es Lady Martboth mi Duquesa.

La presentación la hizo mirando a Lady Lisaura con pasión.

—Bienvenidos Duques.

Lady Lisaura hizo una reverencia a los ancianos y estos sonrieron a la formalidad y distinción de su ama, después, el Duque la tomó por la cintura y desapareció por el pasillo, diciéndole, mientras, se alejaban:

—En esta residencia, fue que crecí, mi padre me envió aquí después que mi madre falleció.

—Es muy acogedora.

—Ahora puedo decir que sí, pero para ese tiempo me sentía como en una prisión, hasta que conocí al señor Gen Cooper.

—Es que muchas veces no sabemos los afortunados que somos.

—Así es amor, usted posee toda la razón, eso me ha pasado muchas veces, más estoy decidido a que Dios me ayude para no dejar pasar otra oportunidad y más si en ella está usted.

—Nicolás compórtese.

—No se preocupe, aquí vamos a estar solo nosotros, los esposos Hopper son como fantasmas, nunca están visibles, solo hacen acto de presencia cuando se le llaman.

—Eso me tranquiliza.

—A mí más...

—¡Nicolás!

—Venga a acostarse Duquesa, debe estar muy cansada del viaje.

—¡Nicolás!

—Jjajaja.

El señor Cooper habló con el Vizconde al día siguiente y propuso ayudar con las finanzas, del caballero, más había una condición, que ellos vivieran por un tiempo en Ross Hall, solo ellos dos, sin recibir visitas de familiares ni conocidos, además, que el Vizconde permaneciera sin tomar alcohol.

Ellos aceptaron la imposición, así fue como los Vizconde se quedaron en la pequeña residencia, poco a poco entre ellos hicieron una tregua, al no contar con una tercera persona, resolvieron sus diferencias.

Las tierras del Vizconde fueron administradas por el señor Raphael Rondel, ya que el caballero poseía una clara visión de lo que ocurría, pues, fue él caballero que advirtió al noble de los problemas económicos, más este no le hizo caso.

Los esposos Cooper se dirigieron a Bath al junto de la señorita Sarah y el joven Lord James, para disfrutar de las cálidas temperaturas de esas fechas, y poder disfrutar de la primavera y el verano.

El señor Rondel ayudó a los Vizconde no solo en cuanto a las finanzas,

también, le habló al caballero del amor de Dios y el perdón de pecados a través de Jesús, el caballero recibió con beneplácito, esas palabras y dos semanas después, se hizo hijo de Dios.

La Vizcondesa fue más dura de corazón, pero al tener problemas de parto al traer al mundo a su primer hijo, su corazón se compungió y su espíritu entendió que su vida estaba solo en las manos de su creador, fue de esa manera, que ella también se apodero de la gracia salvadora.

Dios bendijo a los Vizconde con la llegada de un caballerito y tres damitas.

Los esposos Cooper fueron parte de la familia de los Duques de Martboth y aunque el capellán y su esposa eran personas sencillas, todos los respetaban y admiraban, ya que, por sus concejos, el Duque de Martboth se le consideraba un caballero extremadamente inteligente y prudente, la mismo Rey elogió al capellán por sus excelentes consejos.

El joven señor Bill, después de tomar las clases necesarias para poder entrar en Cambridge para ser Capellán, se matriculo en esa conocida institución y tres años después salió con el título de capellán, cabe aclarar, que le tomó un año más que a los demás, más, sin embargo, al salir fue uno de los capellanes del Duque de Martboth.

La señorita Sarah creció al amparo de los Duques y aunque estos tuvieron dos hijos varones propios, siempre criaron a la niña como una de la familia. Cuando cumplió sus diecisiete años fue presentada en la sociedad por la misma Duquesa y al conocer a la Reina esta hizo una distinción a la joven, extendiéndole la mano para que la señorita Sarah Denvers besara su mano.

El joven Lord James Spencer a la edad de dieciséis años, se marchó a Oxford y de allí a Cambridge, visitando muy esporádicamente a su hermano y su familia, después, de finalizar los estudios, se marchó a la India para buscar su propio camino, durando casi cinco años fuera de su patria y su familia.

Los Duques de Martboth fueron muy dichosos, ya que Dios le envió un regalo doble al tener la Duquesa a sus dos hijos gemelos, estos eran muy iguales en apariencias, más muy distintos en conducta.

El Duque instruyó a sus hijos con amor, más también, con la barra de la corrección.

La Duquesa no pudo tener más hijos en todos esos años, si no que, transcurrió diez largos años, cuando después de la última fiesta de esa temporada en Londres, en la cual, hicieron la presentación de la señorita Sarah, la Duquesa se sintió un poco mareada:

—¿Te encuentras bien cariño?

—No Nicolás, al parecer que el cansancio de la temporada me dejó agotada.

—Pues la llevaré a descansar, pospondremos nuestro viaje a Southampton.

—¡Oh no cariño! Solo necesito descansar, además, Sarah está muy deseosa de volver a nuestro hogar, tantas fiestas la tienen desesperadas.

—Si le soy sincero, soy participe de ese deseo.

—Jajá, pues le diré, que me uno también.

—En tal caso, la llevaré a descansar para marcharnos mañana, como lo teníamos planeado.

Al día siguiente una escolta y cuatro carruajes salieron de Londres con destino a la mansión de los Duques de Martboth, más unas millas antes de

llegar, la Duquesa no se sintió bien, con el vaivén del carruaje y al detenerse este, ella salir a tomar aire, devolvía todo del estómago, tanto el Duque, como la señorita Sarah temieron por la salud de la Duquesa.

El Duque envió uno de sus guardaespaldas por el galeno, y cuando los carruajes llegaron al frente de la mansión, ya el caballero esperaba a la Duquesa en sus aposentos para examinarla, pero antes de que el caballero comenzara, una patada en el vientre de la Duquesa la hizo que se quedara estática:

—Oh señor Coket, algo me ha pateado.

—¿Qué la patearon?

—Sí, es como si de pronto algo tuviera vida dentro de mí.

El anciano señor Coket sonrió y al finalizar comentó:

—Su excelencia hay una vida en su vientre, al parecer, que ya ha estado ahí por varios meses.

—Pero eso es imposible, mi vientre no está abultado, un poco, no mucho, aunque, creí que era por las cenas de la temporada.

—Creo su excelencia que pronto será usted madre.

Un tiempo más tarde, el galeno salió de los aposentos de la Duquesa y encontró al Duque caminando de un lado al otro, en el salón de estar de la dama:

—¡Su excelencia en hora buena!

Exclamó el galeno, el Duque al principio no entendió, más al entender las palabras del caballero, corrió a los aposentos de su amada, la encontró con una linda sonrisa:

—¡Oh Nicolás soy muy vieja!

—Jajá. Soy el caballero más feliz.

—Todos se burlarán de mí.

—Nadie lo hará. no lo permitiré mi amada, que alegría seremos padres otra vez.

—¿Y Nicolás y Henry que dirán?

—Nuestros hijos estarán muy contentos, tendrán una hermanita.

—Y si es otro caballerito.

—No, esta es Nicol—, decía el Duque besando el abdomen de su esposa —, sé que es una damita, la que me hará pasar una vez más por este infierno que pasamos en estos meses en Londres.

—Oh no, solo por eso no me gustaría que fuera una damita.

—Jajaja... pero ya es demasiado tarde.

Siete meses después, nació Lady Nicol Lisaura Spencer, y los Duque disfrutaron de una nueva felicidad.

Dos semanas después del nacimiento de Lady Nicol, la Duquesa estaba en la habitación de la niña contemplándola al junto de su esposo, cuando el Duque la abrazó por detrás y en el oído le dijo:

—Me ha regalado usted muchas cosas hermosas mi Lisa, más Dios me ha dado, las mejores, entre todos esos regalos está usted. ¡La amo! ¡La amo como nunca cavile amar!

—¡Oh Nicolás!

—Venga conmigo. le enseñaré cuanto la amo.

—¡Nicolás!

—Jajaja.

El Duque abrazó a su esposa, ella se estremeció al contacto de sus manos. Él con sumo cuidado, la tomó entre sus brazos, conduciéndola a sus

aposentos, la llenaba de besos, los dos se perdieron entre el amor que sentían.

1 Juan 4:18

Reina-Valera 1960 (RVR1960)

“ En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. ”

Que el perfecto amor de Dion, penetre en tú corazón, amable lector.

Fin

